LAS AVENTURAS DE JONATHAN GULLIBLE

UNA ODISEA DE LIBRE MERCADO

Una Publicación Educativa de
Small Business Hawaii





Recibió el premio
GEORGE WASHINGTON HONOR MEDALS
en el rubro "Educación Económica y Comunicación Pública"
otorgado por Freedoms Foundation en Valley Forge en 1990



Publicado en más de veinte idiomas:
Inglés, ruso, holandés, noruego, lituano, rumano, serbio, croata, macedonio, eslavo, alemán, español, palauano, chino, albano, letón, portugués, húngaro, italiano, romaní y checo.

Armado: Fernando Jiménez
Traducción: Hernán Alberro

Impreso en la Argentina por La Imprenta Wingord
imprentawingord@wingord.com.ar

Marzo 2006

ÍNDICE



CAPÍTULO 1

UNA GRAN TORMENTA



n un soleado pueblo marítimo, mucho antes de que se llenara de estrellas de cine en automóviles convertibles, vivía un joven llamado Jonathan Gullible. Era vulgar para todos excepto para sus padres que lo creían inteligente, sincero, y notablemente atlético... desde la punta de su despeinada cabellera marrón arena hasta la planta de sus enormes pies. Trabajaban duro en un pequeño negocio de cera en la calle principal de un pueblo que albergaba a una atareada flota de pescadores. El pueblo tenía un cierto número de gente muy trabajadora, algunos buenos, algunos malos, y en su mayoría simplemente personas promedio.

Cuando no estaba realizando quehaceres o mandados para el negocio familiar, Jonathan solía navegar en su robusto velero fuera del estrecho canal de un pequeño puerto en busca de aventuras. Como muchos jóvenes que pasan sus primeros años en el mismo lugar, Jonathan creía que la vida era un poco aburrida y pensaba que la gente que lo rodeaba carecía de imaginación. En sus cortos viajes más allá del canal portuario, anhelaba ver un barco extraño o un pez gigante. Quizá se cruzaría con un barco pirata y sería obligado a navegar los siete mares como parte de la tripulación. O, quizá, un ballenero en busca de la oleosa presa le permitiría estar a bordo durante la caza. Sin embargo, la mayoría de sus travesías finalizaban cuando el hambre pellizcaba su estómago o cuando su garganta se resecaba de sed y la idea de la cena era lo único en su mente.

En uno de esos perfectos días primaverales con el aire encrespado como una sábana secada al sol, el mar le pareció tan propicio al joven Jonathan que no pensó en otra cosa que no fuera meter su almuerzo y equipo de pesca en su pequeño bote para hacer un crucero por la costa. Con su espalda al viento, Jonathan nunca se percató de las oscuras nubes tormentosas que se acumulaban en el horizonte.

Hacía muy poco que Jonathan había comenzado a navegar más allá de la boca del puerto, pero cada vez sentía más confianza. Cuando el viento

comenzó a tener fuerza, no se preocupó hasta que fue demasiado tarde. De pronto, estaba luchando frenéticamente con las velas mientras sobre él se desataba una violenta tormenta. Su bote se tambaleaba aturdidamente entre las olas como un corcho en una tinaja (o bañadera). Cada esfuerzo que hacía para dominar su embarcación resultaba inútil frente a los tremendos vientos. Al fin, se lanzó al fondo del barco, aferrándose a los costados y deseando no volcar. El día y la noche se fundieron en un terrorífico remolino.

Cuando finalmente pasó la tormenta, el bote era un desastre, el mástil estaba roto, las velas deshilachadas y se dirigía derecho hacia estribor. El mar se había calmado pero aún continuaba una espesa niebla que impedía su destreza y le disminuía la visión. Luego de flotar durante días se le acabó el agua y sólo podía humedecer sus labios en la condensación que goteaba de las tiras de las velas. Al levantarse la niebla Jonathan divisó el delgado contorno de una isla. A medida que se acercó, pudo distinguir picos poco familiares que surgían de las playas arenosas y riscos empinados cubiertos de una vasta vegetación.

Las olas lo condujeron hacia un arrecife poco profundo. Abandonando su embarcación, Jonathan nadó ávidamente hacia la costa. Pronto encontró y devoró guayabas rosas, plátanos maduros y otras frutas deliciosas que crecían en el húmedo clima selvático más allá de la estrecha playa de arena. Tan pronto como recobró algo de fuerzas, Jonathan se sintió desolado pero tranquilo por estar con vida y, de hecho, se entusiasmó por su inesperada zambullida en una aventura. Inmediatamente comenzó a caminar bordeando la playa para descubrir más acerca de esta extraña nueva tierra. Algo se movió en la maleza. Sólo pudo vislumbrar el movimiento pero parecía el de un gato salvaje. Era tan buen signo de vida como cualquier otro, así que decidió seguir su rastro.

-Me pregunto -se dijo Jonathan- ¿qué clase de gente vive aquí? Bueno, donde sea que esté, ¡esto no es aburrido!



CAPÍTULO 2

ALBOROTADORES



Jonathan caminó durante varias horas en la vaga dirección a una pequeña colina más allá de la playa y del otro lado del denso follaje. De repente, oyó los gritos de una mujer. Se detuvo y levantó su cabeza para intentar ubicar el origen del sonido. En alguna parte, aun más arriba, oyó otro grito agudo de auxilio. Abriéndose paso entre una masa de ramas y vides, rasgó su camino hacia los sonidos. Pronto se liberó de la jungla e ingresó en un sendero áspero.

Jonathan rodeó corriendo una curva pronunciada del camino y apareció al lado de un hombre corpulento que lo hizo a un lado como a un mosquito. "¡Fuera de mi camino, enano!" -bramó el hombre. Aturdido, Jonathan miró hacia arriba y vio a dos hombres arrastrando sendero abajo a una mujer que pateaba y gritaba. Cuando Jonathan recobró la respiración, el trío había desaparecido. Con la seguridad de que no podría liberar a la mujer por sí solo, Jonathan corrió sendero abajo en busca de ayuda. El hecho de que los habitantes hablaran su idioma era alentador.

Se abrió un claro y vio a un grupo de personas reunidas en torno a un gran árbol, pegándole con palos. Jonathan corrió y cogió el brazo de un hombre que miraba trabajar al resto.



-¡Por favor señor, ayúdeme! -jadeó Jonathan-. Dos hombres capturaron a una mujer y ¡ella necesita nuestra ayuda!

-No te alarmes -dijo ásperamente el supervisor-. Esa mujer está siendo simplemente arrestada. Olvídalo y vete, tenemos trabajo que hacer.

-¿Arrestada? -preguntó Jonathan, recuperando su respiración. No parecía una criminal. Pero si era una criminal, pensó Jonathan, ¿por qué gritaba por ayuda con tanta desesperación?-. Discúlpeme, señor, pero ¿cuál fue su crimen?

-¿Eh? -El hombre comenzó a mostrar su irritación-. Bueno, si debes saberlo, puso bajo amenaza los empleos de todos los que trabajamos aquí.

-¿*Ella* amenazó los empleos de la gente? ¿Cómo podría hacer eso? -preguntó insistentemente Jonathan.

Bajando su mirada hacia su ignorante interrogador, el supervisor le hizo señales a Jonathan para que lo acompañara hacia un árbol donde había trabajadores ocupados golpeando el tronco. Con orgullo, dijo: "Como podrás ver, somos taladores. Derribamos árboles golpeándolos con estos palos para obtener su madera. A veces un centenar de personas, trabajando día y noche, puede tirar abajo un árbol de buen tamaño en menos de un mes". El hombre frunció sus labios, cuidadosamente limpió una mancha de tierra en la manga de su chaqueta de corte elegante y exclamó: "Esa mujer vino a trabajar esta mañana con un filoso trozo de metal incrustado en la punta de su palo. Ofendió al resto al cortar el árbol en menos de una hora. ¡Ella sola! ¡Imagínate! Había que detener semejante amenaza a nuestro tradicional empleo".

Los ojos se Jonathan se abrieron aun más, espantado de oír el castigo que se había impuesto a esa mujer debido a su creatividad. Allá en su casa, todos utilizaban hachas y sierras para cortar árboles. Así es como obtuvo la madera para su propio bote.

-¡Pero su invento! -exclamó Jonathan- permite que las personas de todos los tamaños y fuerzas puedan derribar árboles. ¿Eso no haría que obtener madera y hacer cosas fuera más rápido y barato?

-¿A qué te refieres? -manifestó el hombre irritado-. ¿Cómo podría alentarse una idea semejante? Este noble trabajo no lo puede realizar cualquier debilucho que venga con una idea brillante.

-Pero señor -dijo Jonathan intentando no ofenderlo- estos buenos taladores tienen manos talentosas y cerebros. Podrían utilizar el tiempo ahorrado en derribar árboles para hacer otras cosas. Podrían construir mesas, armarios, botes, ¡o incluso casas!

-Escúchame -indicó el hombre con una mirada amenazante-, el propósito de este trabajo es tener empleo de tiempo completo y seguro, no

nuevos productos. -El tono de su voz se puso feo-. Pareces alguna clase de alborotador.

-No, no señor. No quiero causar ningún alboroto, señor. Estoy seguro de que usted tiene razón. Bueno, me tengo que ir.

Con eso, Jonathan se dio vuelta y regresó en la dirección en la que había llegado, apurándose sendero abajo, sintiéndose incómodo con su primer encuentro con la gente de este lugar.

CAPÍTULO 3

EL RELATO DEL PESCADO COMÚN

l sendero se ensanchó un poco al adentrarse en la densa selva. El sol del mediodía se estaba poniendo demasiado caluroso cuando Jonathan llegó al borde de un pequeño lago. Mientras llenaba sus manos con agua para refrescarse, escuchó que alguien le advertía: "En tu lugar, yo no bebería eso".

Jonathan miró a su alrededor y vio a un anciano arrodillado en la orilla, limpiando unos pocos pescados pequeños. Al lado de su tosco banco había una canasta, hilo y tres palos clavados en el barro, cada uno de los cuales balanceaba una línea en el agua.

-¿Hay buena pesca? -preguntó Jonathan amablemente.

Sin molestarse en levantar la vista, el hombre respondió, con cierto fastidio:

-No. Estos insignificantes bichos son todo lo que pesqué hoy. -Procedió a filetear los pescados y a arrojarlos en un sartén caliente sobre una humeante fogata. Los pescados chirriando en el sartén olían deliciosos. El gato salvaje que Jonathan había visto en la playa había llegado aquí antes y ya estaba escogiendo los trozos de las vísceras de los pescados.

Jonathan, como buen pescador, preguntó: -¿Qué utilizó como carnada?

Entonces, el hombre levantó su mirada hacia Jonathan pensativamente: -No hay nada de malo con mi carnada, hijito. Pesqué lo mejor de lo que queda en este lago.

Percibiendo un humor solitario en el pescador, Jonathan pensó que podría aprender más del anciano quedándose simplemente en silencio por un rato. Eventualmente, el viejo lo invitó a sentarse al lado del fuego para compartir un poco de pescado y un poco de pan. Jonathan devoró su ración con desesperación, aunque sintió culpa por tomar una porción del magro almuerzo del hombre. Luego de terminar, Jonathan se quedó en silencio, y

con seguridad, el anciano comenzó a hablar.

-Hace muchos años había peces verdaderamente grandes para pescar aquí -comentó el hombre con anhelo-, pero los han pescado a todos. Ahora sólo quedan los pequeños.

-Pero los pequeños crecerán, ¿verdad? -preguntó Jonathan con la mirada fija en los frondosos pastizales en las aguas poco profundas de la costa, donde podrían esconderse varios peces.

-Nooo. Todos los que pescan aquí atrapan a los pequeños demasiado pronto. No sólo eso, la gente arroja basura al final del lago. ¿Ves esa gruesa escoria allá a lo lejos?

-¿Por qué otros toman su pescado y arrojan basura en su lago? -Jonathan exclamó con mirada perpleja.

-Oh, no -dijo el pescador- este no es *mi* lago. Pertenece a todos, al igual que los bosques y los arroyos.

-Entonces estos pescados pertenecen a todos... -Jonathan hizo una pausa- ¿incluyéndome a mí? -Comenzó a sentirse un poco menos culpable por haber compartido una comida para la cual no había colaborado.

-No exactamente -respondió el hombre-. Aquello que pertenece a todos en realidad no pertenece a nadie. Pero sólo hasta que un pez muerde mi anzuelo; después es mío.

-No lo entiendo -dijo Jonathan frunciendo el entrecejo confundido y casi como hablándose a sí mismo, repitió-: Los peces pertenecen a todos, lo que significa que en realidad no pertenecen a nadie, hasta que uno muerde su anzuelo. Entonces, ¿el pescado es suyo? ¿Pero usted hace algo para cuidar a los peces o ayudarlos a crecer?

-Claro que no -respondió el hombre con un gesto de burla-. ¿Por qué habría de cuidar a los peces para que otro venga aquí en cualquier momento y los pesque? Si otro coge el pescado o contamina el lago con basura, entonces ¡todo mi esfuerzo no tuvo sentido!

Con una mirada lúgubre hacia el agua, el viejo pescador agregó: -Desearía realmente ser el dueño del lago. Entonces me aseguraría de que los peces estuvieran bien atendidos. Lo cuidaría al igual que el ganadero que administra el rancho en el valle. Criaría los peces más fuertes y gordos, y puedes apostar que no sufriría por ningún ladrón de peces ni gente que arrojara basura. Me aseguraría...

-¿Quién administra el lago ahora? -interrumpió Jonathan.

La cara del pescador se endureció: -El lago es administrado por el Consejo de Gobierno. Cada cuatro años son elegidos en sus cargos y ellos designan a un administrador y le pagan bastante bien de nuestros impuestos. El administrador de pesca se supone que tiene que vigilar la pesca o la mugre en exceso. Lo gracioso es que los amigos de los gobernantes generalmente pueden pescar y ensuciar cuanto quieran.

Jonathan ponderó esto un momento y luego preguntó:

-¿Está bien administrado el lago?

-Obsérvalo tú mismo -refunfuñó el viejo pescador-. Mira el tamaño de mi pobre pesca. Parece que los pescados se hacen más pequeños a medida que el pago al administrador de pesca se hace más grande.

CAPÍTULO 4

LA POLICÍA DE ALIMENTOS

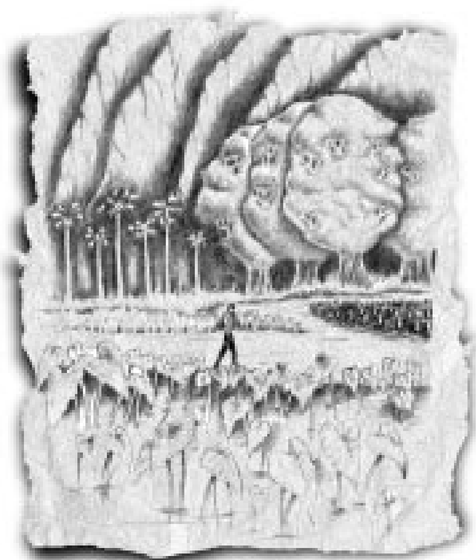
l mugriento sendero se unían otros caminos a medida que se iba transformando en una ruta campestre pavimentada con grava. En lugar de selva, Jonathan se cruzó con pasturas rodantes y extensos campos con cosechas en proceso de maduración y ricas huertas. La vista de toda esa comida volvió a darle hambre a Jonathan. Se desvió por un sendero lateral hacia una prolija estancia blanca, con la ilusión de encontrar su rumbo.

En la puerta de entrada, encontró a una joven y a tres niños pequeños amontonados llorando. -Perdón -dijo Jonathan amablemente- ¿hay algún problema?

La joven levantó su mirada, y a través de sollozos, gritó: -Es mi marido, oh, mi marido -se lamentó-. Sabía que algún día sucedería. Fue arrestado por la Policía de Alimentos -gimoteó.

-Siento mucho oír eso, señora. Dijo usted ¿'Policía de Alimentos'? -preguntó Jonathan, dando golpecitos en la cabeza de uno de sus hijos cariñosamente-. ¿Por qué lo arrestaron?

La mujer rechinó sus dientes, luchando por contener sus lágrimas. Entonces dijo desdeñosamente: -Su crimen fue... bueno, ¡estaba produciendo demasiada comida!



Jonathan quedó impresionado. ¡Esta isla sí que es un lugar extraño!

-¿Es un crimen producir demasiado alimento?

La mujer prosiguió, -El año pasado la Policía de Alimentos promulgó órdenes indicando cuánta comida podría

producir y vender la gente de campo. Nos dijeron que los precios bajos perjudican a otros agricultores. -Se mordió un poco el labio, luego estalló-: ¡Mi marido era mejor granjero que todos los demás juntos!

De pronto, Jonathan oyó el rugido de una risa. Un hombre fuerte y grande caminaba arrogantemente por el sendero que salía de la ruta hacia la estancia. Sonreía con desprecio.

-¡Ja! Yo digo que el mejor granjero es el que se queda con la granja. ¿No es cierto, jovencita? -El hombre miró hacia los tres niños y con un gran barrido de su mano dijo-: Ahora empaque todo y váyase de aquí.

El hombre levantó una muñeca que estaba tirada en las escaleras y la arrojó a las manos de Jonathan: -Estoy seguro de que le vendría bien la ayuda, amigo. Muévanse, ahora éste es mi lugar.

La mujer se puso de pie y con los ojos fijos de bronca exclamó: -Mi marido era mejor agricultor de lo que usted jamás podrá ser.

-Es cuestión de opinión -se rió entre dientes groseramente-. Ah, claro, su producción era excelente. Era un genio financiero para darse cuenta qué plantar para poder complacer a los compradores. ¡Qué hombre! -agregó por lo bajo-. Pero se olvidó de algo... los precios y las cosechas son establecidos por el Consejo de Gobierno y la Policía de Alimentos lo hace cumplir. Sencillamente no podía comprender los puntos más finos de la política agraria.

-Parásito -gritó la mujer-. Siempre se equivoca, desperdicia buen fertilizante y semillas en todo lo que planta, y nadie quiere comprar lo que usted cultiva. Usted planta en una llanura inundada o en arcilla reseca y nunca importa si pierde todo. Sencillamente tiene al Consejo de Gobierno para que pague por sus desperdicios. Hasta le han pagado para deshacerse de todo un ganado o una cosecha.

Jonathan frunció el entrecejo pensativamente y dijo:

-¿Entonces no hay ninguna ventaja por ser un buen granjero?

-Ser bueno es un impedimento -dijo la mujer enrojeciéndose-. Mi marido, a diferencia de este sapo, se negó a adular a los gobernantes e intentó producir cosechas honestas y ventas reales.

Empujando a la mujer y a sus hijos de la entrada, el hombre gruñó:

-Sí, y se negó a seguir las cuotas anuales. Ningún agricultor se resiste a la Policía de Alimentos y se sale con la suya por mucho tiempo. Ahora ¡váyanse de mi tierra!

Jonathan ayudó a la señora con sus pertenencias y sus niños a medida que se alejaban de su antiguo hogar. En una curva del camino, se dieron vuelta para ver por última vez la prolija casa y el granero. -¿Qué pasará con usted ahora?, -preguntó Jonathan.

La mujer suspiró: -No puedo pagar los altos precios actuales de la comida en el campo. Afortunadamente, tengo amigos y familiares con quien contar. Si no, podría ir a la ciudad y suplicar al Consejo de Gobierno que cuiden de mis hijos y de mí. Les gustaría eso: es la fuente de su fortaleza -murmuró con amargura-. La fuerza de otros es la fuente de su generosidad. Vengan niños.

Jonathan se agarró el estómago, sintiéndose ahora más enfermo que hambriento.

CAPÍTULO 5

VELAS Y ABRIGOS


onathan partió con la mujer y sus hijos a la casa de sus familiares a dos kilómetros ruta abajo. Le agradecieron y lo invitaron a quedarse. Pero, viendo que había mucha gente y que estaban demasiado ocupados, Jonathan decidió continuar su camino. El sendero lo llevó a un río cruzado por un puente de doble vía, cada una bien diferenciada, que conducía a una ciudad. Seguramente allí habría gente que lo pudiera ayudar a regresar a su casa.

Del lado derecho del puente había una flecha que indicaba hacia adelante con un cartel que decía: “INGRESO A LA CIUDAD DE STULTA, CORRUMPO”. Separado por un divisor había otro camino a través del puente sobre el lado izquierdo con un cartel indicador que decía: “SALIDA ÚNICAMENTE, NO INGRESE”.

Lo extraño de esta disposición era que el puente de ingreso era muy alto con rocas filosas y cantos rodados macizos. Esto era bastante molesto para quienes quisieran ingresar al pueblo y muchos viajeros sencillamente arrojaban sus mercancías en las rocas o en el río antes de arrastrarlos por encima de las escarpadas barreras puestas en su camino. Justo detrás de un débil mercader estaba nuevamente el gato, olfateando y hurgando una caja pequeña que había sido abandonada. Irónicamente, el lado de la salida era llano y abierto. Los mercaderes salían del pueblo cargando sus posesiones con gran facilidad sin el menor obstáculo.

Estuvo veinte minutos trepando para superar el puente de ingreso, probando la firmeza de sus pasos en los esquistos y escalando por sobre las obstrucciones de piedra, para poder llegar finalmente a una gran pared con un par de portones de madera gruesa totalmente abiertos. En la ciudad había gente cabalgando caballos, gente con cajas y bultos, y gente conduciendo toda clase de carros y carretas en los caminos internos. Jonathan enderezó sus hombros, sacudió el polvo de su andrajosa camisa y de sus pantalones y avanzó a través del resto de la multitud.

La primera persona a la cual se acercó era una mujer que estaba sentada

a una mesa cubierta de pequeños medallones con un extenso documento en la mano. -Te suplico -rogó la mujer, encendiendo sus ojos brillantes y estirándose para abrochar uno de los medallones en el harapiento bolsillo de la camisa de Jonathan- ¿firmarías mi petitorio, por favor?

-Bueno, no sé -tartamudeó Jonathan-. Pero me pregunto si podría indicarme cómo llegar al puerto.

La mujer lo miró con desconfianza: -¿No eres de esta isla?

Jonathan dudó al percibir el tono frío que había tomado su voz: -Oh, soy de la costa opuesta y me perdí.

La mujer volvió a sonreír: -Estás en la dirección correcta. Pero antes de irte, te tomará sólo un momento firmar mi petitorio -agregó-, estarías ayudando a tanta gente.

-Bueno, si es tan importante para usted. -Jonathan se encogió de hombros y agarró la pluma de la mujer para firmar el petitorio. Sintió pena por ella, sentada con toda esa pesada ropa en su cuerpo, transpirando profusamente en un día soleado y agradable- ¿Para qué es este petitorio? -preguntó Jonathan.

La mujer juntó sus manos al frente como dispuesta a cantar un solo: -Este petitorio es para proteger el trabajo y la industria. Estás a favor del trabajo y de la industria ¿verdad? -suplicó.

-Por supuesto que sí -aseguró Jonathan rápidamente, recordando lo que le había sucedido a la mujer arrestada con la cual se había cruzado en el sendero. Lo último que quería era parecer desinteresado en el trabajo de las personas-. ¿Cómo va a ayudar esto? -preguntó Jonathan al tiempo que garabateaba su nombre con muy poca claridad para que nadie lo pudiera leer.

-El Consejo de Gobierno protege nuestros empleos e industrias locales de los productos que vienen del exterior de nuestra ciudad. Como podrás ver, hemos hecho un buen trabajo para varias de nuestras industrias con nuestro puente de acceso. Pero queda tanto por hacer. Si suficiente cantidad de gente firma mi petitorio, los gobernantes han prometido hacer todo lo que esté en su poder para prohibir los productos extranjeros que perjudican mi industria en particular.

-¿Y cuál es su industria? -preguntó Jonathan.

La mujer declaró con orgullo: -Represento a los productores de velas y abrigos. Este petitorio pide que se prohíba el sol.

-¿El sol? -inquirió Jonathan boquiabierto-. ¿Cómo, eh, por qué prohibir el sol?

La mujer miró a Jonathan y en actitud defensiva dijo: -Sé que suena un poco drástico, ¿pero no lo ves...? El sol perjudica a los productores de velas y a los fabricantes de abrigos. Seguramente te darás cuenta de que el sol es una fuente externa muy barata de luz y calor. Bueno, ¡esto es intolerable!

-Pero la luz y el calor del sol son gratuitos -protestó Jonathan.

La mujer parecía ofendida por su comentario y gimoteó: -Ése es el problema ¿no te das cuenta?

Sacando un pequeño cuaderno, intentó delinearle a Jonathan algunas anotaciones: -Según mis cálculos, la disponibilidad a bajo costo de estos elementos foráneos reducen el empleo potencial y los salarios al menos en un 50 por ciento. Es decir, en las industrias que represento. Un fuerte impuesto a las ventanas, o quizá su prohibición directa, mejoraría bastante esta situación.

Jonathan dejó de lado el petitorio.

-Pero si la gente le paga a sus productores de velas y a los de abrigos por luz y calor, entonces tendrán menos dinero para gastar en otras cosas: cosas como carne o bebidas o pan.

-No represento a los carniceros, o a los cerveceros, o a los panaderos -dijo groseramente la mujer que al percibir el cambio de actitud de Jonathan, le sacó con rapidez el petitorio para evitar que tachara su firma-. Obviamente estás más interesado en algún capricho del consumidor que en proteger la seguridad de los empleos y de las inversiones empresarias sensatas. Que tengas buen día -dijo poniendo fin a la conversación.

Jonathan se alejó de la mesa y se retiró con tranquilidad. -¿Prohibir el sol? –pensó-. ¡Qué ideas más locas! Primero los alimentos, ahora el sol. ¿Qué seguirá?

CAPÍTULO 6

EL IMPUESTO A LA ALTURA



Al deambular por el pueblo Jonathan inmediatamente notó a un hombre de mediana edad que gemía y caminaba de rodillas. Por lo que podía verse, el hombre no parecía discapacitado, simplemente estaba arrodillado. Con toda amabilidad Jonathan le ofreció una mano de ayuda que el hombre empujó a un lado.

-No, gracias -dijo el hombre, en un gesto de dolor-. Puedo caminar perfectamente si quiero pero hay que acostumbrarse a andar de rodillas.

-¿Está usted bien? ¿Por qué anda arrastrándose de rodillas en lugar de caminar sobre sus pies?

-¡Aaaah! -se retorció el hombre de incomodidad-. Intento ajustarme al código impositivo.

-¿El código impositivo? -repitió Jonathan-. ¿Qué tiene que ver el código impositivo con caminar?

-¡Todo! ¡Claro! -Ahora el hombre estaba sentado sobre sus talones, descansando de la tortuosa prueba del movimiento. Mientras hablaba sacó un viejo pañuelo del bolsillo de su camisa y se limpió la frente, luego masajeó sus rodillas: primero una, luego la otra. Parecía que habían habido varias capas de parches gastados cocidos en las rodillas-. El código impositivo -dijo- fue modificado recientemente para nivelar la situación de las personas de diferentes alturas.



-¿Nivelar la situación? -preguntó Jonathan.

-Por favor inclínate para que no tenga que gritar -pidió el hombre-. Así está mejor. El Consejo de Gobierno decidió que las personas altas tienen demasiadas ventajas.

-¿Ventajas por la altura?

-¡Oh, sí! Las personas altas siempre son favorecidas en contrataciones, promociones, deportes, entretenimiento, política e ¡incluso en el matrimonio! ¡Claro! -Envolvió el pañuelo alrededor de la parte más recientemente desgastada de la rodilla de sus pantalones sucios y grises-. Así que los Lores decidieron igualar las cosas un poco con un fuerte impuesto a la altura.

-¿A los altos se les imponen contribuciones? -Jonathan miró a los costados y sintió que su postura comenzaba a inclinarse.

-Todos pagamos impuestos en proporción directa a nuestra altura.

-¿Nadie se opuso? -preguntó Jonathan.

-Sólo quienes se negaron a ponerse de rodillas -contestó el hombre condescendientemente-. Por supuesto, permitimos una exención para los políticos. ¡Generalmente votamos a los altos! Nos gusta mirar hacia arriba a nuestros líderes.

Jonathan se quedó enmudecido. Ahora se vio aflojándose, intentando encogerse concientemente. Señalando las rodillas del hombre con las dos manos preguntó con incredulidad: -¿Caminará de rodillas sólo para evadir un impuesto?

-¡Claro! -respondió el hombre con voz de dolor-. Todas nuestras vidas están delineadas para caber en el código impositivo. Hay algunos que hasta han empezado a gatear.

-¡Guau! ¡Eso debe doler! -gesticuló Jonathan.

-Sí, pero también duele no hacerlo. ¡Ah! Sólo los tontos se quedan erguidos y pagan impuestos más altos. Así que, amigo, sé inteligente y ponte de rodillas o te costará mucho.

Jonathan miró a su alrededor para ver un puñado de personas caminar de rodillas. Una mujer del otro lado de la calle gateaba lentamente. La mayoría de las personas se apuraba agachas, con los hombros inclinados hacia abajo. Sólo unos pocos caminaban orgullosamente erguidos, ignorando las sanciones de forma abierta. Entonces, Jonathan espió a tres caballeros del otro lado de la calle en un banco de plaza.

-Aquellos tres hombres -señaló Jonathan-, ¿por qué se están tapando los ojos, oídos, y bocas?

-Ah, ¿ellos? Están practicando -respondió el hombre poniéndose nuevamente sobre sus rodillas para seguir su camino-. Están practicando para nuevas series de propuestas fiscales.

CAPÍTULO 7

LOS PLANES MEJOR DISEÑADOS



Bordeando las calles había filas de docenas de casas de madera y un conjunto de edificios más altos un poco más adelante. Detrás de la línea de estructuras simples había una gran casa elegante, aislada sobre un extenso prado verde. Era una regia casa antigua construida con solidez, adornada con enrejados y bien conservada.

Al acercarse a la estructura Jonathan descubrió que era un lugar de gran actividad. Una cuadrilla con palos muy pesados había atacado la parte trasera de la casa y estaba comenzando a derribarla. Jonathan quedó impresionado con la velocidad con la cual estaban trabajando. Entonces, vio a una distinguida mujer de cabello gris que no parecía nada contenta con lo que estaba sucediendo. Esta mujer estaba parada cerca, con las manos apretadas en forma de puños. Gemía de forma audible mientras miraba a los obreros.

Jonathan se acercó a la mujer despreocupadamente y dijo: -¿Esa casa estaba bien construida? ¿Quién es el dueño?

-¡Buena pregunta! -respondió la mujer con vehemencia-. Pensé que *yo* era la dueña de esta casa.

-¿*Pensó* que era la dueña de la casa? Seguramente sabe si es dueña de una casa -dijo Jonathan.

El suelo se sacudió cuando toda una pared colapsó en el interior. La mujer observaba con impotencia la ondulante nube de polvo que surgía del casco.

-No es tan sencillo -gritó la mujer por encima del ruido-. La propiedad es control, ¿verdad? Pero en realidad nadie controla nada por aquí. Los gobernantes controlan todo, así que ellos son los verdaderos dueños de todo. Y son dueños de esta casa también, a pesar de que yo la construí y pagué por cada tablón y cada pieza. Cada vez más agitada, la mujer se acercó y arrancó un papel de un único poste que quedaba en pie donde

momentos antes había habido una pared: -¿Ves este cartel? -Lo hizo un bollo, lo arrojó y lo pisó-. Los funcionarios me dicen lo que puedo construir, cómo puedo construirlo, cuándo puedo construirlo, y para qué puedo utilizarlo. Ahora me dicen que lo derribarán. ¿Suena como que soy dueña de la propiedad?

-Bueno -se aventuró Jonathan con timidez-, ¿no vivió aquí?

-Sólo en tanto pude mantener el pago del impuesto a la propiedad. Si no pagaba, los funcionarios me arrojaban a patadas ¡en menos tiempo de lo que se tarda en decir 'próximo caso'! -La mujer se puso roja de furia y continuó jadeando-. Nadie es verdaderamente dueño de nada. Simplemente somos inquilinos del gobierno en tanto paguemos los impuestos.

-¿Entonces no pagó el impuesto? -preguntó Jonathan-. ¿Por eso están derrumbando su casa?

-¡Claro que pagué el maldito impuesto! -se expresó la mujer casi en un grito-. Pero no era suficiente para ellos. Esta vez, los Lores dijeron que mi plan para la casa no encajaba en el plan de ellos; el plan maestro del Consejo. "Condenaron" a mi casa; me dieron algo de dinero por lo que consideraron que valía; y ahora la derrumban para hacer una plaza. La plaza tendrá un monumento lindo y grande en el centro; un monumento a uno de ellos.

-Bueno, al menos le pagaron -dijo Jonathan. Pensó un momento y preguntó-: ¿No está satisfecha?

Lo miró de reojo: -Si estuviera satisfecha, no habrían solicitado a un policía que se quedara a mi lado para asegurarse de que me fuera pacíficamente. Y el dinero que me pagaron se lo sacaron a mis vecinos. ¿Quién los va a compensar a ellos? El dinero nunca sale del bolsillo de los Lores gobernantes.

Jonathan negó con la cabeza con desconcierto: -¿Usted dijo que era parte de un plan maestro?

-¡Ja! ¡Un plan maestro! -pronunció la mujer sarcásticamente-. Es el plan de quien tenga poder político. Si pierdo mi vida en busca de poder político, entonces seré capaz de imponer mis planes sobre los demás. Entonces podría *robar* casas en lugar de construirlas. ¡Es tanto más fácil!

-Pero seguro se necesita un plan para tener una ciudad inteligentemente diseñada -dijo Jonathan esperanzado en búsqueda de una

explicación lógica para la condición de la mujer-. ¿No debería confiar en que el Consejo diseñe el plan?

Ella sacudió su mano en dirección al pueblo: -Velo tú mismo. La isla de Corrumpo está llena de planes delirantes. Peor aún es el plan que ya está finalizado; mejor descrito como falso, costoso, y feo.

De frente a Jonathan, la mujer agregó con un tono de candor resonante: -¿Sabías que habían construido un estadio deportivo en el que ninguno de los espectadores podía ver el juego? Te sería imposible lograrlo si lo intentaras, pero ellos lo hicieron. El flamante estadio era tan raquítico que ¡repararlo costó el doble que construirlo! Los Lores blasonan sus nombres sobre estas obras maestras y sus amigos consiguen los contratos.

Clavando un dedo en el pecho de Jonathan, ella declaró: -Sólo los planes estúpidos tienen que aplicarse por la fuerza. ¡La fuerza nunca obtuvo *mi* confianza! -Enojada, miró nuevamente a la advertencia de su casa-. ¡Aún no han oído mi última palabra!

CAPÍTULO 8

LOS DOS ZOOLÓGICOS

iguiendo su camino, Jonathan pensó en las leyes de esta perturbada isla. Seguramente ¿la gente no viviría con reglas que los hicieran infelices? Debía haber alguna buena razón que aún no había descubierto. Parecía un lugar muy lindo para vivir; la tierra se veía tan verde y el aire era suave y cálido. Esto debía ser un paraíso. Jonathan se relajó en su caminata por la ciudad.

De pronto, llegó a un desvío del camino con formidables cercos de hierro que lo bordeaban por ambos lados. Sobre su derecha había animales extraños de diferentes medidas y formas –tigres, cebras, monos– demasiados como para contarlos. Detrás del otro cerco, sobre la izquierda, había decenas de hombres y mujeres, todos vestidos con las mismas camisas y pantalones con líneas blancas y negras. Ver a estos dos grupos enfrentados con el camino en el medio le pareció extraño. Al divisar a un hombre vestido de uniforme negro y haciendo círculos con un bastón corto, parado de guardia entre los portones cerrados, Jonathan se le acercó.

Jonathan preguntó amablemente: -¿Podría decirme para qué son estos altos cercos?

Manteniendo un ritmo constante con sus pies y el bastón, el guardia respondió con orgullo: -El cerco del otro lado del camino es nuestro zoológico.

-Ah -dijo Jonathan, mirando fijo a un grupo de animales peludos con rabos prensiles moviéndose en las paredes de la jaula.

El guardia, acostumbrado a ser guía de los niños locales, continuó con su discurso: -Puedes ver que tenemos una excelente variedad de animales en nuestro zoológico. Aquí -hizo un gesto señalando el otro lado del camino- mantenemos a los animales traídos de todo el mundo. Estas rejas mantienen a los animales en un lugar seguro donde la gente puede estudiarlos. No podemos tener animales extraños deambulando por ahí y perjudicando a la sociedad con su comportamiento desobediente.

-¡Guau! -exclamó Jonathan-. Debió haberle costado una fortuna encontrar todos estos animales, importarlos de todo el mundo, y luego alimentarlos aquí.

El guardia le sonrió, y negó con su cabeza sutilmente: -Oh, yo no pago por el zoológico. Todos en el pueblo pagan un impuesto de zoológico.

-¿Todos? -repitió Jonathan, palpando concientemente el fondo de sus bolsillos vacíos.

-Bueno, hay algunos que intentan evadir sus responsabilidades. Algunos ciudadanos reacios dicen que no tienen ningún interés en usar su dinero para un zoológico. Otros se niegan porque consideran que los animales sólo deberían ser estudiados en sus hábitat naturales.

El guardia giró hacia la cerca detrás de sí y golpeó el pesado hierro de la entrada con su bastón.

-Cuando estos ciudadanos se niegan a pagar el impuesto de zoológico, los sacamos de su hábitat natural y los ponemos aquí, detrás de las rejas. Entonces estas extrañas personas pueden ser estudiadas y también a ellos se les impide andar por ahí y dañar a la sociedad con su comportamiento desobediente.

La cabeza de Jonathan comenzó a girar en señal de escepticismo. Comparando a los dos grupos detrás de las rejas, se preguntó si pagaría para mantener a este guardia y a los dos zoológicos. Sus manos se ajustaron a las barras de hierro mientras escudriñaba las orgullosas caras de los internos de ropa rayada. Entonces estudió la orgullosa expresión en la cara del guardia que había comenzado a balancearse hacia atrás y hacia adelante, girando aún su bastón.

Al retomar su camino, Jonathan miró hacia atrás y espió a ese sucio gato gris pasar a través de las rejas del zoológico, varias veces, de un lado al otro. Indudablemente todavía en busca de comida. El guardia golpeó la barra ruidosamente con su palo y el gato salió corriendo superando a Jonathan unos metros y luego se sentó a lamer su pata.

-Amas a los ratones, ¿no es cierto gato? Bueno, Mices -como Jonathan había nombrado a su compañero de ruta-, ¿de qué lado de las rejas están los que pueden hacer mayor daño?



CAPÍTULO 9

HACIENDO DINERO



Más adelante, Jonathan oyó el fuerte rugido de una máquina proveniente del segundo piso de un enorme edificio de ladrillo rojo. El rápido traqueteo sonaba como una imprenta. "Quizá sea el diario del pueblo", pensó Jonathan, "¡Qué bueno! Podré leer todo acerca de esta isla y de su gente. Quizá me dé una idea sobre cómo volver a casa."

Giró en la esquina en busca de un ingreso al edificio de ladrillo y casi choca con una pareja que venía caminando elegantemente vestida, del brazo, por la calle adoquinada.

-Perdón -se disculpó Jonathan-, pero no puedo encontrar la entrada a este edificio. ¿Aquí se imprime el diario local?

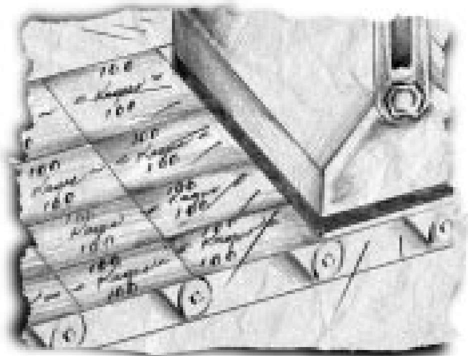
La señora sonrió al tiempo que el señor corrigió a Jonathan: -Me temo que estás equivocado, joven. Ésta es la Oficina Pública de Creación de Dinero, no el diario.

-Ah -dijo Jonathan decepcionado-. Esperaba encontrar una imprenta de cierta importancia.

-Anímate -dijo el hombre-. No hay ninguna imprenta de mayor importancia y orgullo que esta oficina. ¿No es cierto, querida? -El hombre palmeó la mano enguantada de la mujer.

-Sí, es verdad -contestó ella con una risita-. Esta gente imprime mucha felicidad con el dinero que hace.

Quizá ésta era la solución para salir de la isla, pensó Jonathan. Quizá de esta forma podría comprar un pasaje para un barco.



-¡Genial! -dijo Jonathan alegremente-. Seguro que el dinero me haría feliz ahora. Si pudiera imprimir algo de dinero entonces...

-¡Oh, no! -replicó el hombre con desaprobación. Sacudió su dedo hacia la cara de Jonathan-. Eso está fuera de lugar.

-Por supuesto -concordó la mujer-. Los impresores de dinero que no son designados por el Consejo de Gobierno son calificados de 'falsificadores' y puestos tras las rejas. No toleramos esa clase de sinvergüenzas en este pueblo.

El hombre asintió con vigor: -Cuando los falsificadores imprimen dinero y lo gastan, el nuevo dinero inunda las calles y roba a todos los demás. Desaparecen los bienes, hay dinero por todas partes, y los precios vuelan por las nubes. Cualquier persona pobre con un ingreso fijo –salarios, ahorros o pensiones– pronto descubre que su dinero no vale nada.

Jonathan frunció el ceño. ¿Qué se había perdido?

-Pensé que habían dicho que imprimir mucho dinero hace feliz a la gente.

-Ah, sí, eso es cierto -respondió la mujer-. Siempre que...

-... sea dinero *oficial* -se interpuso el hombre antes de que ella finalizara. Para diversión de Jonathan, la pareja se conocía tan bien que cada uno terminaba la frase del otro. El hombre sacó una gran billetera de cuero del bolsillo de su saco y extrajo un pedazo de papel para mostrárselo a Jonathan. Señalando un sello oficial del Consejo de Gobierno, indicó-: Ves aquí, dice 'uso legal', cosa que lo convierte en dinero oficial.

-La impresión de dinero oficial se llama 'política monetaria' -prosiguió ella, como si estuviese recitando de memoria un texto escolar-. La política monetaria es parte de un sofisticado plan de gasto maestro.

Al guardar su billetera, el hombre agregó: -Si es oficial, entonces quienes emiten el dinero no son ladrones.

-¡Claro que no! -dijo ella-. El Consejo de Gobierno gasta este nuevo dinero en nuestro nombre.

-Sí, y son *muy* generosos -dijo él pestañeando-. Gastan ese dinero en proyectos para sus leales súbditos: aquellos que los ayudan a ser elegidos.

Mirando directo a Jonathan, dijeron al unísono: -¿No te gustaría eso?

Jonathan pensó por un momento. La pareja esperó con paciencia su respuesta.

-Una pregunta más, si no les molesta -respondió Jonathan-. Dijeron que cuando el dinero falso inunda las calles, los precios vuelan y los salarios,

los ahorros y las pensiones carecen de valor. ¿No sucede eso también con el de 'uso legal' cuando los funcionarios imprimen dinero? ¿Cómo puede ser que esto haga feliz a la gente?

Se miraron uno al otro. El caballero sostuvo:

-Claro que siempre estamos felices cuando los Lores tienen más dinero para gastar en nosotros. Hay tantas necesidades apremiante que atender... necesidades de los desempleados, de los desafortunados, de los no jóvenes, los no viejos, los no ricos y los no pobres.

-Los gobernantes son muy escrupulosos en su investigación de las raíces de nuestros problemas de precios. Han identificado a la mala suerte y al mal clima como las principales causas de nuestras dificultades. Sí, la mala suerte y el mal clima provocan la suba de precios y una caída en el nivel de vida; especialmente en nuestras granjas -explicó la mujer.

-¡No olvides a los extranjeros! -exclamó su compañero.

-Especialmente los extranjeros -dijo la mujer alarmada-. Nuestra isla está sitiada por enemigos que intentan arruinar nuestra economía con los altos precios de las cosas que nos venden. Claro que el precio alto del querosén de ellos sería nuestra destrucción.

-Y los precios *bajos* -agregó él-. Siempre están intentando vendernos velas y abrigos a precios ruinosamente bajos. Nuestro Consejo de Gobierno también se ocupa duramente de esos monstruos.

-¡Sí, querido! -continuó ella con claridad-. Y maldigamos a los malditos carteles que ¡conspiran con vender al mismo precio! Afortunadamente, el Consejo determina los valores apropiados para nosotros. -Volviéndose hacia su compañero ella señaló al sol y expresó el deseo de continuar su camino.

-Tienes razón, querida. Espero que puedas disculparnos, joven. Esta noche tenemos una cita con nuestro banquero de inversiones. Sería tonto que perdiésemos la actual ola de entusiasmo en la compra de tierra y metales preciosos. ¡Pobre la gente ignorante que no entró en la ola cuando lo hicimos nosotros! ¿Verdad, querida? -Se rieron juntos. El hombre ladeó su sombrero, la mujer se inclinó con cortesía, y ambos se despidieron amablemente de Jonathan, alejándose apresurados.

CAPÍTULO 10

LA MÁQUINA DE LOS SUEÑOS

ómo haría Jonathan para volver a casa? Si hubiese un puerto y se pudiera alistar en un barco de paso. Era un muchacho cordial, honesto, dispuesto a hacer cualquier tipo de trabajo. Mientras pensaba en conseguir un empleo en una tripulación, Jonathan vio a un hombre flaco en un llamativo traje rojo y un sombrero elegante con una larga pluma pegada en la cinta. El hombre luchaba por cargar una enorme máquina en un gran carro a caballo. Al ver a Jonathan, el hombre gritó:

-Eh tú, te pagaré cinco kayns por ayudarme a cargar esto.

-¿Kayns? -repitió Jonathan con curiosidad.

-Dinero, niño. Billetes, plata. ¿Lo quieres o no?

-Claro -dijo Jonathan, sin una mejor idea en mente. No era un empleo en un barco, pero quizá podría comenzar a ganar algo de dinero para su pasaje. Además, el hombre parecía inteligente y tal vez le pudiera dar algún consejo. Luego de mucho empujar y arrastrar, lograron meter la pesada máquina en el interior. Limpiando su frente, Jonathan se quedó jadeando y mirando al objeto de su trabajo. La caja era grande y medio cuadrada con lindos diseños pintados en colores brillantes. Arriba tenía una bocina enorme, como la que Jonathan había visto una vez en un fonógrafo manual en su casa-.Qué hermosos colores -continuó Jonathan atraído por los intricados modelos que parecían moverse un poco cuanto más los miraba-. ¿Y qué es esa gran bocina de arriba?

-Ven al frente, pequeño amigo, y velo tú mismo. -Entonces Jonathan se subió al carro y leyó el cartel pintado en elegantes letras doradas: "¡LA MÁQUINA DE LOS SUEÑOS DE GOLLY GOMPER!"

-¿Una máquina de los sueños? -repitió Jonathan-. ¿Quiere decir que hace realidad los sueños?

-Claro que sí -dijo el hombre mientras aflojaba el último tornillo y sacaba un panel en la parte trasera de la máquina. Adentro estaban todos los elementos de un simple fonógrafo. No tenía una manija manual, pero tenía

un resorte que uno podía ajustar firmemente para encender la máquina y reproducir música y voces.

-Eh -exclamó Jonathan-, ¡no es nada más que una vieja caja musical!

-¿Qué esperabas -dijo el hombre-, un hada madrina?

-No sé. Supongo que pensé que sería un poco más, eh..., misterioso. Después de todo, se necesita algo especial para hacer realidad los sueños de las personas.

El hombre dejó sus herramientas y miró a Jonathan. Una leve mueca se posó en su rostro.

-Palabras, mi curioso amigo. Sólo se necesitan palabras para hacer realidad algunos sueños. El problema es que nunca se sabe quién va a obtener el sueño cuando se desea algo.

Al ver la expresión de desconcierto de Jonathan, el hombre puso su mano en el bolsillo y sacó una pequeña tarjeta personal blanca. Prosiguió con su sonido vibrante nasal:

-Tanstaafl es el nombre. P. T. Tanstaafl. -En ese momento se dio cuenta de que le había dado a Jonathan la tarjeta equivocada-. Perdón, hijo, es la tarjeta de ayer. -Revolviendo su billetera encontró otra de un tamaño y color sutilmente diferentes. Cuando comenzó a pintar un letrero nuevo sobre el viejo diciendo "MÁQUINA DE LOS SUEÑOS DEL DOCTOR TANSTAAFL", rugió confiadamente-. Permíteme explicarte cómo funcionan estas cosas. La gente sabe sus sueños, ¿verdad? El problema es que no saben cómo hacer realidad esos sueños, ¿no es cierto? -Jonathan asintió en silencio.

-Entonces pagas dinero, giras la llave, y esta vieja caja reproduce cierta instrucción sutil una y otra vez, ¿sí? Siempre es el mismo mensaje y siempre hay muchos soñadores a quienes les encanta oírlo.

-¿Cuál es el mensaje, Señor Tanstaafl? -preguntó Jonathan.

El hombre lo corrigió: -¡Por favor! *Doctor* Tanstaafl. Como te decía, la Máquina de los Sueños le dice a la gente que piense en lo que le gustaría tener, y... -el hombre miró a su alrededor para ver si estaba escuchando alguien más-, y luego le explica a los soñadores lo que deben hacer. Y, debo decir, se los dice de una manera muy, muy persuasiva.

-¿Quiere decir que los hipnotiza? -preguntó Jonathan con los ojos bien abiertos.

-Oh no, no, no, no, no, ¡no! -objetó el hombre-. Les dice que son buenas personas y que lo que desean es algo bueno, ¿verdad? ¡Es tan bueno que deberían exigirlo!

-¿Eso es todo? -Jonathan dijo sorprendido.

-Eso es todo.

Luego de un momento de dudas, Jonathan preguntó:

-¿Y qué es lo que exigen estos soñadores?

El hombre sacó una lata de aceite y procedió a aceitar las palancas dentro de la máquina.

-Bueno, depende mucho de dónde ponga la máquina. Frecuentemente la ubico frente a una fábrica como ésta, sí: Construcciones Bastiat. -Señaló con su pulgar en dirección a un edificio chato de dos pisos del otro lado de la calle-. Y a veces me instalo cerca del Palacio de Gobierno. Por aquí la gente siempre quiere más dinero. Que haya más dinero es bueno, ya sabes, los precios siempre suben y la gente siempre necesita más.

-Eso he oído -dijo Jonathan girando sus ojos-. ¿Lo reciben?

El hombre se separó y limpió sus manos con un trapo. -Algunos ¡así de fácil! -dijo chascando sus dedos-. Los soñadores se apiñaron en el Palacio y exigieron leyes que obligaron a la fábrica a triplicarles el sueldo. Y exigieron beneficios que la fábrica tuvo que aceptar.

-¿Qué beneficios? -dijo Jonathan.

-Seguridad, por ejemplo. Más seguridad también es algo bueno, ya sabes. Así que los soñadores exigieron leyes que obligaran a las fábricas a pagarles un seguro. Un seguro de enfermedad. Un seguro de desempleo. Incluso un seguro de vida.

-¡Parece genial! -exclamó Jonathan-. Esos soñadores deben haber estado muy felices. -Se volvió para mirar nuevamente a la fábrica y notó que parecía no haber mucho movimiento del otro lado de la calle. La pintura descolorida hacía que los edificios se vieran cansados y no brillaba ninguna luz en las ventanas sucias que en todas partes estaban rotas y entablonadas. Había trozos de vidrio estrellado amontonados contra las paredes y en la vereda.

El hombre terminó su trabajo y ajustó los tornillos nuevamente en su lugar. Dada una limpieza final con su trapo por sobre la superficie pulida de la caja, el elegante empresario saltó fuera de la carreta y fue a revisar los

arneses. Jonathan se bajó y se dirigió al hombre repitiendo: -dije que debían haber estado muy contentos de recibir todo ese dinero y esa seguridad; y agradecidos, también. ¿Le dieron un premio o le hicieron un banquete para celebrar?

-Para nada -dijo el doctor Tanstaafl lacónicamente-. Casi me alquitranan y me llenan de plumas. Anoche casi destruyen la Máquina de los Sueños con piedras, ladrillos y cualquier cosa que encontraban para arrojar. Verás, su fábrica cerró ayer por reformas y me culpan a mí.

-¿Por qué cerró la fábrica?

-Parece ser que no podía ganar lo suficiente para pagar los aumentos y los beneficios a los obreros. Tienen que intentar hacer otra cosa.

-Pero, entonces -dijo Jonathan-, eso significa que los sueños no se hicieron realidad, después de todo. Si la fábrica cerró, entonces nadie recibe ningún pago. Y nadie recibe tampoco ninguna seguridad. ¡Nadie recibe nada! Bueno, usted es un sinvergüenza, doctor Tanstaafl. Usted dijo que la Máquina de los Sueños...

-¡Un momento, muchacho! Los sueños se hicieron realidad. Yo dije que -acentuó cada palabra lentamente-, dije que nunca se sabe quién obtendrá el sueño cuando se desea algo. Suele suceder que cada vez que cierra una vieja fábrica aquí en la isla de Corrumpo, ese sueño se hace realidad del otro lado de agua en la Isla de Nie. Una fábrica nueva abrió hace poco allí, precisamente hace una semana. Ahora allí hay muchos nuevos puestos de trabajo y de seguridad. En lo que a mí respecta, bueno, yo recaudo mi dinero de la máquina sin importar lo que suceda.

Jonathan pensó intensamente en las novedades de Nie, dándose cuenta de que al menos podría navegar a otras islas, islas prósperas como ésa.

-¿Dónde queda la Isla de Nie? -preguntó.

-En dirección oeste más allá del horizonte. La gente de Nie tiene una fábrica precisamente como ésta. Cuando los costos de fabricación aquí aumentan, sus fábricas reciben muchas más órdenes allá. Comprenden que tener más clientes es la mejor manera de tener más de todo lo demás: salarios y seguridad. No se pueden 'exigir' más negocios.

El doctor Tanstaafl ajustó la máquina con correas y se río entre dientes: -Los soñadores aquí querían apropiarse, y fueron expropiados. Así que, la gente de afuera se quedó con lo que deseaban estos soñadores.

Le pagó a Jonathan por su ayuda y luego se subió al asiento del conductor y sacudió las riendas. Jonathan miró el dinero que le había dado y pronto se preocupó porque iba a perder valor. Era el mismo papel que la pareja le había enseñado frente a la Oficina Pública de Creación de Dinero.

-¡Doctor Tanstaafl! ¡Eh, doctor Tanstaafl!

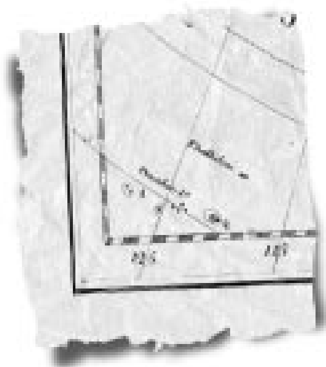
-¡Sí?

-¿Podría pagarme con otra clase de dinero? Quiero decir, algo que no esté perdiendo valor.

-Es de uso legal, amigo. Tienes que aceptarlo. ¿Piensas que utilizaría eso si pudiera optar? ¡Sólo gástalo rápido! -El hombre le gritó al caballo y se fue.

Jonathan gritó: -¿Hacia dónde va?

-¡Donde haya algo de qué apropiarse!



CAPÍTULO 11

PODER EN VENTA



Una mujer robusta y jovial se acercó a Jonathan mientras él decidía hacia dónde ir. Sin dudar, lo agarró de la mano derecha y comenzó a sacudírsela vigorosamente.

-¿Cómo está? ¿No es un día hermoso? -dijo a la velocidad de la luz, sacudiendo su mano con el brazo carnoso-. Soy Lady Bess Tweed, su amigable vecina representante en el Consejo de Gobierno, y estaría más que agradecida de tener su contribución y su voto para mi reelección de mandato, así es, ésa es la situación más urgente de esta hermosa comunidad.

-¿De veras? -dijo Jonathan sin saber qué decir. La velocidad de su discurso y la fuerza de sus palabras le hicieron dar un paso atrás. Nunca había conocido a una persona que pudiese decir tantas palabras con un sólo respiro.

-Oh, sí -continuó Lady Tweed casi sin escuchar su respuesta-, y estoy dispuesta a pagarle bien, oh sí, estoy dispuesta a pagarle, no se puede pedir un mejor acuerdo, ¿qué le parece?

-¿Pagarme por una contribución y un voto? -preguntó Jonathan con cara de desconcierto.



-Claro que no puedo darle efectivo, eso sería ilegal, un soborno -dijo Lady Tweed, guiñándole un ojo con astucia y codeándolo en las costillas. Prosiguió-, pero puedo darle algo tan bueno como el efectivo y que vale muchas veces más que su contribución para mí. Es tan sencillo como bombear un pozo. Unos pocos billetes en mi mano ahora y usted puede esperar una mina de beneficios después. Eso haré. ¿Qué le parece?

-Sería agradable -respondió Jonathan dándose cuenta de que ella no lo estaba escuchando.

-¿Cuál es su ocupación? Porque si usted quiere, ya sabe, puedo arreglar alguna asistencia para usted como créditos o licencias o subsidios o exenciones impositivas. Si lo desea, puedo arruinar a sus competidores con leyes, regulaciones, inspecciones y cuotas para que vea que no hay mejor inversión en el mundo que un político bien ubicado. Quizá usted desee que se construya una ruta nueva o un parque en su barrio o quizá un gran edificio o...

-¡Deténgase! -gritó Jonathan, intentando poner fin al torrente de palabras-. ¿Cómo puede darme más de lo que le doy? ¿Es tan rica y generosa?

-¿Rica, yo? ¡Santo cielo, no! -replicó Lady Tweed-. No soy rica, bueno, no lo suficiente como para admitirlo. ¿Generosa? Bueno, podría decirse que sí pero, por supuesto, no pienso pagarle con mi propio dinero. Porque, verá, estoy a cargo del tesoro público. Ya sabe, dinero recaudado mediante impuestos. Y puede estar seguro de que puedo ser muy generosa con esos fondos; con la gente indicada, claro.

Jonathan aún no comprendía a qué se refería esta mujer.

-Pero, si usted compra mi contribución y mi voto, ¿no es una especie de, bueno, lo mismo que un soborno?

La cara de Lady Tweed mostró una sonrisa arrogante: -Seré franca contigo, mi querido amigo. -Puso su brazo sobre el hombro de Jonathan y lo estrechó contra su cuerpo-. Es un soborno, pero es legal cuando el político utiliza el dinero de otra gente en lugar del suyo. De la misma forma, es ilegal que me des dinero en efectivo para favores políticos específicos, a menos que se los pueda llamar 'contribuciones para la campaña'. Entonces está todo bien. Pero, aun así, si te sientes incómodo dándomelo directamente a mí, puedes pedirle a un amigo o a un familiar o a un socio que entregue el efectivo, porciones accionarias o buenos tratos hacia mí y los míos en tu nombre, ahora o después. -Tomó un rápido respiro-. Ahora ¿comprendes?

Jonathan negó con su cabeza.

-Sigo sin ver la diferencia. Es decir, me parece que sobornar a las personas a cambio de votos o favores sigue siendo sobornar sin importar quién sea o de quién sea el dinero. El nombre no importa si el hecho es el mismo.

Lady Tweed sonrió con indulgencia hacia Jonathan y comenzó a burlarse.

-Mi querido, querido amigo, tienes que ser más flexible. El nombre lo es todo. -Ahora su mano adornada de anillos estaba en la barbilla de Jonathan girándole la cara un poco hacia el costado-. ¿Cuál es tu nombre? ¿Nadie te ha dicho que tienes un lindo perfil? Podrías llegar lejos si te postularas a un cargo público y si fueras un poco más flexible en esta cuestión. Estoy segura de que podría encontrarte un lindo puesto en mi despacho luego de mi reelección. Vamos, tiene que haber algo que desees.

Jonathan se mantuvo aferrado a su cuestionario original y la presionó en busca de una explicación.

-¿Qué gana usted regalando el dinero de los contribuyentes? ¿Puede quedarse con el dinero que se le da como contribución?

-Oh, parte es útil para mis gastos y me han prometido una fortuna si me llego a jubilar, pero fundamentalmente me otorga reconocimiento o credibilidad o popularidad o amor o admiración o un lugar en la historia. Esto y mucho más para mí y ¡mis descendientes! -se rió con disimulo-. Los votos son poder y no hay nada que disfrute más que tener influencia sobre la vida, libertad, y propiedad de cada persona en esta isla. ¿Puedes imaginarte cuánta gente viene a mí *–a mí–* en busca de favores grandes y pequeños? Y cada pequeño impuesto y regulación es una oportunidad para que yo otorgue una exención especial. Cada problema, grande o chico, se responde dándome más influencia. Puedo regalar almuerzos gratuitos y paseos gratuitos a quien me dé la gana. Desde pequeña he soñado con semejante importancia. ¡También tú, puedes compartir la gloria de todo eso!

Jonathan se retorció con incomodidad por cómo lo tenía agarrado. Había logrado alejarse pero Lady Tweed lo tenía firmemente tomado de la mano.

-Claro -dijo Jonathan- es un muy buen negocio para usted y sus amigos, pero ¿el resto de la gente no se disgusta de que el dinero que les pertenece sea utilizado para comprar votos, favores, y poder?

-Seguramente -dijo ella, elevando su doble barbilla gorda con orgullo-. Y yo oí sus preocupaciones. Así que *me* convertí en líder de la reforma.

Finalmente liberando la mano de Jonathan, Lady Tweed soltó al aire su enorme puño enjoyado:

-Durante años he promulgado nuevas reglas para sacar el dinero de la política. Siempre dije que es una crisis de grandes proporciones y gané un buen número de votos con promesas de reforma. -Hizo una pausa para sonreír y continuó-. Afortunadamente para mí, siempre conoceré la forma de evadir mis propias reglas en tanto haya valiosos favores que vender.

Lady Tweed se enfocó en Jonathan nuevamente, sopesando su andrajosa apariencia con un ojo calculador.

-Nadie te paga un centavo por favores porque tú, por ahora, no tienes favores que vender. Va en proporción directa, ¿no lo ves? Pero con tu mirada inocente y el apoyo correcto de mi parte, una nueva vestimenta, zapatos, un corte de cabello estilizado, y la novia indicada, definitivamente podría triplicar para ti la votación usual de un principiante. Luego después de diez o veinte años de cuidadosa guía... bueno, ¡no hay límites para las posibilidades! Búscame en el Palacio de Gobierno y veré qué puedo hacer.

Terminada esa frase, Lady Tweed vio a un grupo de obreros que se había reunido del otro lado de la calle, mirando con desesperanza a la fábrica cerrada. Abruptamente perdió interés en Jonathan y se alejó apresurada, en busca de una nueva presa.

-Gastar el dinero de otras personas suena problemático -murmuró Jonathan.

Apenas oyendo sus palabras (los oídos de la mujer estaban agudamente afinados a cualquier discordancia en el aire) Lady Tweed se detuvo y regresó un paso, riéndose entre dientes: -¿Dijiste "problemas"? ¡Ja! En realidad es como sacarle un dulce a un bebé. Aquello que la gente no me da por deber, lo tomo prestado. Verás, cuando me haya ido seré tiernamente recordada cuando sus hijos aún sin nacer reciban la factura. ¿Cuál es tu nombre, niño?

-Jonathan Gullible, señora.

La conducta de Lady Tweed de pronto se puso dura y fría.

-Te recordaré, Jonathan Gullible. Si no estás conmigo, estás en mi contra. Premio a mis amigos y castigo a mis enemigos. No puedes mantenerte al margen, ¿comprendes? Ahí lo tienes, ésa es la situación apremiante de esta hermosa comunidad.

Con la misma velocidad su cara cambió y reflejó una amplia y brillante sonrisa, y desapareció.

CAPÍTULO 12

OPORTUNIDAD PERDIDA

s la mejor oradora que hayamos elegido en la historia.

Jonathan se dio vuelta para ver a un hombre de mediana edad tirado en un umbral, apoyado sobre el codo. Su amplio sombrero corto estaba ladeado hacia atrás y su traje oscuro de tres piezas se veía sucio y olía aun peor. Los parches en las rodillas de su pantalón comenzaban a raerse. En su cara había crecido una salteada sombra gris que indicaba que habían pasado unos días desde que se había afeitado. En una mano todavía colgaba una botella vacía como un hueso que ahora servía más que nada para sostenerlo contra la pared.

-Tweed es lo mejor que he visto -continuó soñoliento-. Realmente sabe agitar a una multitud.

Jonathan se acercó más para oír, pero no estaba seguro de si quería entusiasmar a este desamparado. Claramente, este vagabundo caballero no necesitaba que lo incentivaran para repetir una historia que probablemente había contado una docena de veces a sí mismo.

-Luego de su discurso de rasgarse las vestiduras, la multitud estaba violentamente enojada -dijo negando con su cabeza-. Luego un niño, el pequeño Ricco Junior, lanzó una piedra a la ventana de allí. Cuando los vidrios estallaron, la horda quedó en silencio. Sí, ni un ruido al principio. Sabían que estaba mal destruir cosas, pero era excitante.

El vagabundo percibió que este joven realmente lo estaba escuchando. Prosiguió: -Entonces Tweed (estaba justo en medio de ellos) dijo que Ricco había hecho un gran servicio a la comunidad. Dijo que todos le debían una deuda de gratitud. Incluso dijo que el dueño de la fábrica ahora tendría que comprar ventanas nuevas al vidriero. Todos en la muchedumbre estaban muy atentos; precisamente en busca de una excusa para arrojar más piedras. Tweed les dice: “Claro, ¡adelante! Con cada piedra y cada ventana rota, el vidriero tendrá un nuevo pedido, un nuevo empleo para un obrero, y una nueva demanda de herramientas. Entonces cada obrero tendrá más kayns para gastar en zapatos para sus hijos. Así que más empleos

para el zapatero y los zapateros tendrán más para gastar en cuero y en costuras y así”.

El hombre se inclinó y tosió fuertemente como un animal enfermo. Retomando su postura, respiró hondo y balanceó su peso. Luego el gato, Mices, apareció y se restregó contra el brazo del vagabundo, fastidiándolo para que lo acariciara. El vagabundo se rió para sí y prosiguió:

-Levantaron a Ricco sobre sus hombros. Vitorearon al orgulloso niño y siguieron su ejemplo. A la mañana siguiente no había una sola ventana entera en toda la manzana. Habrían ido al resto del pueblo de no haber sido porque querían ahorrar sus fuerzas para la próxima estampida. -El hombre respiró profundo, intentando sostener su respiración-. Tweed los convenció de que la guerra contra Nie sería aun mejor. Eso sí que los exaltó.

A medida que hablaba, el vagabundo iba perdiendo fuerzas; apenas pudo terminar la oración antes de desmayarse. Con cada palabra su agotada cabeza se caía hacia atrás y luego se balanceaba hacia adelante nuevamente. Mantuvo sus ojos abiertos con una última dosis de fuerza, profiriendo con lentitud: -No ven lo que podría haber hecho, hip..., de no haber tenido que reparar todo ese daño... en mi fábrica.

CAPÍTULO 13

VIVIENDAS CAÓTICAS

as calles se tornaron más tranquilas a medida que Jonathan se alejaba del lugar. Hileras de casas bordeaban las calles. El viento aumentó su fuerza y Jonathan ajustó su desgastado chaleco alrededor de su cuello mientras pasaba por otra hilera de casas. De pronto, notó a un grupo de personas mal vestidas reunidas frente a tres edificios altos rotulados A, B y C.

El Edificio A estaba vacío y en una condición espantosa: el revoque destruido, las ventanas rotas, y los vidrios que seguían enteros estaban cubiertos de hollín. Al lado había gente agrupada en las escaleras de ingreso al Edificio B. Jonathan escuchó voces fuertes que venían del interior y los sonidos de una intensa actividad en los tres pisos. La ropa limpia colgaba descuidadamente de palos que se destacaban en todas las ventanas y balcones. Estaba repleto de inquilinos.

Más allá estaba el Edificio C. Era reluciente, inmaculadamente conservado y, al igual que el Edificio A, estaba vacío. Sus limpias ventanas brillaban con los rayos del sol que se ponía en el horizonte; las paredes de yeso eran lisas y pulcras.

De pronto, Jonathan sintió que le golpeaban el hombro. Se dio vuelta para ver a una adolescente. Tenía un largo cabello marrón y una voz muy agradable. La ropa le quedaba mal, pero Jonathan pensó que era muy linda. Parecía segura de sí misma e inteligente, aunque un poco desgarbada.

-¿Sabes de algún departamento para alquilar? -preguntó.

-Lo siento -dijo Jonathan-, no soy de por aquí. ¿Por qué no te fijas en aquellos edificios vacíos?

-No tiene sentido -respondió ella con suavidad.

-¿Por qué? -inquirió Jonathan-. Parecen estar vacíos.

-Sí, lo están. Mi familia solía vivir allí en el Edificio A. Luego aprobaron el control de renta.

-¿Qué es el control de renta? -preguntó Jonathan.

-Es una ley que impide que los propietarios aumenten los alquileres.

-¿Por qué? -se interesó Jonathan.

-Oh, es una larga y estúpida historia -dijo ella-. Hace tiempo cuando la Máquina de los Sueños vino a nuestro vecindario, mi padre y otros discutieron porque los propietarios aumentaban las rentas. Claro, los costos estaban más altos y la gente comenzó a mudarse de otros lugares, pero mi padre dijo que *no* deberíamos tener que pagar alquileres más altos. Así que él y otros arrendatarios, o debería decir ex arrendatarios, le exigieron al Consejo de Gobierno que prohibiera el aumento de los alquileres. El Consejo lo hizo y contrató a un puñado de inspectores y jueces para poner la ley en vigor.

-¿Quedaron satisfechos los inquilinos?

-Claro, al principio. Mi padre estaba seguro respecto del costo de un techo sobre nuestras cabezas. Pero entonces los propietarios dejaron de construir nuevos departamentos y dejaron de arreglar los viejos.

-¿Qué sucedió?

-Los costos continuaron aumentando –fontaneros, guardias de seguridad, administradores, materiales, impuestos, y demás– pero los propietarios no podían aumentar los alquileres para cubrir todo eso. Entonces se preguntaron: "¿Para qué construir y arreglar, sencillamente para perder dinero?"

-¿También aumentaron los impuestos? -preguntó Jonathan.

-Claro... para pagarle a los inspectores, a los jueces, y a los Lores. Los presupuestos y el personal tenían que aumentar -dijo la joven-. El Consejo aprobó el control de renta, pero ¡nunca consideraron el control del impuesto! Bueno, pronto los propietarios fueron odiados.

-¿Antes no los odiaban?

-No, antes las cosas eran diferentes. Antes del control de renta los propietarios tenían que ser amables para lograr que nos mudásemos y nos quedásemos con ellos. Había montones de departamentos para elegir y los propietarios actuaban amigablemente y hacían que todo fuera atractivo. Si en esa época se corría la voz acerca de un mal propietario, la gente lo evitaba. Los propietarios amables tenían el premio de inquilinos perdurables mientras que los malos propietarios estaban llenos de vacantes.

-¿Qué cambió?

-Luego del control de renta todos se volvieron realmente desagradables -dijo con cara de desesperación-. Se sentó en la vereda para

rascar a Mices detrás de la oreja. Mices rodó sobre su lomo y comenzó a ronronear. Estaba en el paraíso. Y también Jonathan. Le costaba pensar, hablar, y mantener sus ojos alejados de ella.

Ella siguió: -Los costos continuaron aumentando pero los alquileres no. Entonces los propietarios cortaron las reparaciones. Cuando los edificios se tornaron incómodos o peligrosos los inquilinos se enojaban y se quejaban ante los inspectores. Los inspectores labraban multas contra los propietarios a menos que los sobornaran. Un propietario decente, dueño del Edificio A de allí, no pudo afrontar las pérdidas así que simplemente abandonó el edificio.

-¿Abandonó su propio edificio? -resaltó Jonathan.

-Sí. Eso pasó mucho -suspiró ella-. Imagínate dejar algo que te llevó una vida construir. Bueno, el número de departamentos disminuyó y el número de inquilinos aumentó. Con la escasez de departamentos, la gente no tuvo más opción que apretujarse en donde fuera. El desagradable propietario del Edificio B nunca más tuvo una vacante. El hecho es que hay tanta gente en su lista de espera que acepta pagos bajo la mesa para hacer que los solicitantes avancen en la lista. Se beneficia como un bandolero.

-¿Y qué hay del Edificio B? -dijo Jonathan, queriendo ser de ayuda.-¿Puedes encontrar lugar allí?

-La lista de espera es atroz y nadie se anima a irse. Cuando Dame Whitmore falleció deberías haber visto la pelea aquí afuera: todos gritando y rasguñándose unos a otros por un lugar en la fila. Lady Tweed finalmente recibió el departamento, aunque nadie recuerda haberla visto en la fila aquel día. Mi familia una vez intentó compartir un departamento en el Edificio B, pero los inspectores dijeron que compartir estaba en contra del reglamento edilicio.

-¿Qué es un reglamento edilicio? -preguntó Jonathan.

La joven estaba obviamente cansada de las preguntas, pero intentó darle a Jonathan una respuesta justa:

-Los Lores deciden el estilo de vida apropiado para todos y lo escriben en una ley, en un código. Ya sabes, cosas como el número indicado de bañaderas y de retretes, el número correcto de familias, y la debida cantidad de espacio. -Con aire de sarcasmo agregó-: Así que terminamos en la calle donde nadie cumple el código ni bañadera, ni retrete, ni privacidad, y demasiado espacio.

Jonathan se deprimió pensando acerca de su predicamento. Entonces recordó el tercer edificio: flamante y vacío. Era la solución obvia a sus problemas. -¿Por qué no te mudas al Edificio C de allí, al lado del que está todo ocupado?

Se rió con amargura. -Eso sería una violación a las reglas de zonificación.

-¿Reglas de zonificación? -repitió él. Recostándose en la vereda donde estaba sentado, Jonathan negó con incredulidad.

-Son reglas acerca de la ubicación. La zonificación funciona de la siguiente manera: -indicó ella utilizando un palo para trazar un mapa en la tierra- el Consejo dibuja líneas en un mapa del pueblo. Se permite que la gente *duerma* de un lado de la línea por la noche, pero deben *trabajar* del otro lado durante el día. El Edificio B está del lado de dormir y el Edificio C está del lado del trabajo. Generalmente los edificios de trabajo están ubicados del otro lado de los edificios para dormir para que todos tengan que viajar bastante todas las mañanas y las noches. Dicen que las distancias largas son buenas para el ejercicio físico y las ventas de carruajes.

Jonathan se quedó mirando fijo, desconcertado. Un atosigado edificio estaba en medio de dos edificios vacíos y la calle estaba llena de indigentes. Qué lío, pensó. -¿Qué vas a hacer? -preguntó en actitud comprensiva.

-Vamos día por día. Mi papá quiere que vaya con él a una gran fiesta que está organizando Lady Tweed mañana para los sin techo. Prometió muchos juegos y un almuerzo gratis.

-¡Qué generosa es! -destacó Jonathan con suspicacia-. Quizá te permita vivir en su casa hasta que encuentres una para ti.

-Papá de hecho tuvo el coraje de pedírselo una vez, especialmente desde que Tweed se hizo responsable del control de rentas. Lady Tweed le respondió a mi padre: "¡Pero eso sería caridad! ¡La caridad es despreciativa!". Le explicó a mi papá que es mucho más respetable pedirle a los contribuyentes que le dieran una vivienda. Le dijo que sea paciente y que ella arreglaría todo en el Consejo.

Entonces la joven sonrió a Jonathan y luego le preguntó: -Ah, me dicen Randi. ¿Quieres venir mañana al almuerzo gratis de Tweed?

Jonathan se sonrojó. Por primera vez le gustaba esta isla. -Mi nombre es Jonathan. Claro, me encantaría.

Ella se puso de pie de un salto, y sonriendo dijo: -Entonces, Jonathan, nos veremos aquí mañana a la misma hora. Y trae a tu gato.



CAPÍTULO 14

SUMATORIA DE PENAS

onathan apenas si podía sentir sus pies sobre los adoquines. Comenzó a prestarle más atención a las calles y a los edificios para poder encontrar su camino de regreso. Vio a un policía, no mucho mayor que él, sentado en un banco leyendo el diario. Jonathan se sintió animado al ver el distinguido uniforme negro y el arma brillante de este joven. El policía estaba tan compenetrado en su diario que Jonathan leyó por encima de su hombro. Los principales títulos decían: "LORES APRUEBAN LA PENA DE MUERTE CONTRA PELUQUEROS ILEGALES".

-¿Pena de muerte contra los peluqueros? -exclamó Jonathan sorprendido.

El oficial levantó su mirada hacia Jonathan.

-Discúlpeme -dijo Jonathan-, no quise molestarlo, pero no pude evitar ver el titular. ¿Es un error de imprenta esa pena?

-Bueno, veamos -El hombre comenzó a citar de la página-: "El Consejo de Gobierno acaba de autorizar la pena de muerte contra cualquiera que sea hallado cortando el cabello sin licencia." Emm, no hay error de imprenta. ¿Qué hay de raro en esto?

-¿No es demasiado severo para un delito menor? -preguntó cuidadosamente Jonathan.

-Difícilmente -respondió el policía-. La pena de muerte es la última amenaza luego de todas las leyes sin importar cuán menor sea el delito.

Los ojos de Jonathan se abrieron aun más. -¿Claro que no ejecutarían a alguien por cortar el pelo sin licencia?

-Por supuesto que sí -dijo el oficial, dando golpes firmes a su arma-. Aunque muy pocas veces llegamos a eso.

-¿Por qué?

-Bueno, cada crimen es un crimen en escala. Eso significa que las penas se van sumando cuanto mayor sea la resistencia. Por ejemplo, si alguien desea cortar el cabello sin licencia, entonces se le labra una

multa en su contra. Si se niega a pagar al multa o continúa cortando el pelo, entonces este peluquero ilegal es arrestado y puesto tras las rejas. Y -agregó el hombre en un tono parco- si se resiste al arresto, entonces este individuo criminal queda sujeto a penas que escalan hasta proporciones severas. -Su rostro se oscureció con un gesto-. Hasta puede ser fusilado. Cuanto mayor es la resistencia, mayor es la fuerza utilizada en su contra.

Esta austera charla deprimió a Jonathan. -¿Entonces la amenaza última de cada ley es realmente la muerte? -Aún con esperanzas, se animó-: seguramente las autoridades reservan la pena de muerte sólo para los casos de actos más brutales, ¡actos violentos como homicidio y robo!

-No -dijo el policía-, la ley regula toda la vida personal y comercial. Cientos de gremios defienden a sus miembros con licencias como éstas. Los carpinteros, los doctores, los plomeros, los contadores, los albañiles y los abogados; quien se te ocurra, todos odian a los intrusos.

-¿Cómo los protegen las licencias? -preguntó Jonathan.

-El número de licencias está restringido y el ritual de membresía del gremio es cuidadosamente controlado. Esto elimina la competencia injusta de los intrusos con novedosas ideas raras, demasiado entusiasmo, demoledora eficiencia, o precios asesinos. Competidores tan inescrupulosos amenazan las tradiciones de nuestras más preciadas profesiones.

Jonathan aún no comprendía. -¿Las licencias protegen a los clientes?

-Ah, claro, ves, eso es lo que dice en el artículo -dijo el policía, mirando nuevamente la noticia-. Las licencias dan monopolios a los gremios para que puedan proteger a los clientes de las decisiones imprudentes y de demasiadas opciones. Aquí mismo dice que los miembros de un gremio son casi seguramente buenos, con lo cual elegir dentro del gremio no es necesario. -Golpeándose orgullosamente el pecho, el policía agregó:- y yo hago cumplir los monopolios.

-¿Son buenos los monopolios? -sondeó Jonathan.

El oficial bajó el periódico nuevamente. -No lo sé, realmente. Sólo cumplo órdenes. A veces hago cumplir monopolios y de vez en cuando me dicen que los rompa.

-¿Qué es lo correcto, entonces?

El policía se encogió de hombros. -No me compete descifrarlo. El Consejo de Gobierno sabe quién coopera y quién no. El Consejo simplemente me dice hacia dónde apuntar el arma.

Al ver que Jonathan se quedaba visiblemente impresionado por su comentario, el policía intentó darle confianza: -No te preocupes. Rara vez aplicamos la pena de muerte. A nadie le gusta hablar al respecto. Y pocos se animan a resistirse porque somos diligentes para enseñar obediencia al Consejo.

-¿Alguna vez ha utilizado su arma? -preguntó Jonathan, ojeando la pistola nervioso.

-¿Contra un criminal? -dijo el oficial. Con un movimiento ensayado, sacó el revolver fácilmente de su cartuchera de cuero y acarició su caño de frío metal-. Sólo una vez. -Abrió la recámara, miró hacia el tambor, lo cerró y la admiró-. Parte de la mejor tecnología de la isla. El Consejo no ahorra ningún esfuerzo en darnos lo mejor para nuestra noble misión. Sí, este arma y yo hemos jurado proteger la vida, la libertad y la propiedad de todos en la isla. Podría decirse que nos cuidamos mutuamente, también.

-¿La utilizó? -preguntó Jonathan.

-Es curioso que preguntes -dijo frunciendo el entrecejo-. Todo un año de servicio y nunca he tenido la oportunidad de utilizarla hasta esta mañana. Una mujer se volvió loca y comenzó a amenazar a una cuadrilla de demolición. Dijo algo acerca de que le devolvamos “su” casa. ¡Ja! Qué noción más egoísta.

El corazón de Jonathan salteó un latido. ¿Sería la mujer que él había conocido? El policía siguió: -Me llamaron para que intentara dialogar con la mujer para que se entregara. El papeleo estaba en orden... la casa estaba condenada para dar lugar al Parque Popular Lady Tweed.

Jonathan casi no podía hablar:

-¿Qué sucedió?

-Intenté razonar con ella. Le dije que probablemente podría salir con una leve sentencia si me acompañaba pacíficamente. Pero cuando me amenazó y me dijo que me fuera de *su* propiedad, bueno, era un claro caso de resistencia al arresto. ¡Imagínate el descaro de esa mujer!

-Sí -suspiró Jonathan-. Qué descaro.

Pasó un momento en silencio. El policía leyó para sí mientras Jonathan se quedó parado pensativamente, jugando con una piedra con el pie. Entonces preguntó: -¿Podría uno comprar un arma como la suya?

Pasando la hoja del diario el oficial respondió: -De ninguna manera. Alguien podría salir lastimado.



CAPÍTULO 15

BATALLAS DE LIBROS

a actividad en las calles aumentaba a medida que Jonathan avanzaba hacia el centro de la ciudad. Ahora Mices lo acompañaba regularmente, pero aún mantenía distancia. Era un gato con un objetivo: cazar cualquier ratón a la vista. Y esto no lo podía hacer con humanos muy cerca. Entonces cubrió tres veces la distancia de Jonathan, explorando negros callejones, cestos de basura, y baldíos. Por consiguiente, su cabello gris estaba polvoriento y desprolijo a pesar del constante cuidado que le dedicaba. Era claramente un sobreviviente.

Individuos bien vestidos con expresiones de preocupación caminaban rápidamente por las veredas. Cruzando con velocidad por el medio de una gran manzana abierta, Jonathan se topó con un hombre mayor y con una joven en un vicioso concurso de gritos. Se insultaban y daban alaridos, agitaban sus brazos en el aire con violencia, y saltaban arriba y abajo con rabia. Entonces Jonathan se sumó a un pequeño grupo de espectadores para ver de qué se trataba la contienda.

Justo cuando llegó la policía para separarlos, Jonathan codeó a una frágil y pequeña mujer que estaba a su lado y le preguntó: -¿Por qué están tan enojados uno con el otro?

Esta mujer era realmente anciana. Tenía profundas arrugas en toda su cara y sus manos. Jonathan pensó que quizá ya había nacido cuando se fundó la ciudad. Hablaba con una voz clara, chillona:

-Estos dos camorristas han estado gritándose por años acerca de los libros en la biblioteca del Consejo. El hombre siempre sostiene que muchos de los libros están llenos de basura sexual e inmoralidades. Quiere que se saquen esos libros y que se los prenda fuego. Ella reacciona llamándolo "suntuoso puritano".

-¿Ella quiere leer esos libros? -preguntó Jonathan.

-Bueno, no precisamente -se rió con disimulo otro espectador, un hombre alto de rodillas que tomaba de la mano a una niña pequeña a su lado-. Su queja es similar a la de él, aunque dirigida hacia libros diferentes. Ella sostiene que muchos de los libros en la biblioteca tienen un prejuicio sexista y racista.

-Papá, papá, ¿qué significa "prejuicio"? -inquirió la pequeña sacudiéndole el hombro.

-Un minuto, querida. Como estaba diciendo -continuó el hombre- la mujer exige que esos libros sexistas y racistas sean arrojados y que, en su lugar, la biblioteca compre la lista de libros que ella propone.

Para entonces la policía ya había esposado a ambos contendientes y los estaban arrastrando por la calle. Jonathan negó con su cabeza y suspiró.

-Supongo que la policía los arresta por esta reyerta ¿verdad?

-No, para nada -se rió la mujer-. Ambos quedan bajo arresto por negarse a pagar el impuesto de biblioteca. Según la ley, todos deben pagar por todos los libros, les gusten o no.

-¿En serio? -dijo Jonathan-. ¿Por qué la policía no los deja quedarse con su dinero para que puedan apoyar a las bibliotecas que ellos elijan? Así pagan sólo por lo que les guste.

-Pero entonces mi hija no podría ir a la biblioteca -dijo el hombre al tiempo que le sacaba la cubierta a una enorme lata de caramelos roja y blanca y se la daba a su hija.

-Aguarde un momento, señor -dijo la anciana mirando a los caramelos con desagrado-, ¿el alimento para la mente de su hija no es tan importante como el alimento para su estómago?

-¿A dónde quiere llegar? -respondió el hombre a la defensiva. La niña ya había logrado manchar su vestido con el dulce.

La mujer respondió con autoridad: -Hace mucho tiempo teníamos una variedad de bibliotecas privadas por suscripción conocidas como "suscriptas". La gente ingresaba si le interesaba y pagaba sólo por la suscripta que le gustara. A los clientes les costaba una pequeña cuota de membresía anual y nadie se quejaba. Las suscriptas incluso competían por sus miembros, intentando tener los mejores libros y el mejor personal, los horarios y las ubicaciones más convenientes. Algunas hasta tenían retiro y entrega a domicilio. Cuando la gente pagaba por su elección, la membresía a la biblioteca tenía un valor prioritario... ¡mayor que el de los dulces! -agregó con intención de reproche.

Al explicar esto directamente a Jonathan se tornó burlona: -Las cosas cambiaron cuando el Consejo de Gobierno determinó que una biblioteca era demasiado importante como para que quedara en manos del capricho individual. Con el dinero de los contribuyentes el Consejo brindó una gran biblioteca estatal, la Biest, sin cobrar nada a los usuarios. Se contrataron tres bibliotecarios con excelentes salarios para hacer el trabajo de un bibliotecario de una suscripta. Las horas de apertura estaban bastante restringidas; de todas formas la biblioteca del Consejo era popular porque era "gratis". Poco después, las suscriptas perdieron clientes y cerraron.

-¿Los Lores brindaban una biblioteca gratis? -repitió Jonathan-. Pero pensé que dijo que todos tenían que pagar un impuesto de biblioteca.

-Es cierto, pero se acostumbra decir que los servicios del Consejo son "gratuitos" aun cuando la gente está *obligada* a pagarlos. Es mucho más... civilizado -dijo con ironía.

El hombre alto objetó con vigor: -¿Bibliotecas por suscripción? ¡Nunca oí semejante cosa!

-Claro que no -respondió la anciana-. La Biest ha estado aquí tanto tiempo que ni siquiera se puede imaginar otra cosa.

-Ahora, ¡un momento! -gritó el hombre-. ¿Está usted criticando el impuesto de biblioteca? Si los gobernantes tienen que brindar un servicio valorado, entonces la gente tiene que estar obligada a pagar por él.

-¿Cuán valorado es si hay que utilizar la fuerza? -dijo la mujer. Resultaba extraño verla enfrentar, cara a cara, a esta persona más alta.

-¡No todos saben lo que es mejor para ellos! Y algunos no pueden pagarlo -declaró el hombre-. La gente inteligente sabe que los libros gratuitos construyen una sociedad. Y los impuestos distribuyen la carga para que todos tengan que pagar por su justa parte. ¡Si no los aprovechadores se beneficiarían de los costos de los demás!

-Ahora hay más aprovechadores que antes -replicó la anciana-. Los que más utilizan la Biest, y aquellos con exenciones impositivas se aprovechan de los costos de los demás. ¿Qué tan justo es eso? ¿Quién cree que tiene más influencia en el Consejo de Gobierno: un amigo adinerado de los Lores o algún tipo pobre que generalmente sale de trabajar cuando la Biest ya cerró?

Haciendo a su pequeña niña a un lado, el hombre respondió calurosamente: -¿Qué clase de biblioteca quiere? ¿Quiere *elegir* una biblioteca de suscripción que quizá tenga prejuicios contra algún grupo de la sociedad?

-¡No se pueden evitar los prejuicios! -gritó la mujer, acercándose a su cara-. ¿Por qué cree que se estaban peleando esos dos hace un rato? ¿Quiere que los bufones del Consejo elijan el prejuicio por usted?

-Entonces, ¿quién es el bufón? -la enfrentó el hombre, sacándola ligeramente del equilibrio-. Si no le gusta, entonces ¡por qué no se va de la isla!

-¡Maldito insolente! -respondió la mujer, parada sobre la tierra. Ahora ambos se estaban gritando, la pequeña niña lloraba, y alguien se apresuró a buscar a la policía. Jonathan se hizo a un costado y se escapó a la paz y la tranquilidad de las cercanías de la Biest.

CAPÍTULO 16

NADA

os edificios de alrededor de la Biest eran todos de al menos dos pisos con impresionantes frentes de piedra. Una muchedumbre bastante distinguida se había agolpado a la entrada, esperando con paciencia e intentando ignorar la disputa que estaba comenzando detrás de ellos en la plaza. Al unirse al grupo, Jonathan leyó con interés las pesadas letras de bronce sobre la entrada: “BIBLIOTECA POPULAR LADY BESS TWEED”.

Los visitantes que se encontraban más atrás en la muchedumbre se estiraban para ver por encima de las cabezas de quienes estaban al frente. De tanto en tanto exclamaban cosas en voz alta. “Maravilloso” murmuraban algunos. “Sorprendente” decían otros. Por más que lo intentó, Jonathan no pudo ver qué era lo que les llamaba la atención.

Por ser hábil y delgado, Jonathan se escurrió entre algunos y se acercó al escritorio del bibliotecario más allá de la entrada.

-¿Qué es lo que este grupo considera tan maravilloso y sorprendente? -preguntó al hombre que estaba sentado del otro lado del escritorio.

-¡Shhh! -lo retó el bibliotecario con severidad-. Por favor baje su voz. El hombre dio golpes a las puntas de un montículo de fichas y las puso prolijamente frente a él. Se inclinó hacia delante y miró a Jonathan por encima de sus anteojos de medio marco-. Son miembros de la Comisión de Artes del Consejo. Acaban de abrir una exhibición con la última adquisición de nuestra colección de bellas artes.

-Qué bueno -dijo Jonathan en voz baja y estirando su cuello para poder ver algo, señaló-: Me encanta el arte, pero ¿dónde está la obra? Debe ser muy pequeña.

-Eso depende -dijo el bibliotecario sorbiéndose la nariz-. Algunos dirían que es muy cara. Ésa es la belleza de esta pieza. Su título es “Vacío en Vuelo”.

-Pero no veo nada -dijo Jonathan, frunciendo el ceño mientras escudriñaba la enorme pared blanca en la entrada.

-Ésa es la cuestión. Impresionante, ¿verdad? -El bibliotecario miró fijo hacia el espacio con una expresión vacía y soñadora-. *Nada* captura toda la esencia del espíritu de la lucha del hombre por ese enaltecedor sentido de conciencia que uno solamente siente cuando contrasta toda la calidez de los matices más finos con la conciencia táctil de la naturaleza interna. *Nada* permite mejor que todos experimenten por completo la experiencia de la imaginación colectiva.

Aturdido, Jonathan negó con su cabeza y preguntó en un tono de irritación:

-¿Entonces realmente no hay nada? ¿Cómo puede ser que nada sea arte?

-Precisamente eso es lo que la convierte en *la* expresión más igualitaria del arte. La Comisión de Artes del Consejo realiza una lotería hermosamente organizada para hacer la selección -dijo el bibliotecario.

-Una lotería ¿para seleccionar arte? -dijo Jonathan sorprendido-. ¿Por qué una lotería?

-En tiempos más subdesarrollados las selecciones de arte las realizaba un Directorio de Bellas Artes -respondió el hombre-. Al principio se lo criticaba al Directorio por favorecer sus propios gustos y a artistas amigos. Y fueron acusados de censurar el arte que no les gustaba. Como el ciudadano común pagaba por las preferencias del Directorio a través de los impuestos, la gente se opuso al elitismo.

-¿Por qué no intentar con un Directorio diferente? -sugirió Jonathan.

-Oh, sí, lo intentamos varias veces. Pero quienes ocupaban el Directorio nunca estuvieron de acuerdo con los que no lo integraban. Así que finalmente disolvieron a todo el Directorio: lo reemplazaron con nuestra nueva Comisión y la lotería. Todos estuvieron de acuerdo en que una lotería era el único método objetivamente subjetivo. Cualquiera podía ingresar en la competencia ¡y lo hicieron casi todos! El Consejo de Señores hizo que el premio fuera tan generoso como era posible y que cualquier pieza pudiera formar parte. “Vacío en Vuelo” ganó el sorteo esta mañana.

Jonathan interrumpió: -Pero ¿por qué no dejan que todos compren su propio arte en lugar de cobrarles impuestos para comprar lo que surge de una lotería? Así todos podrían elegir lo que les gustara.

-¡Qué! -exclamó el bibliotecario-. Algunos individuos egoístas podrían no comprar nada y otros podrían tener mal gusto. No, de hecho, ¡los gobernantes deben demostrar su apoyo a las artes! -Concentrándose en "Vacío en Vuelo", el bibliotecario se cruzó de brazos y una vaga expresión cubrió su cara-. Linda elección, ¿verdad? El vacío tiene la ventaja de mantener la entrada de la biblioteca libre de obstáculos al tiempo que preserva el medio ambiente. Más aún -continuó con felicidad- nadie se puede oponer a la calidad artística o al estilo estético de esta obra de arte. Sencillamente no puede ofender a nadie; ¿no es cierto?



CAPÍTULO 17

EL PABELLÓN DE LOS INTERESES ESPECIALES

n el tiempo en que Jonathan estuvo en las escaleras de la biblioteca observando a la muchedumbre que se encontraba en la plaza del pueblo, el cielo se fue oscureciendo. Para su satisfacción, la plaza tomó vida con la puesta del sol. Más y más gente se acercó alrededor de una magnífica carpa detrás de la biblioteca. Su nostalgia se desvaneció en la excitación del momento.

Atónito por las luces, las atracciones y los sonidos, Jonathan merodeó en torno a la espectacular carpa. Un cartel colorido decía: “FERIA DEL CAPITOLIO: EL PABELLÓN DE LOS INTERESES ESPCIALES”.

Una mujer vestida a rayas blancas y rojas surgió de la multitud y gritó a todos:

-Oigan, Oigan. Vengan al Pabellón de los Intereses Especiales a buscar la emoción de sus vidas. -Vio a Jonathan, cuyos ojos se abrieron ampliamente por la sorpresa, y lo tomó del brazo-. Todos son ganadores, jovencito.

-¿Cuánto cuesta? -preguntó Jonathan.

-¡Entra con 10 kayns y sal con un fabuloso premio! -respondió. La mujer gesticuló ampliamente hacia la muchedumbre-: Oigan, oigan, ¡el Pabellón de los Intereses Especiales los hará ricos!

Sin querer gastar su dinero en frivolidades, Jonathan pensó que primero vería qué sucedía. Esperó hasta que la mujer estuvo demasiado ocupada con los demás y luego se arrastró por detrás de la carpa y levantó la punta de la lona para intentar mirar hacia adentro. Vio a los acomodadores guiando a los espectadores a sus sillas que estaban dispuestas en un gran círculo. Había diez personas paradas o arrodilladas detrás de las sillas, expectantes. Las luces se atenuaron, sonó un tambor, y trompetas ocultas sonaron fuertemente. Un brillante reflector iluminó a un hombre elegante vestido con un brilloso traje negro y con un sombrero alto de seda. Se inclinó hacia el círculo de diez personas.

-Buenas noches -dijo el hombre-, ¡soy el Maestro del Círculo! Esta noche, ustedes afortunados, serán los ganadores en nuestro extraordinario juego. Todos ganarán. Todos se irán más felices que cuando ingresaron. Por favor, tomen asiento. Con eso, y un delicado floreo de su mano, el Maestro del Círculo fue hacia cada persona del grupo y recaudó un kayn de cada participante. Nadie dudó.

Luego el Maestro del Círculo sonrió abiertamente y anunció: -Ahora verán cómo son recompensados. Y repentinamente dejó caer cinco kayns en la falda de un participante. El afortunado gritó con regocijo y saltó de alegría.

-No serás el único ganador -declaró el Maestro del Círculo. Y así fue. Diez veces fue alrededor del grupo, recolectando un kayn por persona cada vez. Luego de cada vuelta, dejaba caer cinco kayns en la falda de uno de los participantes, que respondía con regocijo.

Cuando concluyeron los gritos y los participantes se habían retirado, Jonathan corrió nuevamente hacia el frente de la carpa para ver si todos estaban realmente satisfechos. La mujer a rayas blancas y rojas estaba sosteniendo el telón de salida. Ella detuvo a uno de los participantes y le preguntó:

-¿Te divertiste?

-¡Sí, claro! -dijo el hombre, sonriendo abiertamente-. ¡Estuvo espectacular!

-No puedo esperar para contárselo a mis amigos -dijo otro-. Puede que vuelva más tarde.

Entonces otro participante exaltado agregó: -Sí, oh, sí. ¡Todos ganaron un premio de cinco kayns!

Jonathan, pensativo, observó al grupo mientras se dispersaba. La mujer a rayas se dirigió al Maestro del Círculo que se despedía de la gente agitando la mano, y comentó en voz baja: -Sí, estamos muy felices. Ganamos cincuenta kayns ¡y todos estos estúpidos están felices al respecto! Creo que el año que viene deberíamos pedirle al Consejo de Gobierno que apruebe una ley que obligue a todos a jugar.

En ese momento un flaquísimo acomodador se acercó a Jonathan por detrás y lo agarró del cuello de la camisa.

-Quédate ahí, rufián. Te vi espiando por atrás. Pensaste que podías disfrutar gratis del espectáculo, ¿verdad?

-Lo siento -dijo Jonathan, retorciéndose para salirse del agarre del hombre-. No me di cuenta de que había que pagar para mirar. Y esa linda mujer lo hacía parecer tan interesante y no tengo dinero de sobra, así que…

Volviéndose hacia Jonathan y el acomodador, la mujer frunció el ceño:

-¿Sin dinero? -entonces, inesperadamente, su cara se transformó en una alegre sonrisa-. Déjalo, es sólo un buen chico. Así que te gustó el espectáculo, ¿verdad?

-Oh, ¡sí, señora! -dijo Jonathan asintiendo pronunciadamente.

-Bueno, ¿te gustaría ganar algo de dinero fácil? Haces eso -su voz se hizo amenazante- o te entrego al guardia de la feria.

-Oh… genial -dijo Jonathan, inseguro-. ¿Qué desea que haga?

-Es verdaderamente sencillo -exultaba dulzura nuevamente-. Simplemente camina alrededor de la feria esta noche, entregando estos volantes, y dile a todos cuánto se divertirán en nuestro Pabellón. Aquí tienes un kayn y ganarás otro por cada participante que venga con uno de estos volantes. Ahora ve, no me decepciones.

Jonathan se colgó la bolsa de volantes sobre su hombro, y la mujer sacudió su dedo diciendo:

-Una cosa más. Al final del espectáculo de hoy, entregaré un informe de tus ganancias. Lo primero que debes hacer mañana es entregar la mitad de tu pago al ayuntamiento para abonar el impuesto.

-¿Impuesto? -repitió Jonathan-. ¿Para qué?

-Los Lores exigen una parte de nuestros salarios.

Jonathan agregó con esperanzas: -Creo que trabajaría más duro si supiera que no van a reportar mis ganancias. Quizá el doble de duro.

-Los gobernantes están bien enterados de que la gente intenta ocultar sus ganancias, así que tienen espías por todas partes, vigilándonos de cerca. Podría significar un gran problema para nosotros, hasta podrían clausurarnos -dijo la mujer-. Así que no te quejes. Todos debemos pagar por nuestros pecados.

-¿Pecados? -repitió Jonathan.

-Oh, sí. Los impuestos castigan a los pecadores. El impuesto al tabaco castiga el fumar, el impuesto al alcohol castiga el beber, el impuesto al interés castiga el ahorro, el impuesto a las rentas castiga el trabajo. El ideal del Consejo -la mujer se rió entre dientes apoyándose contra la caja registradora- es ser sano, sobrio, dependiente, y holgazán. Si tuviésemos suerte, les ganaríamos en todo. Ahora, ¡a trabajar, niño!

CAPÍTULO 18

TÍO SAMTA

l pueblo se volvió más tranquilo gradualmente. La mujer a rayas le pagó a Jonathan más de cincuenta kayns por los participantes que respondieron a sus volantes. Estaba tan contenta de hallar a alguien que se tomara el trabajo con tanta seriedad que le pidió que regresara a la noche siguiente para volver a trabajar. Jonathan aceptó regresar al otro día si podía, luego se fue de la feria en busca de alguna cama cómoda donde pasar la noche. No tenía idea de qué hacer, así que simplemente caminó sin ningún objetivo por el pueblo. Mientras estaba parado bajo la tenue luz de una lámpara de la calle, un anciano en ropa de dormir se asomó por el pórtico de su casa. Se inclinó y espió por encima de los techos de la fila de casas que bordeaban la calle.

Con curiosidad, Jonathan se acercó y le preguntó: -¿Qué es lo que está mirando?

-El techo de esa casa -murmuró el anciano, señalando hacia la oscuridad-. ¿Ves a ese gordo vestido de rojo, blanco y azul? Su botín se hace cada vez más grande con cada casa que visita.

Jonathan miró en la dirección que señalaba el hombre. Un vago contorno oscuro corría sobre el techo de una de las casas: -Uy, sí, ¡lo veo! ¿Por qué no da la alarma y advierte a quienes viven allí?

-Oh, nunca haría eso -el hombre se encogió de hombros-. El Tío Samta tiene un carácter perverso y se encarga severamente de quienes se ponen en su camino.

-¿Lo conoce? -protestó Jonathan-. Pero...

-¡Shhh! No tan alto -dijo el anciano cruzando sus labios con el dedo índice-. El Tío Samta les hace visitas extra a quienes hacen demasiado ruido. La mayoría de la gente se hace la dormida durante esta horrible noche aunque es casi imposible ignorar la invasión a la privacidad.

Intentando hablar suavemente, Jonathan se acercó más a la oreja del hombre: -No entiendo. ¿Por qué todos cierran los ojos mientras los roban?

-La gente se mantiene en silencio durante esta particular noche de abril -le explicó el hombre-. Si no podrían arruinar la emoción que tienen en Noche Buena cuando el Tío Samta regresa a rociar con juguetes y adornos todas las casas.

-Ah -dijo Jonathan, con una mirada de alivio-. Entonces el Tío Samta ¿devuelve todo?

-¡Para nada! Pero a la gente le gusta pensar que es así. Intento mantenerme despierto para saber qué se lleva y qué devuelve. Se podría decir que es una suerte de pasatiempo para mí. Según mis cálculos, el Tío Samta se queda con la mayor parte para él y sus duendes o para algunos propietarios favorecidos en el pueblo. Pero -dijo el anciano, golpeando su palma contra una barandilla en muestra de frustración-, el Tío Samta es lo suficientemente cuidadoso como para darle un poquito a todos para mantenerlos felices. Eso hace que todos se queden durmiendo cuando regrese el siguiente abril a llevarse lo que quiera.

-No lo entiendo -dijo Jonathan-. ¿Por qué las personas no se quedan despiertas, denuncian el robo, y se quedan con sus pertenencias? Así podrían comprar los adornos que quisieran y dárselos a quien desearan.

El anciano se río entre dientes y negó con la cabeza ante la falta de comprensión de Jonathan: -El Tío Samta en realidad es la fantasía de la infancia de todos. En realidad, los padres siempre le han enseñado a sus hijos que los juguetes y adornos del Tío Samta aparecían mágicamente del cielo y sin ningún costo para nadie. -Al ver la escuálida apariencia de Jonathan, el anciano dijo-: Parece que has tenido un día difícil. Entra y ponte al abrigo, jovencito. ¿Necesitas un lugar donde pasar la noche?

Jonathan agradeció el ofrecimiento del anciano y lo siguió hacia adentro. Tras ser presentado a la canosa esposa del hombre, ésta gustosamente le trajo una tasa de chocolate caliente y un plato de galletas recién horneadas. Luego de la última miga, Jonathan se estiró en un diván que la pareja le había arreglado con algunas sábanas y una almohada. El anciano encendió una pipa larga y se recostó en los almohadones de su silla mecedora.

La casa no era grande, ni amoblada con opulencia, y definitivamente no era nueva. Pero era el refugio más pacífico imaginable. Una pequeña fogata en el hogar iluminaba y calentaba la habitación forrada en madera. Y sobre el hogar había dos marcos, uno con un retrato familiar y otro con un

árbol genealógico. Sobre el sencillo suelo de madera había una alfombra ovalada bastante desgastada. Instalándose con comodidad, Jonathan preguntó: -¿Cómo comenzó esta tradición?

-Solíamos tener un feriado llamado "Navidad", una hermosa época del año. Era una fiesta religiosa caracterizada por entregar regalos y buenos deseos. Bueno, todos la disfrutaban tanto, que el Consejo de Gobierno decidió que era demasiado importante como para dejarla librada a la desenfrenada espontaneidad y el festejo caótico. Se hicieron cargo para que se pudiera llevar a cabo "correctamente". -El tono de su voz tenía un delicado velo de desaprobación-. Primero, había que sacar los simbolismos religiosos inapropiados. Los Lores cambiaron oficialmente el nombre de la fiesta por "Samidad". Y el popular y místico personaje encargado de distribuir los regalos recibió el nombre de "Tío Samta", con el recaudador de impuestos utilizando su vestimenta.

El anciano hizo una pausa para dar dos profundas pitadas y golpear al tabaco hacia abajo. Prosiguió:

-Los formularios de impuestos por Samidad ahora hay que presentarlos por triplicado ante la Oficina de Buena Voluntad. La Oficina de Buena Voluntad determina la generosidad requerida a cada contribuyente en base a una fórmula establecida por los Lores. Acabas de ser testigo de la recaudación anual. Luego viene la Oficina de Malos y Buenos. Con la ayuda de contadores morales, hay que completar los formularios para explicar en detalle el buen y mal comportamiento de todos durante el año. La Oficina de Malos y Buenos tiene un ejército de empleados e investigadores que examinan la validez de quienes piden recibir regalos en diciembre. Finalmente, la Comisión del Buen Gusto estandariza los tamaños, colores y estilos de las opciones de regalos permitidas, emitiendo contratos no vinculantes con fabricantes preseleccionados con la afiliación política correcta. Todos, sin discriminación, reciben exactamente los mismos ornamentos producidos por el gobierno para utilizar en la decoración de sus hogares. En vísperas de Samidad, se llama a la milicia para que cante las canciones festivas apropiadas.

A esta altura, el agotado joven aventurero se había quedado dormido. Se podía oír el maullido de un gato del otro lado de la ventana. Al tiempo que el anciano cubría los hombros de Jonathan con la sábana, su esposa murmuró: ¡Feliz Samidad!



CAPÍTULO 19

EL CUENTO DE LA LIEBRE Y LA TORTUGA REVISADO



Jonathan soñó con la mujer del Pabellón de los Intereses Especiales. Se la pasaba dándole dinero y luego sacándoselo. Una y otra vez, le pagaba y luego se lo volvía a quitar. De pronto Jonathan se despertó exaltado, recordando que tenía que informar sobre sus ganancias al oficial de impuestos.

El anciano estaba sirviendo gruesas rodajas de tostadas y mermelada para él para el desayuno cuando una pequeña niña entró feliz en la habitación. Jonathan la reconoció, era la niña que junto con sus hermanos habían sido desalojados en aquella granja el día anterior. El anciano le presentó a la niña como su nieta, Louise, que se quedaría con ellos por un tiempo. Mientras Jonathan devoraba su desayuno, la niña saltaba alrededor, intentando levantarse sus medias mal combinadas.

-Abuela, por favor vuélveme a leer el cuento -suplicó.

-¿Cuál, querida?

-Mi favorito, el de la tortuga y la liebre. Los dibujos son tan lindos -suspiró Louise.

-Bueno, muy bien -dijo su abuela agarrando un libro del armario de la cocina, obviamente muy al alcance. Se sentó junto a la pequeña Louise y comenzó-: *Érase una vez...*

-No, no, abuela, *Mucho tiempo atrás...* -interrumpió la niña.

Su abuela se rió: -Como estaba diciendo, *"mucho tiempo atrás había una tortuga llamada Frank y una liebre llamada Lysander. Ambos eran carteros que entregaban cartas a todas las casas en su pequeño pueblo animal. Un día Frank, cuyas agudas orejas eran mucho más eficientes que sus piernas, escuchó que algunos de los vecinos alababan a Lysander por ser tan rápido en sus entregas. Podía entregar en pocas horas lo que otros hacían en días. Herido por este desaire, Frank se acercó arrastrándose y se metió en la conversación.*

"-Liebre -dijo Frank casi tan despacio como su paso- en una semana te apuesto a que puedo conseguir más clientes que tú. Apuesto mi reputación.

"El desafío sorprendió a Lysander. -¿Tu reputación? ¡Ja! Todos no piensan lo mejor de ti -exclamó iracundo la liebre-. No importa- dijo Frank- ¡acepto de todas formas!

"Los vecinos se rieron y dijeron que la floja tortuga no tenía oportunidad de ganar. Para probarlo, acordaron juzgar al ganador en ese mismo lugar en una semana. Lysander se fue velozmente para prepararse, mientras Frank se quedó sentado un largo rato. Finalmente se alejó reptando.

"Lysander colocó avisos por todas partes en el campo anunciando que estaba reduciendo los precios aun más que antes... a menos de la mitad del precio que cobraba Frank. De ahora en más las entregas se harían dos veces al día, incluso durante los fines de semana y los días festivos. La liebre recorría todos los vecindarios tocando el timbre, entregando cartas, vendiendo estampillas y suministros, e incluso pesando y envolviendo paquetes en el lugar. Por un pequeño costo extra prometía entregar en cualquier momento, día o noche. Y siempre daba una sonrisa sincera y amigable sin cargo alguno. Al ser eficiente, creativo y agradable, la liebre vio crecer rápidamente a su lista de clientes.

“Nadie había visto ningún anuncio de la tortuga. Hacia el final de la semana, seguro de su victoria, Lysander se apresuró para encontrarse con los jueces del vecindario. Para su sorpresa encontró que la tortuga ya lo estaba esperando. -Lo siento mucho, Lysander, -dijo la tortuga con una lentitud glacial-. Mientras corrías de casa en casa, yo simplemente entregué esta carta-. Frank le dio a Lysander un documento y una pluma agregando-: Por favor firma aquí en la línea punteada.

“-¿Qué es esto? -preguntó Lysander.

“-Nuestro rey me ha nombrado a mí, la tortuga, Administrador General de Correos y me autorizó a entregar todas las cartas vía terrestre. Lo siento, liebre, pero debes terminar y desistir todas tus entregas.

“-¡Pero eso no es posible! -dijo Lysander, golpeando repetidamente el piso con sus pies de rabia-. ¡No es justo!

“-Eso es lo que dijo el rey, también -respondió la tortuga-. No es justo que algunos de sus súbditos tengan un mejor servicio que otros. Así que me dio a mí el monopolio exclusivo para asegurarse la misma calidad de servicio para todos.

“Enfurecido, Lysander molestó a la tortuga diciendo: -¿Cómo lograste que hiciera esto? ¿Qué le ofreciste?

“Una tortuga no puede sonreír con facilidad pero logró elevar las puntas de su boca:

“-Le aseguré al rey que podría enviar todos sus mensajes de forma gratuita. Y, por supuesto, le recordé que tener toda la correspondencia del reino en manos leales le haría más sencillo poder vigilar el comportamiento de súbditos rebeldes. Si pierdo una carta aquí o allá, bueno, ¿quién se va a quejar?

“-¡Pero siempre perdiste dinero entregando correo! -declaró liebre irritada-. ¿Quién pagará por eso?

“-El rey establecerá un precio que me asegure ganancias. Si la gente deja de enviar cartas, los impuestos cubrirán mis pérdidas. Luego de un tiempo nadie recordará que tuve un competidor.”

La abuela levantó la mirada agregando: *FIN.*

-La moraleja de este cuento, -leyó la abuela- *es que siempre se puede ir ante las autoridades cuando tienes problemas especiales.*

La pequeña Louise repitió:

-*Siempre se puede ir ante las autoridades cuando tienes problemas especiales*. Recordaré eso, abuela.

-No, querida, eso es sencillamente lo que dice el libro. Sería mejor que encuentres tu propia moraleja.

-¿Abuela?

-¿Sí, querida?

-¿Los animales pueden hablar?

-No nuestro idioma, niña. Esto es sólo una fábula.

Jonathan terminó su desayuno y agradeció a la anciana pareja por su amable hospitalidad. Al acompañarlo a la puerta el anciano le dijo: -Piensa en nosotros como en tu abuelo y abuela si llegas a necesitar algo.

Todos salieron al pórtico para despedirse.

CAPÍTULO 20

JUNTA DE ALIMENTACIÓN


on el cuento de la liebre fresco en su mente, Jonathan preguntó cómo llegar al ayuntamiento. La anciana posó su mano sobre el brazo de Jonathan y advirtió: -Por favor, Jonathan, no le digas a nadie acerca de las comidas que te servimos. No tenemos permiso.

-¿Qué? -dijo Jonathan-. ¿Necesitan un permiso para dar de comer?

-En la ciudad, sí -respondió la abuela-. Y nos pueden hacer un gran problema si las autoridades se enteran de que estamos sirviendo comidas sin un permiso.

-¿Para qué es el permiso?

-Para garantizar cierto nivel de comida para todos. Hace algunos años la gente del pueblo solía comprar sus alimentos a vendedores ambulantes, cafeterías, restaurantes de elite, o los adquirían en tiendas y cocinaban legalmente en sus hogares. El Consejo de Gobierno argumentó que era injusto que algunas personas comieran mejor que otras. Así que crearon cafeterías políticas donde podían comer todos la comida estándar en forma gratuita.

-Por supuesto, no precisamente gratuita -dijo el abuelo, sacando su billetera y agitándola lentamente delante de la nariz de Jonathan-. El costo de cada comida es mucho mayor que antes, pero nadie paga al salir. El Tío Samta paga con nuestros impuestos. Como las cafeterías políticas ya estaban pagadas, mucha gente dejó de ir a los proveedores privados donde había que volver a pagar. Con menos clientes para cubrir los gastos de los restaurantes y demás, los privados tuvieron que aumentar los precios. Algunos lograron sobrevivir con un puñado de clientes adinerados o con personas con dietas religiosas especiales, pero la mayoría tuvo que cerrar.

-¿Por qué pagar de más para comer si podían ir a las cafeterías políticas en forma gratuita? -inquirió Jonathan.

La abuela se rió: -Porque las políticas se hicieron horribles: los cocineros, la comida, el ambiente... ¡todo! En las cafeterías políticas nunca despiden a los malos cocineros. Su gremio es demasiado fuerte. Y los

cocineros verdaderamente buenos casi nunca son recompensados porque los malos cocineros se ponen celosos. La atención es mala, la comida insípida, y la Junta de Alimentación decide el menú.

-Ésa es la peor parte -exclamó el abuelo-. Intentan quedar bien con sus amigos y nunca nadie está satisfecho. Deberías haber visto la pelea por el pan y las patatas. Pan y patatas, día y noche por décadas. Luego el grupo de presión de las pastas organizó una campaña en favor de los tallarines y el arroz. ¿Lo recuerdas? -dijo asintiendo a su esposa-. Cuando los amantes de los tallarines finalmente lograron que su gente ingresara en la Junta, fue lo último que oímos del pan y las patatas.

Louise hizo un gesto de desagrado. Apareciendo de atrás de la falda de su abuela, la nariz de Louise se arrugó en señal de disgusto: -Odio los tallarines, abuela.

-Será mejor que los comas, querida, o los Oficiales de Nutrición te atraparán.

-¿Oficiales de Nutrición? -preguntó Jonathan.

-¡Shhh! -dijo el abuelo cruzando sus labios con un dedo. Miró encima de su hombro y luego a lo largo de la calle para ver si alguien estaba mirando-. Quienes evitan las comidas aprobadas políticamente por lo general caen en manos de los Oficiales de Nutrición. Los chicos los llaman Nutis. Los Nutis vigilan de cerca la asistencia a las comidas y atrapan a cualquiera que esté ausente. Los delincuentes alimentarios son llevados a cafeterías de detención especiales para alimentarlos a la fuerza.

Louise se encogió de hombros: -¿Pero no podemos comer en casa? La comida de la abuela es la mejor.

-No está permitido, querida -dijo la abuela palmeando la cabeza de Louise-. Unas pocas personas tienen permisos especiales, pero el abuelo y yo no tenemos la capacitación necesaria. Y no podemos cumplir con los elementos de cocina que satisfarían sus requisitos. Como ves, Louise, los Lores piensan que se preocupan más por tus necesidades que nosotros.

-Además -agregó el abuelo-, ambos tenemos que trabajar para poder pagar los impuestos para todo esto. Nos dicen que ahora tenemos la menor tasa de hambre de la historia, pero la mitad de la población está desnutrida. El plan original para dar mejor alimentación a los pobres terminó con una peor alimentación para todos. Algunos inadaptados se han negado a comer

y parecen al borde de la inanición, aunque su comida es gratuita. Peor aún, los vándalos y los gángsters frecuentan las cafeterías políticas y ya nadie se siente a salvo allí. -El abuelo se desplazó por el pórtico, como hablándose a sí mismo, refunfuñando.

-¡Abuelo, basta! -dijo la abuela al ver la cara de preocupación en Jonathan-. Va a estar muerto de miedo cuando vaya a una cafetería política. Ten tu carné de identidad listo cuando vayas a su puerta. Estarás bien.

-Emm..., gracias por su preocupación, abuela -dijo Jonathan, preguntándose cómo se vería un carné de identidad y cómo haría para conseguir comida sin tenerlo-. ¿Les importaría si me guardo algunas rodajas de pan antes de irme?

-Claro que no, querido. Llévate las que quieras.

Ella regresó a la cocina y volvió con varias rodajas cuidadosamente envueltas en una servilleta. Miró furtivamente en ambas direcciones para ver si algún vecino estaba mirando, luego se las dio orgullosa a Jonathan, diciéndole: -Cuídalas mucho. Mi yerno solía cultivar comida extra para nosotros, pero la Policía de Alimentos...

-Lo sé -dijo Jonathan-. Seré cuidadoso de no mostrar este pan a nadie. Gracias por todo.

Saludando con su mano, Jonathan salió a la calle, tranquilo con la idea de que, si era necesario, tendría un hogar en esta isla prohibitiva.



CAPÍTULO 21

ÉTICA DE GRANDEZA

l Ayuntamiento quedaba en dirección a la plaza. Jonathan pensó que podría tomar un atajo por un callejón lleno de cajas altas de basura. Se apresuró por la pequeña calle oscura intentando ignorar sus sentimientos de intranquilidad luego de abandonar la calle iluminada y concurrida.

De pronto Jonathan sintió un brazo en su garganta y el frío metal de una pistola apretada en sus costillas.

-¡Dame tu pasado o tu futuro! -gruñó la ladrona con ferocidad.

-¿Qué? -dijo Jonathan, temblando-. ¿A qué se refiere?

-Ya me oíste... tu dinero o tu vida -repitió la ladrona, empujando la pistola aun más en el cuerpo de Jonathan. Éste no necesitó más persuasión y puso su mano en el bolsillo para sacar su dinero conseguido con mucho trabajo.

-Esto es todo lo que tengo y necesito la mitad para pagarle al recaudador de impuestos -suplicó Jonathan, escondiendo cuidadosamente las rodajas de pan que le había dado la abuela-. Por favor déjeme la mitad.

La ladrona aflojó su agarre sobre Jonathan. Él casi no podía verle la cara detrás del pañuelo y el ala del sombrero que llevaba puesto. En voz baja y severa, ella se rió y dijo:

-Si tienes que compartir tu dinero, es mejor para ti que me lo des todo a mí y nada al recaudador de impuestos.

-¿Por qué? -preguntó, entregándole el dinero en sus manos fuertes y eficientes.

-Si me das el dinero a mí -dijo la ladrona, poniendo los billetes en una bolsa de cuero que llevaba atada a la cintura- al menos yo me iré y te dejaré tranquilo. Pero, hasta el día que mueras, el recaudador de impuestos se llevará tu dinero, el producto de tu pasado, y lo utilizará para controlar todo tu futuro también. De hecho, en un año desperdiciará más de tus ganancias que lo que pueden llevarte ¡todos los ladrones en la vida!

Jonathan se veía sorprendido.

-Pero con el dinero, ¿el Consejo de Gobierno no hace cosas buenas para la gente?

-Ah, claro -dijo secamente-. Algunos se hacen ricos. Pero si pagar impuestos es tan bueno, entonces ¿por qué el recaudador de impuestos no te persuade de los beneficios y te deja contribuir voluntariamente?

Jonathan evaluó la idea.

-Quizá la persuasión llevaría demasiado tiempo y esfuerzo.

-Correcto -dijo la ladrona, haciendo una mueca-. Ése también es mi problema. ¡Ambos ahorramos tiempo y esfuerzos con un arma!

Rodeó a Jonathan con una cuerda delgada y le ató las muñecas, luego lo empujó al suelo y lo amordazó con el pañuelo de éste.

-Ahí está. Me temo que el recaudador de impuestos tendrá que esperar-. Se sentó al lado de Jonathan, que se retorció pero le fue imposible moverse.

-¿Sabes qué? -dijo la ladrona-. La política es una suerte de ritual de purificación. La mayoría de la gente no cree que codiciar, mentir, robar o matar sea bueno. Sencillamente no es lindo, a menos que puedan lograr que un político les haga el trabajo sucio. Sí, la política permite que todos, incluso los mejores entre nosotros, codicien, mientan, roben e incluso maten de vez en cuando. Y aun así todos podemos sentirnos bien al respecto.

Jonathan torció su cabeza e hizo algunos ruidos. La ladrona se rió:
-Así que te gustaría gritar, ¿eh?

Jonathan negó con la cabeza vigorosamente y, para satisfacción de ella, la miró con mirada suplicante.

-Bueno -dijo la asaltante- podría ser divertido oírte gimotear. Pero que no sea muy alto -le advirtió golpeando firmemente el lado de su nariz con el arma-. Puedo dejarte muy incómodo. -Se agachó a su lado y tironeó el pañuelo por debajo de la pera.

Estirando su boca para recobrar sus sentidos, Jonathan la desafió: -¡Pero robar está mal!

-Quizá. Lo importante es hacerlo a lo grande para que nadie se dé cuenta de que está mal.

-¿Robar mucho para que nadie se dé cuenta de que está mal?

-Claro. Las pequeñas mentiras son malas. A los niños se les enseña a no ser mentirosos. Pero los mentirosos verdaderamente grandes pueden hacer que las calles lleven sus nombres. Si robas un poco puedes ir a la cárcel. Pero si robas mucho, me refiero a todo el campo, entonces haces que tu nombre aparezca tallado en edificios e impreso en todos los libros escolares. Es igual con los asesinatos.

-¿Con los asesinatos también? -retrocedió Jonathan.

-¿Dónde has estado? -descargó la ladrona-. Matar a una o dos personas es suficiente para que te manden a la prisión o te ejecuten. Pero matar a un par de miles te transforma en un héroe que aparece en canciones, estatuas y festejos. A los niños se les enseña a admirar e imitar. Si realizas pequeños actos serás olvidado. Si realizas grandes actos serás tiernamente recordado por un largo tiempo. -Hizo una pausa, luego abruptamente volvió a colocarle la mordaza a Jonathan, ajustándosela con mucha firmeza-. Me has dado una idea -agregó.

Como saliendo de un cascarón, la expresión de la mujer delató el surgimiento de un inteligente plan.

-Creo que necesito un poco de purificación para limpiarme la culpa; y el riesgo.

Frunció el ceño y se concentró por un momento: -Creo que visitaré a Lady Tweed-. Se puso de pie de un salto, se dio vuelta para irse y Jonathan la vio desaparecer por el callejón.

El lugar ahora estaba en silencio. Jonathan sopesaba las palabras de la ladrona luchando contra su atadura. Ahora estaba desvalido a menos que alguien viniera en su rescate. "¡Dame tu pasado o tu futuro!" "¿A qué se refería?", pensó Jonathan, retorciéndose inútilmente. "Mi dinero,

mi propiedad es mi pasado; al menos producto de mi vida pasada. Si se lleva mi dinero, entonces tengo que hacer el trabajo nuevamente para poder volver a ganarlo. Si me hubiese matado, no tendría ni vida ni futuro. En su lugar, me ató, privándome de mi libertad, ¡mi libertad presente!" Jonathan se exasperó al pensar en ese joven policía que había conocido el día anterior. "Oh, ¡dónde está ese tipo cuando realmente lo necesito!"

Pensar en volver a la feria para ganar el mismo dinero nuevamente le dio rabia. Pataleó inútilmente con sus talones. Y si ahora ganaba la misma cantidad de dinero, ¡se lo debería *todo* al recaudador de impuestos! "Así que la vida, la libertad y la propiedad son todas parte de mi... mi futuro, mi presente, mi pasado. Esa ladrona amenazó mi parte más preciada, para obtener lo que era más útil para ella."

De pronto una de las cuerdas quemó la piel de su muñeca. "¡Ay! ¡Eso me dolió!" Jonathan dejó de tironear y se relajó por un momento para sopesar su dificultad. Pensó que hasta ese momento nunca se había dado cuenta de lo bueno de ser libre.

CAPÍTULO 22

EL BAZAR DE LOS GOBIERNOS


onathan había renunciado a liberarse. Mices regresó pero no fue de ninguna ayuda. El curioso gato se quedó husmeando en los tachos de basura mientras estaba la ladrona, y cuando se aclaró el panorama se acercó a Jonathan para poder sacarle el pan de los bolsillos. Unos ruidos al final de la callejuela lo llevaron de nuevo, rápidamente, a la montaña de basura.

Una gran vaca marrón paseó hacia el gato, oliendo la basura esparcida por el callejón. “Muu-u”, mugió la vaca. La campana en su cuello resonaba lentamente con sus movimientos. De pronto, apareció otra vaca al final de la calle, seguida por un escabroso anciano con un bastón.

-Vuelve aquí, estúpida bestia -refunfuñó el pastor.

Jonathan se retorció y utilizó su hombro para dar un codazo a una caja que tenía al lado.

El anciano se asomó en la oscuridad. Al ver a Jonathan maniatado y tirado en el suelo, se apresuró a sacarle la mordaza.

Jonathan respiró aliviado. “Me robaron. ¡Desáteme!”. El anciano metió su mano en un bolsillo en busca de un cuchillo y cortó las cuerdas. “Gracias, señor” dijo Jonathan, frotándose la marca en sus muñecas. Ansiosamente le contó al hombre lo que había sucedido.

-Sí -dijo el escabroso granjero, asintiendo con su cabeza-. Hay que estar atento estos días. Nunca habría venido a la ciudad sino fuera porque me dijeron que el gobierno podía ayudarme.

-¿Cree que el gobierno me ayudará a recuperar mi dinero? -preguntó Jonathan.

-Lo dudo, pero puedes intentarlo. Quizá, en el Bazar de los Gobiernos tengas mejor suerte que yo- respondió el viejo pastor. Su cara tenía más arrugas que una pasa de uva y tenía puesta ropa austera y botas altas. Jonathan se sintió seguro con la actitud tranquila y el discurso directo de este hombre.

-¿Qué es el Bazar de los Gobiernos? ¿Es un lugar para vender ganado? -preguntó Jonathan.

El anciano frunció el ceño y contempló a sus dos plácidas bestias.

-Eso es lo que vine a averiguar -dijo del pastor-. De hecho, es una suerte de espectáculo de variedades. El edificio es más moderno que un banco y el más grande que he visto. Adentro hay hombres que venden toda clase de gobiernos designados para encargarse de los asuntos de los ciudadanos.

-¿Eh? -dijo Jonathan-. ¿Qué clase de gobiernos intentan vender?

El pastor se rascó el cuello quemado al sol y dijo: -Había uno que se llamaba a sí mismo "socialista". Me dijo que su forma de gobierno se llevaría una de mis vacas como forma de pago para darle la otra vaca a mi vecino. No me gustó mucho. No necesito ayuda para darle una vaca a mi vecino... cuando la necesita.

"También había un "comunista" que tenía una casilla al lado del primer vendedor. Tenía una gran sonrisa y se la pasaba dándome apretones de mano, muy amigable, diciendo cuánto me apreciaba y se preocupaba por mí. Parecía estar bien hasta que dijo que su gobierno se llevaría mis dos vacas. Eso estaría bien, dijo, porque todos serían dueños de todas las vacas igualitariamente y me daría algo de leche si *él* pensaba que yo la necesitaba. Y luego insistió en que cantara una canción del partido."

-¡Ésa sí que debe ser una canción! -exclamó Jonathan.

-No me servía de mucho después de eso. Me di cuenta de que se iba a quedar con la mayor parte de la crema para él. Luego caminé por el gran vestíbulo y me encontré con un "fascista". -El anciano hizo una pausa lo suficientemente larga como para ahuyentar a una de sus vacas de un montón de basura podrida-. Ese fascista también tenía un montón de buenas palabras y una cantidad de ideas audaces al igual que los otros. Dijo que se llevaría mis dos vacas y me vendería parte de la leche. Le pregunté: "¿Qué? ¡¿Pagarle por la leche de mi vaca?!" Entonces amenazó con dispararme si no saludaba a su bandera correctamente allí mismo.

-¡Guau! -dijo Jonathan-. Apuesto a que se fue del lugar velozmente.

-Antes de poder mover una pierna, un vendedor "burócrata" se me acercó y me dijo que su gobierno quería llevarse mis dos vacas, dispararle a una para reducir la oferta y ordeñar a la otra, y luego tirar parte de la leche al desagüe. ¿Qué clase de idiota haría una cosa así?

-Claro que parece raro -dijo Jonathan, negando con su cabeza-. ¿Eligió alguno de los gobiernos?

-Ni loco, hijo -declaró el pastor-, ¿quién los necesita? En lugar de que un gobierno se encargue de mis asuntos, decidí llevarme mis vacas al mercado del campo donde puedo vender una y comprarme un toro.



CAPÍTULO 23

LA PROFESIÓN MÁS ANTIGUA DEL MUNDO

a historia del viejo pastor dejó más perplejo que nunca a Jonathan. El Bazar de los Gobiernos sonaba intrigante así que decidió ir hacia allá y ver si alguien podía ayudarlo a recuperar su dinero. Entonces se dirigió hacia la Plaza de la Ciudad tal como le había indicado el pastor.

-No puedes perderte -dijo el anciano, preparándose para guiar a sus vacas de regreso-. Está en el Palacio, el edificio más grande de la plaza. Entra por la puerta principal flanqueada por dos enormes ventanas. La ventana de la derecha es donde la gente forma fila para el empleado que lleva el dinero hacia adentro. La ventana de la izquierda es para el empleado que entrega el dinero de los impuestos.

-Puedo imaginarme cuál es menos popular -bromeó Jonathan.

-Seguro. Siempre que pueden, las personas se van de una fila a la otra, que se hace cada vez más larga. -El anciano ajustó las sogas y armó una rienda-. Recuerda mis palabras, llegará el día en que nadie pague y no haya nada que sacar.

Con seguridad, la calle lo llevó hacia la Plaza de la Ciudad y del otro lado había un magnífico palacio. Por encima de la enorme entrada

había unas palabras talladas en piedra que decían: “PALACIO DE GOBIERNO”. Mices, con su rabo apuntando hacia arriba, se había mantenido cerca de los talones de Jonathan hasta que Jonathan comenzó a subir los escalones que llevaban adentro del edificio. El lomo del gato se arqueó sutilmente y su cabello se erizó. Hasta aquí llegaría.

Jonathan se encogió de hombros y subió trotando los escalones hasta que estuvo adentro. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la poca luz e inmediatamente fue bombardeado por los gritos de un manifestante solitario: “¡Se apagó una luz!”. El joven antagonista empujaba una placa hecha a mano en la cara de toda persona que pasara por allí. Decía: “¡QUE SE HAGA LA LUZ!” y un cartel que lo rodeaba colgando de sus hombros decía: “¿CUÁNTOS LORES SE NECESITAN PARA CAMBIAR UNA VELA?”.

“No es una vela común” anunciaba el ferviente manifestante. Su cara flaca, su ropa espartana y su vida, consumida en una misión. “Ésta es la luz de entrada a nuestro Palacio. Nuestra luz ha estado ausente durante siete años y ¡nadie ha hecho nada al respecto!”

Jonathan hizo una pausa mientras el manifestante le explicó en detalle un problema aparentemente insufrible:

-Todos saben que hay que reemplazar la vela, pero nadie puede ponerse de acuerdo en la marca, el diseño, o el tipo. Una propuesta pide dos candelabros artísticos para dar más gracia a la entrada. Los opositores están en contra del progreso, citando numerosos estudios contrapuestos acerca del número de personas necesarias para agregar los candelabros. Los Lores han pronunciado la tardanza al referir todo curso de acción a la Fuerza de Revitalización de la Luz, con cinco grupos de trabajo y numerosos subgrupos compuestos por expertos de toda clase. Debemos...

-Sigue adelante -se dijo Jonathan, pensando que no podía unirse a una odisea de siete años. Ante él había un enorme vestíbulo con techos tan altos que las lámparas no podían iluminar completamente el interior. Tal como lo había descrito el anciano pastor, había varias casillas con carteles y banderas. Había gente en cada casilla llamando a cualquiera que pasase por ahí y distribuyendo panfletos.

En el lado más distante del vestíbulo había una gran puerta de bronce, flanqueada por enormes estatuas de mármol y columnas acanaladas. Jonathan

comenzó a caminar a través del vestíbulo, con la esperanza de evitar a los vendedores de gobiernos. No había dado dos pasos cuando se le acercó una mujer mayor con argollas de oro en sus muñecas y enormes aretes.

-¿Quiere conocer su futuro, joven señor? -dijo la mujer, poniéndose a su lado. Jonathan revisó rápidamente sus bolsillos y miró con sesgo la figura encogida de una mujer vestida en vivos colores y con pesadas alhajas-. Tengo el don de la predicción. ¿Quizá quiera tener idea del mañana para calmar sus miedos acerca del futuro?

-¿Realmente puede ver el futuro? -preguntó Jonathan alejándose tanto como pudo sin ofenderla. Miraba con gran sospecha a esta mujer toda adornada.

-Bueno -respondió ella, sus ojos se iluminaron de habilidad y seguridad-, estudio los signos y luego declaro, sostengo, afirmo, y profeso lo que considero cierto. Ah, sí, la mía es con seguridad la profesión más antigua.

-Qué fascinante -gritó Jonathan-. ¿Utiliza una bola mágica u hojas de té o...?

-Por Belcebú, ¡no! -resopló la mujer con disgusto. Decía tanto con sus manos como con sus palabras-. Ahora soy mucho más sofisticada. Utilizo cuadros y cálculos. -Con una gran inclinación, agregó-: Economista a su servicio.

-Qué impresionante. E-co-no-mis-ta -repitió lentamente Jonathan, desmembrando la palabra con su lengua-. Lo siento, me acaban de robar y no tengo dinero para pagarle.

Se molestó e inmediatamente se dio vuelta en busca de otros posibles clientes.

-Por favor señora, ¿podría decirme una cosa -suplicó Jonathan- aunque no tenga con qué pagarle?

-¿Bueno? -dijo la mujer probándolo.

-Generalmente, ¿cuándo acude a usted la gente en busca de consejos?

Miró a su alrededor para ver si alguien podría oírla. Luego, como dando un secreto a un inofensivo cachorro, murmuró:

-Como no tienes dinero para pagarme, puedo contarte un pequeño secreto. Los clientes vienen siempre que necesitan sentirse seguros acerca del futuro. Ya sea que el pronóstico sea brillante u oscuro (especialmente cuando es oscuro) hace que la gente se sienta mejor cuando pueden aferrarse a la predicción de otro.

-¿Y quién suele solicitar sus predicciones con más frecuencia? -preguntó Jonathan.

-El Consejo de Gobierno es mi mejor cliente -respondió la mujer-. Los Lores me pagan bien; con el dinero de otros, claro. Entonces utilizan mis predicciones en sus discursos para justificar la mayor quita de dinero para prepararse para el negro futuro. Realmente funciona a la perfección para ambos.

-¡Guau! -dijo Jonathan, gesticulando con sus manos involuntariamente. Se vio repitiendo todos los movimientos de ella hasta que concientemente mantuvo las manos juntas-. Debe ser una gran responsabilidad. ¿Qué tan precisas han sido sus predicciones?

-Le sorprendería las pocas personas que me preguntan eso -se rió entre dientes la economista. Dudó y lo miró con cuidado a los ojos-. Para serle absolutamente sincera, se podría obtener una mejor predicción arrojando una moneda. Arrojar una moneda es algo que cualquiera puede hacer sin problemas, pero nunca le produce ningún bien a nadie. Nunca hará felices a los temerosos, nunca me hará rica, ni hará que los gobernantes sean más poderosos. Así que como podrá ver, es importante que pueda lograr predicciones impresionantes y complicadas, si no sencillamente encontrarían a otro que lo hiciera.

CAPÍTULO 24

PISOTEANDO LA PRODUCCIÓN


ste debe ser el centro del poder," se dijo Jonathan a sí mismo, admirando con temor las espléndidas estatuas y columnas de mármol. "¡Deben haber gastado una fortuna en la construcción de este edificio!"

Una enorme puerta de bronce estaba abierta de par en par y Jonathan podía ver un vasto anfiteatro lleno de gente. Al ingresar sin ningún obstáculo y quedarse atrás de todo, Jonathan podía ver que había una plataforma en el centro. Un grupo de hombres y mujeres descabellados y ruidosos rodeaban la plataforma agitando sus manos frente a un hombre de aspecto distinguido vestido en un traje finamente bordado que daba pitadas ocasionales a un grueso cigarro. Gesticuló con su cigarro dirigiéndose a una de las personas en la multitud que lo rodeaba.

Jonathan se acercó más. Un hombre, que agitaba una pluma en una mano y tenía un bloque de papel en la otra, gritó por encima de los demás:

-Su Señoría, señor, más estimado y distinguido Lord Ponzi, señor, ¿es cierto que acaba de firmar una ley para pagarle a los zapateros para *no* producir zapatos?

-Ajá, sí, por supuesto que es verdad -respondió Lord Ponzi asintiendo con gracia. Hablaba con tanta lentitud que parecía estar despertando de un profundo sueño.

-¿No es esto un gran paso, que sienta precedente para el futuro? -preguntó el hombre garabateando furiosamente en sus hojas. Jonathan ahora podía decir que éstos seguramente serían periodistas.

El Lord volvió a asentir solemnemente con gran lentitud: -Oh, sí, es un gran paso...

Una mujer que estaba parada a la derecha del primer interrogador interrumpió antes de que pudiera terminar la frase:

-¿Es ésta la primera vez en la historia de Corrumpo que se le paga a los zapateros para no producir?

-Sí -dijo Ponzi-, es así... es correcto.

Desde atrás, alguien gritó:

-¿Diría usted que este programa ayudará a subir los precios de toda clase de calzado: zapatos, botas, sandalias, y demás?

-Eh, sí, bueno... ¿podría repetir la pregunta?

Otra voz gritó: -¿Aumentará el precio de los zapatos?

-Aumentará el ingreso de los zapateros -respondió el distinguido Lord, asintiendo mecánicamente-. Esperamos... hacer todo lo posible... para ayudar a los zapateros.

Jonathan recordó a la señora y sus hijos que eran desalojados de su granja. Con tristeza, pensó: ¡Cuánto más difícil le será comprar zapatos de ahora en adelante!

Entonces otro reportero de rodillas, oculto tras la multitud, gritó desde el frente de la plataforma:

-¿Podría decirnos cuál será su programa el año próximo?

-Eh, emmm, ¿cómo dijo? -masculló Ponzi.

-Su programa. ¿Cuál es su programa para el año próximo? -preguntó la voz con impaciencia.

-Por supuesto -dijo el Lord, haciendo una pausa para dar una profunda pitada a su cigarro-. Eh, emm. Ajem. Bueno, considero que es apropiado... que tome la oportunidad de esta conferencia de prensa especial... para anunciar que el año próximo planeamos pagarles a todos en esta gran isla de Corrumpo... por no producir nada.

Se produjo un resuello colectivo en la audiencia. "¿Todos?" "¿En serio?" "Guau, eso costará una fortuna" "¿Funcionará?"

-¿Funcionar? -dijo el señor Ponzi, sacudiéndose su torpeza.

-¿Hará que la gente deje de producir?

-Oh, claro que sí -bostezó-. Hemos tenido un proyecto piloto en nuestra agencia durante años -dijo el Lord, con un adormecido orgullo en su voz-. Y nunca hemos producido nada.

En ese momento, apareció alguien al lado de Lord Ponzi y anunció el fin de la conferencia. El grupo de periodistas que estaba al frente se dispersó en la multitud sentada en el anfiteatro. Jonathan parpadeó dos veces al ver una inclinación casi imperceptible en la postura de Ponzi, como si alguien le hubiera cortado un hilo que sobre su cabeza

lo mantenía erguido. Las luces del lugar se oscurecieron y Ponzi fue guiado fuera del escenario.

CAPÍTULO 25

EL APLAUSÓMETRO



Un reflector lanzó un círculo de luz sobre la plataforma y la audiencia comenzó a murmurar. Alguno empezó a aplaudir rítmicamente y pronto se unió toda la multitud. Todo el lugar reverberaba en excitación y estruendo. Finalmente una figura de cabello plateado saltó al escenario. Tenía puesto un brillante abrigo y la sonrisa más tonta que Jonathan había visto. El hombre se inclinaba hacia delante y atrás excitadamente saludando a la multitud entusiasmada.

-¡Bienvenidos, bienvenidos, bienvenidos! Soy el animador Phil y estoy tan emocionado de tenerlos a ustedes, maravilloso público, conmigo en nuestro espectáculo. ¡Allí están! Y qué espectáculo tenemos hoy para ustedes. Más tarde estaremos hablando con -lo adivinaron- ¡el Candidato!

Mujeres escasamente vestidas a ambos lados del escenario comenzaron a agitar sus manos con ademanes salvajes y toda la multitud estalló en un aplauso.

-Gracias, gracias, muchas gracias. Primero, tengo un regalo muy, muy, *muy* especial para ustedes. Tenemos a nada menos que al Presidente de la Comisión de Elecciones de Stulta aquí con nosotros para explicarnos los nuevos y revolucionarios procedimientos de elección de los que hemos oído hablar. -A esta altura, el anfitrión se dio vuelta y con un gran floreo de su brazo, gritó-: ¡Por favor den la bienvenida a la d*octora Julia Pavlov*!



Las manos del escenario y las de la tribuna volvieron a aplaudir salvajemente, gritando y chiflando de entusiasmo. El Animador Phil estrechó la mano de la doctora Pavlov e hizo una seña a la tribuna para que hiciera silencio: -Bueno,

bueno, doctora Pavlov, parece que ha logrado acumular gran aceptación a lo largo de los años.

-Gracias Phil -dijo ella. La doctora Pavlov tenía lentes gruesos, un rígido traje negro, y una mirada de tranquila seguridad en su escuálida cara-. Diría que es un entusiasmo de 5,3.

-Hey, hey, me superó con eso -dijo el anfitrión. Los asistentes del escenario encendieron un cartel hacia la audiencia y todos dejaron salir una explosión de risas-. ¿A qué se refiere con un entusiasmo de 5,3?

-Bueno -dijo la doctora Pavlov-. Aquí tengo un aplausómetro oficial que siempre llevo conmigo. Indica cuánto entusiasmo demuestra un grupo de personas.

-Es increíble, ¿no es cierto amigos? -Con la señal, la multitud volvió a aplaudir ávidamente.

Tan pronto como se redujo el bochinche, la doctora Pavlov continuó:

-Eso es alrededor de 2,6.

-¡Increíble! -dijo el anfitrión-. ¿Qué va a hacer con el aplausómetro? ¿Lo va a utilizar en las próximas elecciones?

-Exactamente, Phil. En la Comisión de Elecciones de Stulta hemos decidido que contar votos no es suficiente. Lo importante no son sólo los números para decidir quién establece los niveles de moral, poder, riqueza y derechos. También sentimos que el entusiasmo debería contar.

-¡Increíble! -gritó el anfitrión Phil. Todos estallaron en un aplauso.

-4,3 -dijo la doctora Pavlov con tranquilidad.

-¿Cómo lo van a hacer, doctora?

Sus gruesas cejas se elevaron por encima de sus anteojos y apareció en su cara el primer rastro de una sonrisa: -Éste será el primer año en que utilizaremos aplausómetros en las votaciones en la ciudad. En lugar de llenar boletas, los votantes simplemente se pararán en las casillas y aplaudirán al encenderse una luz junto al nombre del candidato de su elección.

-¿Qué piensan los candidatos acerca de este nuevo procedimiento? -preguntó Phil.

-Ah, les encanta, Phil. Parece que ya han estado preparando a sus seguidores para el cambio. Pasaron largas sesiones prometiendo el dinero de otras personas a sus seguidores y nunca falla para hacer estallar el lugar.

-Bueno, muchas gracias por estar con nosotros hoy y darnos una muestra de un mejor mañana. Nos visitará otra vez, ¿verdad? Damas y caballeros, aplausos para la *¡doctora Julia Pavlov!*

Cuando el aplauso finalmente se acalló, el anfitrión hizo otro floreo con su mano hacia la parte trasera del escenario y dijo: -Ahora el momento que todos estuvieron esperando. Sí, recién salido de su atareada, atareada campaña... aquí está ¡*Joe Candidato!* ¡Démosle la bienvenida!

Joe Candidato se balanceó atléticamente por todo el escenario con sus dos brazos bien abiertos, agitando a la tribuna. Al ver el traje a cuadros negros y blancos, Jonathan pensó que este hombre tenía el cabello más negro y los dientes más blancos que se hubieran visto.

-Gracias, Phil. Realmente es un gran placer para mí estar aquí con ustedes.

-Ahora Joe, nos tiene que contar la historia detrás de la gran historia. Sorprendió a todos y apareció en los titulares con la noticia más caliente de la década. Cuéntenos cómo fue.

-Directo al grano, ¿eh, Phil? ¡Eso es lo que me gusta de usted y su espectáculo! Verá, me alarmé ante los costos tremendamente altos de las campañas políticas de los años recientes. Así que decidí hacer algo al respecto. Considero fervientemente que los votantes de esta gran isla merecen un menor precio por más de lo mismo. Así fue que comencé con el Partido Genérico.

-¡El Partido Genérico! ¡Qué brillante idea! Y hasta cambió su propio nombre, ¿verdad?

-Correcto, Phil. Con mi verdadero nombre, Elihu Root, nunca podría haber sido el verdadero candidato de la gente. Hay que ocultar las raíces... -Sin que lo indicaran, el juego de palabras provocó la risa de todos, incluyendo la de Phil y la de Joe-. Pero seriamente, Phil -prosiguió Joe-, hay que tener una llegada amplia si se quiere ser creíble.

-¿Qué está haciendo para hacerse oír, Joe?

-El Partido Genérico pronto tendrá sus volantes básicos en blanco y negro, los prendedores y los afiches disponibles en nuestros locales. Con estas ideas esperamos reducir a la mitad los típicos presupuestos de campaña.

El animador Phil interrumpió: -¿Pero tiene una posición asumida respecto de los diferentes temas de la campaña?

-Claro, al igual que todos los demás partidos -dijo Joe. Puso su mano dentro del saco a cuadros y sacó un bloque de papeles-. Aquí está nuestro Cuaderno Blanco contra el Crimen... y aquí nuestro Cuaderno Blanco contra la Pobreza.

-Pero, Joe, no hay nada en estas hojas en blanco -dijo Phil, con una mirada incrédula. Los Cuadernos Blancos simplemente eran hojas blancas.

-Ésa es la belleza de esto, Phil. ¿No se da cuenta? ¿Para qué desperdiciar tiempo prometiendo todo a todos? ¿Por qué no dejar que los votantes llenen los cuadernos por sí mismos? Las promesas y el desempeño serán iguales que antes, pero de esta forma nos ahorramos el costo de impresión.

-¡Qué ingenioso! Mientras otros candidatos hablan de recortar los costos de las campañas, usted realmente está haciendo algo al respecto. Bueno, se acaba nuestro tiempo. ¿Podría resumir de qué se trata su partido?

-Claro Phil. Ya está sumando adeptos en toda la isla. Nuestro eslogan para el Partido Genérico es: "¡Creemos lo que usted cree!"

-Muchas gracias, Joe. Damas y caballeros, demos una gran ronda de aplausos, una de 5,5, para este genio en campaña, *¡Joe Candidato!*



CAPÍTULO 26

VERDADERO CREYENTE

os aplausos comenzaron a desvanecerse y Joe Candidato se quedó parado sin moverse. El animador Phil estaba ansioso de no perder el ritmo así que palmeó a Joe en el brazo y le indicó la salida. Joe sonrió y no se movió. Phil levantó sus brazos y volvió el silencio.

Joe habló:

-Quiero presentarles a alguien.

-Claro, Joe, por supuesto, pero no tenemos mucho tiempo.

-Sólo llevará un minuto. Le he comentado acerca de uno de nuestros votantes genéricos, nuestro votante genérico número uno. -Joe se dio vuelta en dirección a la entrada e hizo un gesto para que alguien subiera al escenario. Al principio no sucedió nada, pero Joe fue insistente, como si estuviese persuadiendo a un niño tímido. Finalmente, apareció una mujer mayor, al comienzo agarrándose a un pliegue del telón, luego dando un paso adelante tentativamente.

Phil tomó la iniciativa y se apresuró a dar la bienvenida a esta menuda anciana.

-Damas y caballeros -dijo Phil nervioso, con más entusiasmo exagerado que lo usual-, qué suerte tenemos de tener una bonificación hoy. ¿Y a quién tenemos aquí?

La mujer estaba vestida con sencillez a cuadros blancos y negros, al igual que Joe. Su cara carecía de expresión, como si nunca hubiese sentido ninguna emoción. Su cabello gris estaba prolijamente peinado sobre sus orejas. En sus manos sostenía con firmeza una pequeña bolsa blanca y negra como si allí llevara sus tesoros más preciados.

Cuando llegó a donde estaba Joe, éste comenzó a hablar con monotonía: -Como usted sabe, Phil, el registro de votación de la isla ha sido lúgubre durante años, pero eso no ha desmoralizado a nuestra invitada, Phoebe. ¡Phoebe es la mejor votante de Corrumpo!

Los ojos de Phil se agrandaron de asombro: -¡Oh, la conozco! He oído tanto de usted, señora. No es otra que la reina de los votantes de

todos los tiempos; la que sostiene el récord de votaciones; la campeona de los elegidos en la isla. Somos verdaderamente enaltecidos con la presencia nada menos que de ¡Phoebe Simon!

La multitud volvió a sacudirse en un generoso aplauso, aunque algunos se estaban escapando por la puerta de atrás y otros bostezaban detrás de sus programas.

-Phoebe -dijo el animador Phil-, ésta es una pregunta que estoy seguro que está en la mente de todos. -Hizo una pausa dejando que vuelva a reinar la calma en el auditorio. Destacándolo para que todos puedan oírlo, dijo- ¿por qué vota tan consistentemente?

Con una mirada de inocencia pura, Phoebe respondió en una voz suave y dulce:

-Bueno señor, votar es mi deber; eso me dice el Consejo. Dicen: No importa por quién vote, en tanto vote. Así que yo voto. He votado en cada elección desde que estuve apta hace sesenta años.

-¡Guau! -respondió Phil-. ¡Sesenta años! ¿No es increíble, amigos? -Una vez más la audiencia respondió-. Pero permítame que le haga la pregunta última de un votante. Phoebe, hay un dicho que sostiene que el menor de dos males sigue siendo un mal. Ahora dígame sinceramente, ¿vota aun cuando no le gusta ninguno de los candidatos?

-Todo el tiempo, señor. Mi padre me dijo una vez que si no votaba, entonces no tendría derecho a quejarme acerca de los funcionarios electos. Voto para defender mi derecho a quejarme.

-¡Lo ha dicho como una verdadera académica, Phoebe! Ahora dígame honestamente, ¿cree en las promesas de Joe?

-Por supuesto. Yo siempre creo. Si no creyera, ¿por qué habría de votar por él?

-¿Sabe lo que dicen los expertos sobre usted? Dicen que usted es la última verdadera creyente que hay en Corrumpo.

-Sí, señor, eso he oído -respondió Phoebe tan suavemente que casi no se oyó-. Les creo. Le creo a usted. Le creo a todos.

Dirigiéndose hacia el público, Phil puso una mano sobre su corazón y exclamó:

-Damas y caballeros, ¿han oído alguna vez algo tan dulce, tan infantil? ¿No es maravillosa la inocencia que aún se puede encontrar en

esta isla demasiado cínica. -Entonces dirigiéndose nuevamente hacia su invitada, preguntó-: Y Phoebe, ¿alguna vez le falló su representante?

-Oh, sí -se estremeció Phoebe-, siempre me fallan. Una y otra vez. Me han traicionado tantas veces. Pero apoyo a mi representante, sin importar nada. -Ella agarró el brazo de Joe y lo presionó firmemente-. Y siempre lo haré. No puedo imaginarme la vida sin Joe y ¡todos mis ex representantes antes que él!

Entonces alguien gritó desde la audiencia: ¿Por qué cree aun después de tantos pesares?

Ella levantó su mirada hacia Joe con gran dolor y respondió: -Creo que tiene un buen corazón. Creo que puede cambiar; que lo puedo ayudar a cambiar. Creo que muy dentro de sí realmente se preocupa por mí. Simplemente no me comprende.

-¡Aww! -suspiró el auditorio al unísono.

-Amigos, esto llena mis ojos de lágrimas. Pero, Phoebe, éstas son lágrimas de preocupación tanto como de alegría. ¿Alguien de su familia le ha dicho que quería que se uniera a Votantes Anónimos?

-¡Oh no, señor! -dijo encogiéndose-. Votantes Anónimos es para personas con problemas. Yo no tengo ningún problema. ¿Usted piensa que tengo un problema?

-Phoebe, algunos expertos sostienen que los votantes abusivos siempre están volviendo a sus representantes sin importar cuánto sufran.

Levantando su mirada confiadamente hacia Joe, la mujer preguntó:

-¿Tengo un problema, Joe? A mí no me parece. -Al verlo sonreír, ella suspiró-: Apoyo a mi representante.

Fuera del escenario sonó un timbre avisándole a Phil que estaban sin tiempo. Phil gritó para que todos pudiesen oírlo: -¿Qué sería de nosotros si no fuera por el servicio de los verdaderos creyentes? Bueno, damas y caballeros, eso es todo por hoy. Muchas gracias por habernos acompañado. Demostrémosles a Phoebe y a Joe; ¡cuánto los amamos!

La multitud estalló en un aplauso entusiasta, felices de que el verdadero espectáculo estuviera por comenzar.

CAPÍTULO 27

SEGÚN LA NECESIDAD


na gran fanfarria de trompetas y el resonante redoble de un tambor silenció de repente a la multitud. El animador Phil levantó sus brazos hacia el público:

-Sus padres allá afuera han esperado bastante nuestro final. El periplo de doce años de sus hijos está por terminar. Es el ¡*Juego de la Graduación!*

Un órgano llenó de música el enorme lugar y repentinamente se abrieron las puertas laterales de los pasillos. Por ellos marcharon estudiantes con birretes y largas togas negras. La multitud estalló en una desordenada ronda de aplausos con alaridos y gritos esparcidos ocasionalmente.

Jonathan le murmuró a una mujer que estaba a su lado: ¿qué es el Juego de la Graduación?

Ella inclinó a medias su cabeza hacia él y respondió:

-Es una competencia entre los jóvenes de nuestras escuelas del Consejo. -Hizo una breve pausa para escuchar los anuncios y luego prosiguió, esforzándose para hacerse oír encima del bochinche-. Es la culminación de la educación formal. Hasta ahora, el propósito de una educación formal ha sido demostrar la importancia del trabajo duro y el desempeño diligente en la búsqueda del conocimiento. Hoy honramos a los mejores estudiantes por su éxito competitivo y sus destacados logros. Pero el premio final, que aún no se ha entregado, es el Premio al Mejor Alumno que se le entrega al ganador del Juego de la Graduación.

Dirigiéndose hacia el escenario, Jonathan pensó ver a alguien que le era familiar.

-¿Quién es esa que saluda a los estudiantes a medida que van pasando?

-Oh, ésa es Lady Bess Tweed. ¿No la reconoces? Es nuestra distinguida oradora. Por ser miembro del Consejo de Gobierno y reina de los políticos es la invitada de honor, como siempre, y adora la publicidad. Su profesión es la más venerada y al mismo tiempo la menos respetada de la isla. Así que es perfecta para el Juego de la Graduación.

-¿Cómo se juega? -preguntó Jonathan.

-Es así -dijo la señora, acercándose a la oreja de Jonathan-, Lady Tweed da uno de sus discursos políticos habituales y los estudiantes anotan todas las frases que contradigan directamente lo que han hecho y aprendido en la escuela. El que encuentra el mayor número de contradicciones es el ganador del prestigioso Premio al Mejor Alumno. Shhh, Lady Tweed ya comenzó. Escucha.

-...así, hemos aprendido acerca de las virtudes de la libertad -bramó Lady Tweed-. Sabemos cómo el libre albedrío y la responsabilidad personal llevan a la madurez y al crecimiento. Así es y ésa es la situación que atosiga a esta gran comunidad. A lo largo de la historia las personas siempre han buscado libertad. Qué maravilloso que ahora vivamos en una isla libre...

La mujer señaló a los estudiantes que estaban detrás de Lady Tweed en el escenario:

-Ves cómo escriben desesperadamente. ¡Oh, tantos puntos para acumular!

-¿Lady Tweed contradijo lo que los estudiantes aprendieron en la escuela? -preguntó Jonathan.

La mujer se rió con disimulo:

-¿Libre albedrío? No tiene sentido. La escuela es obligatoria. Los chicos son forzados a asistir y todos están obligados a pagar por ella. ¡Ahora silencio!

-... y tenemos la fortuna de tener las mejores escuelas imaginables, especialmente ahora que enfrentamos tiempos difíciles según el pronóstico de nuestros economistas -dijo Lady Tweed con cadencia musical-. Nuestros maestros son el modelo de comportamiento ejemplar para nuestros estudiantes, alumbrando el camino hacia la democracia y la prosperidad con la luz de la verdad y el conocimiento...

La mujer parada junto a Jonathan lo tomó de la manga exaltada. Chilló:

-Mi hija es la tercera estudiante de la derecha en la segunda fila. Está escribiendo; tiene todos esos puntos, estoy segura.

-No entiendo -preguntó Jonathan-, ¿qué puntos?

-¿Las mejores escuelas? Es imposible comparar sin opción. Lady Tweed envió en forma privada a sus propios hijos al campo para tomar lecciones, pero a la mayoría las autoridades le asignan la escuela del Consejo

más cercana. ¿Maestros modelo? ¡Ja! A los estudiantes se les pide que se sienten en silencio y cumplan órdenes durante doce años y a cambio no reciben más que calificaciones en letras y estrellas de papel. Si un profesor recibiera estrellas de papel en lugar de su salario, ¡lo llamaría esclavitud! ¿Alumbrando el camino hacia la democracia? ¡De ninguna manera! El ejemplo en la clase es la autocracia.

Lady Tweed inclinó su cabeza con humildad:

-...ahora han llegado a este hito de sus vidas. Cada uno de ustedes se da cuenta de que la nuestra no es más que una pequeña voz en el gran coro de la humanidad. Sabemos que la competencia feroz y la lucha cruel y codiciosa para alcanzar la cima hoy no resultan apropiadas. Para nosotros, la virtud más noble es el sacrificio. El sacrificio por las necesidades de los demás, por las multitudes que son menos afortunadas...

La mujer casi grita de placer:

-¡Mira cómo escriben esos estudiantes! ¡Es una mina de oro de contradicciones! "¿Gran coro de la humanidad?" "¿Sacrificio?" En la escuela, siempre se les enseñó a superar, a ser lo mejor posible. Y Tweed misma no es ninguna floja. Es la más ruidosa, la más demandante e inescrupulosa del montón. Logró abrirse camino hacia el liderazgo mediante toda clase de hábiles tácticas. Estos estudiantes saben que no llegaron a esta etapa sacrificando sus calificaciones por los estudiantes incompetentes que los rodean.

Jonathan sencillamente no lo podía entender:

-Quiere decir que en la escuela a los estudiantes se les enseña a superarse personalmente. Y sin embargo, en la graduación, ¿Lady Tweed les dice que se sacrifiquen por los demás?

-Ahora entendiste -respondió la mujer-. Lady Tweed predica un mundo distinto para los graduados. De cada uno según su capacidad para cada uno según su necesidad. Ése es el futuro.

-¿No podrían ser coherentes y enseñar lo mismo antes y después de la graduación? -preguntó Jonathan.

-Las autoridades están trabajando en eso -dijo la mujer-. Las escuelas funcionan en una tradición antigua que le da calificaciones altas a los mejores desempeños. El año próximo piensan invertir el sistema de calificaciones. Piensan utilizar incentivos y premios para preparar a los estudiantes para la

nueva realidad. Las calificaciones serán dadas en función de la necesidad en lugar del logro. Los peores estudiantes obtendrán las mejores notas y los mejores estudiantes las peores. Dicen que los peores estudiantes necesitan más de buenas calificaciones que los mejores estudiantes.

Negando con su cabeza, Jonathan repitió las palabras de la mujer para asegurarse de haber oído correctamente:

-¿ Los peores estudiantes obtendrán las mejores notas y los mejores estudiantes las peores?

-Correcto -asintió ella.

-¿Pero qué sucederá con el desempeño? ¿No intentarán todos ser más necesitados y menos capaces?

-Según Tweed, lo importante es que éste será un acto humanitario. Los mejores estudiantes aprenderán la virtud del sacrificio humano y los peores estudiantes serán instruidos en la virtud de aceptar el sacrificio ajeno. También se les ha exigido a las escuelas públicas que adopten el mismo sistema para los maestros.

-¿Qué les parece eso a los profesores? -preguntó Jonathan.

-A algunos les encanta y otros lo odian. Mi hija dice que los mejores maestros amenazaron con renunciar si se adoptaba ese plan. A diferencia de los estudiantes, los maestros aún tienen el lujo de *esa* elección. Por ahora.



CAPÍTULO 28

APRESADOS POR TRABAJAR



onathan se alejó del gentío ruidoso del teatro y vagó por un largo corredor. Al final del corredor había hileras de personas sentadas en bancos, todas encadenadas juntas con grilletes en las piernas. ¿Se trataba de criminales a la espera de un juicio? Quizás los funcionarios de aquí podrían recuperar el dinero que le habían robado.

A la izquierda de uno de los bancos había una puerta con un cartel: "Oficina de Trabajo Duro". En la punta más distante del banco había unos guardias uniformados que hablaban en voz baja, ignorando a los tranquilos prisioneros. Las grandes cadenas de estos cautivos aseguraban que había poca esperanza de que escaparan.

Jonathan se acercó al preso más cercano, un joven de alrededor de diez años que no parecía para nada un criminal.

-¿Por qué estás aquí? -preguntó Jonathan inocentemente.

El chico levantó su mirada hacia Jonathan y echó un vistazo furtivo hacia los guardias antes de responder:

-Me atraparon trabajando.

-¿Qué clase de trabajo podría involucrarte en un problema como éste? -preguntó Jonathan, con sus ojos abiertos de sorpresa.

-Estaba reabasteciendo estantes en la Tienda de Ramos Generales de Jack -respondió el joven. Iba a decir algo más pero luego dudó y miró al hombre de cabello gris que estaba junto a él.

-Yo lo contraté -dijo Jack, un fornido hombre de mediana edad con voz profunda. Este comerciante aún llevaba puesto el delantal manchado de su negocio y grilletes en las piernas unidas a las del niño-. El niño dijo que quería crecer y ser como su padre, un gerente de fábrica. Nada más natural que eso, podría decirse. Cuando cerró la fábrica, a su padre le fue difícil conseguir trabajo. Así que pensé que darle un trabajo al niño le haría mucho bien a la familia. Debo admitirlo, también fue bueno para mí. Las grandes tiendas me estaban hundiendo y yo necesitaba algo de ayuda barata. Bueno, ahora todo se acabó. Su cara se tiñó con una mirada de resignación.

El niño continuó:

-En la escuela nunca te pagan por leer y hacer aritmética. Jack sí. Manejo los inventarios y los libros, y Jack me prometió que si hacía bien mi trabajo me dejaría tomar pedidos. Así que empecé a leer los avisos y las revistas de comercio. Y llegué a conocer personas, no sólo a los chicos del colegio. Jack me ascendió y yo ayudé a mi papá a pagar la renta, hasta gané suficiente para comprarme una bicicleta. Ahora se acabó -su voz descarriló y se quedó mirando al suelo-, y tengo que volver a la ilusión.

-La ilusión no es tan mala, hijo, cuando no hay nada mejor -declaró un hombre jovial y pesado con una canasta que rebasaba de rosas amarillas. Estaba encadenado a la línea del otro lado del niño-. Es difícil ganarse la vida. Nunca me ha gustado trabajar para nadie. Finalmente, pensé que lo había logrado con mi carreta de flores. Me iba bastante bien vendiendo rosas en las calles principales y en la Plaza de la Ciudad. A las personas, es decir, a los clientes les gustaban mis flores. Pero a los comerciantes no les gustaba mucho la competencia. Lograron que el Consejo prohibiera los "vendedores ambulantes". ¡Un *vendedor ambulante*! Sí, así me llamaban porque no puedo comprar una tienda. Sino sería un 'minorista' o un 'comerciante'. No quiero ofenderlo, Jack, pero mi forma de venta existió mucho antes que sus tiendas. De todas formas, decían que yo era una molestia, una horrible monstruosidad, un vago, y ahora un ¡ilegal! ¿Cómo pueden imaginar que mis flores y yo seamos todo eso? Al menos no vivía de la caridad.

-Pero estaba vendiendo en las veredas -respondió Jack-. Tiene que dejarlas libres para mis clientes.

-¿*Sus* clientes? ¿Es usted dueño de los clientes, Jack? Sí, claro, estaba en propiedad del Consejo. Se supone que pertenece a todos, pero no es así, ¿verdad, Jack? En realidad pertenece a quienes más agradan a los Lores.

Jonathan recordó al pescador que había dicho algo similar.

Jack se mofó:

-Pero ¡usted no paga los altísimos impuestos a la propiedad que pagamos los comerciantes!

-¿Y quién tiene la culpa de sus impuestos? ¡Yo no! -replicó el florista irritado.

Jonathan intervino con una pregunta, con la esperanza de calmar el debate:

-Por lo tanto lo arrestaron, ¿así de simple?

-Oh, recibí algunas advertencias. Pero no me interesó seguirles el juego. ¿Quiénes se creen que son? ¿Mis amos? Intento trabajar para mí mismo, no para algún jefe molesto. De todas formas, la prisión está bien. No tengo que trabajar y recibo tres comidas al día y una habitación a expensas del comerciante. Increíblemente, el guardia piensa que me está haciendo un favor. Dice que va a rehabilitarme para que pueda hacer una contribución a la sociedad. Se refiere a los impuestos, no a las flores.

El niño comenzó a gimotear:

-¿Cree que me enviarán también a prisión?

-No te preocupes, niño -lo consoló el florista-. Si lo hacen, seguro aprenderás un negocio práctico... aunque distinto del que tiene en mente el guardia.

Jonathan se dio vuelta hacia un grupo de mujeres vestidas con mamelucos que estaban sentadas al lado, en fila:

-¿Por qué están aquí?

-Tenemos un pequeño bote de pesca. Un oficial nos detuvo mientras levantaba unas canastas pesadas en el muelle -dijo una mujer rígida y áspera con penetrantes ojos azules-. Me dijo que era una violación a las regulaciones de seguridad. -Moviéndose hacia sus compañeras, agregó-: Se supone que las regulaciones nos protegen del abuso en el lugar de trabajo. Los oficiales ya nos han clausurado dos veces, pero nos escapamos de nuevo a los muelles

para tener listo el aparejo para la próxima temporada. Nos atraparon nuevamente, y dicen que esta vez nos van a proteger en serio... tras las rejas.

Preguntándose a sí misma en voz alta, dijo:

-¿Qué van a hacer con mi hijo? ¡Sólo tiene tres años! Lo gracioso es que es más pesado que los canastos que estaba levantando y solía llevarlo a cuestas todo el tiempo. ¡Nadie se quejaba de eso!

-¿Le parece gracioso? -dijo un hombre cuya barba gris prolijamente afeitada abultaba su cara juvenil. Codeando al joven que estaba a su lado, agregó: George ha estado trabajando media jornada para mí durante dos inviernos seguidos, una especie de aprendiz. Me ayuda a mantener limpia la peluquería y prepara a todos los clientes. Ahora las autoridades me dicen que estoy en problemas porque no le pagaba el mínimo aceptable para las horas que trabajaba. Y él está en problemas porque intentó trabajar sin unirse al gremio de limpieza de peluquerías. -Arrojó sus manos al aire con exasperación, agregando-: Si le hubiera tenido que pagar lo que dicen, ¡no lo habría podido contratar!

El joven George, con una mirada lúgubre en su cara, se lamentó:

-A esta tasa, y ahora con antecedentes penales, nunca obtendré mi licencia de barbero.

-¿Usted cree tener problemas? -dijo una mujer que se veía orgullosa, claramente tranquila de compartir estas vicisitudes con los demás. Al borde de las lágrimas, presionó un delicado pañuelo de hilo contra sus ojos y dijo-: Cuando la prensa se entere de que yo, la señora Ins, estoy bajo arresto, la carrera de mi marido estará acabada. Nunca pensé que estaba haciendo algo malo. ¿Qué habría hecho usted?

Abrazando a una joven pareja encadenada a su lado, la señora Ins siguió adelante:

-Hace algunos años tenía una casa enorme, tres chicos que iban a los mejores colegios, y quise retomar mi carrera. Así que le pedí a mi vecino que me sugiriese una manera de conseguir ayuda en mi hogar. Wilhelm e Hilda vinieron muy bien recomendados así que los contraté en el momento. Hilda es maravillosa con el jardín y el carruaje. Puede arreglar cualquier cosa en el hogar y hace cualquier cantidad de mandados. Y Wilhelm, tan amable, me salvó la vida. Es tan bueno con los chicos. Siempre está cuando lo necesito. Cocina, limpia, corta el cabello. En fin, hace infinidad de

quehaceres mucho mejor que yo. Mis chicos aman sus galletas. Cuando regreso a casa me puedo relajar con mi marido y jugar con los niños.

-Suena a la ayuda que todos querrían tener -dijo Jonathan-. ¿Qué fue lo que salió mal?

-Todo era perfecto al principio. Luego mi esposo recibió una nueva designación para dirigir la Oficina de Buena Voluntad. Sus opositores realizaron una investigación acerca de nuestras finanzas y hallaron que nunca habíamos pagado la jubilación impuesta de Wilhelm e Hilda.

-¿Por qué no? -preguntó Jonathan.

-No podíamos permitírnoslo en ese entonces. Los impuestos eran altos y mis ingresos al principio eran bajos, así que simplemente no podríamos haberlos contratado si hubiésemos tenido que pagar los impuestos. Además, nunca se les hubiera permitido cobrar sus beneficios jubilatorios.

Wilhelm dijo:

-Un informe fiscal hubiera sido muy malo para nosotros.

Su esposa lo codeó y agregó:

-Ten cuidado, Will. Sabes todo lo que hemos arriesgado al venir aquí.

-Bueno, señora -dijo valientemente a la señora Ins- usted salvó nuestras vidas. Nos escapamos de nuestra isla originaria debido a la hambruna y a la brutal guerra civil que había allí. No teníamos opción: o escapábamos de la isla o moríamos de hambre o éramos asesinados. Así que nos fuimos y vinimos a Corrumpo. Si la señora Ins no nos hubiese ayudado, nos habrían enviado de regreso a la muerte.

-Sí -dijo Hilda en una voz suave y apacible-, le debemos nuestras vidas, y ahora sentimos que esté involucrada en este lío por nuestra culpa.

La señora Ins se movió con esfuerzo para suspirar y decir:

-Mi esposo perderá su ascenso en la Oficina de Buena Voluntad y quizá también su antiguo trabajo. Ha sido el titular de la Primera Comisión de Corrumpo, promoviendo el orgullo nacional. Sus enemigos lo acusan de hipocresía.

-¿Hipocresía? -preguntó Jonathan.

-Sí. La Primera Comisión de Corrumpo desalienta a los nuevos recién llegados.

-¿*Nuevos* recién llegados? -repitió Jonathan-. ¿Quiénes son los viejos recién llegados?

-¿Los viejos recién llegados? ¡Ja! El resto de nosotros -dijo la señora Ins-. A lo largo de los años nuestros ancestros han venido de algún lugar como recién llegados, ya fuera escapando de la opresión o intentando mejorar sus vidas. Pero los nuevos recién llegados son los inmigrantes recientes. Están prohibidos por la Ley Quitalaescalera.

Jonathan tragó con dificultad. No se animaba a pensar qué le sucedería si los oficiales descubrían que él era también un nuevo recién llegado. Intentando parecer sólo casualmente interesado, preguntó:

-¿Por qué no quieren nuevos recién llegados?

La pescadora interrumpió:

-Los que tienen poder en el Consejo de Gobierno están preocupados por la competencia. Los nuevos recién llegados podrían trabajar más duro, o más horas, o por menores salarios a mayores riesgos. Podrían hacer las tareas que ninguno de nosotros quiere hacer.

-Un momento. Hay muchas quejas legítimas acerca de los nuevos recién llegados -dijo Jack-. Los nuevos recién llegados no siempre conocen el idioma, la cultura, las formas y las costumbres de nuestra isla. Yo admiro su espíritu (son valientes al arriesgar sus vidas para venir aquí como extraños) pero lleva tiempo aprender todo y no hay suficiente espacio. Es más complicado que cuando vinieron nuestros ancestros.

Jonathan pensaba en los bosques deshabitados y los campos que había visto en las afueras cuando la señora Ins agregó con orgullo:

-Mi marido dio esos mismos argumentos contra los nuevos recién llegados. Siempre dijo que los nuevos recién llegados primero debían aprender nuestro idioma y nuestras costumbres antes de que se les permitiera quedarse aquí. También deben tener dinero, habilidades, autosuficiencia, y no deberían ocupar ningún espacio. Mi esposo delineó una nueva ley para identificar y deportar a los nuevos recién llegados pero había un pequeño problema. La descripción legal de los nuevos recién llegados se aplicaba más a nuestros propios hijos que a la gente como Wilhelm e Hilda.

Justo en ese momento por la puerta aparecieron unos hombres con trajes rígidos balanceando maletines. Se acercaron a la señora Ins, y ésta se encogió de temor. Uno de los hombres le hizo un gesto a los guardias para que le sacaran los grilletes:

-Queremos expresar nuestras más profundas disculpas por esta desafortunada confusión, señora Ins. Le podemos asegurar que esto se está resolviendo en el más alto nivel.

Visiblemente aliviada, siguió a sus escoltas a lo largo del amplio vestíbulo sin animarse a decir una palabra a Wilhelm o a Hilda. Los otros miraron con un silencio muerto interrumpido sólo por el ruido de las cadenas. Cuando la señora Ins estuvo fuera de vista, los guardias se dirigieron a Wilhelm e Hilda, abrieron sus grilletes y empujándolos violentamente los separaron del resto en dirección opuesta:

-Afuera, basura. Vuelvan al lugar de donde vinieron.

-Pero no hicimos ningún daño -suplicaron Wilhelm e Hilda-. Moriremos.

-Ése no es mi problema -gruñó el guardia.

La pescadora esperó hasta que hubieran bajado las gradas y hubieran cerrado la puerta detrás de sí, luego mascúlló bajo su respiración:

-Sí, lo es.

Jonathan tembló suavemente, pensando en el destino que le esperaba a la pareja y quizá también a él. Levantó su mirada y le preguntó a la mujer:

-¿Así que todos los que están encadenados aquí es porque trabajaron sin permiso?

Señalando hacia el otro extremo de la fila donde un joven tenía la cabeza enterrada entre sus manos, la mujer respondió:

-Si lo ves de esa manera, él es la excepción. Las autoridades insistieron en que se inscribiera como soldado. Se negó; así que le pusieron las cadenas como al resto de nosotros.

Jonathan no podía ver la cara del joven, sin embargo se preguntaba por qué los mayores del pueblo le pedirían a alguien tan joven que luche por ellos:

-¿Por qué las autoridades lo quieren obligar a ser soldado?

La pescadora le respondió directamente:

-Dicen que es la única forma de proteger a nuestra sociedad libre.
Sus palabras hicieron eco en las orejas de Jonathan, entre el ruido metálico de las cadenas.

-¿Protegerla de quién? -preguntó Jonathan.

-De quienes nos pondrían cadenas -se quejó la mujer.

CAPÍTULO 29

¿AYUDA O ENGAÑO?

l Palacio de los Lores tenía más habitaciones y vestíbulos que un laberinto. Jonathan deambuló por otro corredor hasta que olió un delicioso aroma a café y a pan recién horneado. Siguió a su olfato y caminó hasta una gran sala de reuniones donde había varios hombres y mujeres de avanzada edad discutiendo y sacudiendo violentamente sus puños. Mientras lloraban, algunos se tomaban de las manos como consuelo.

-¿Qué sucede? -preguntó Jonathan, poniendo un ojo en la canasta enorme que había en el medio del salón. Casi llegaba hasta el techo-. ¿Por qué están tan perturbados?

La mayoría de los viejos lo ignoraron y continuaron gimoteando y quejándose entre sí. Pero un hombre serio se puso lentamente de pie y se acercó a Jonathan:

-Es un mal Lord -refunfuñó- ¡lo volvió a hacer! ¡Nos engañó!

-¿Qué hizo? -preguntó Jonathan.

-Hace muchos años -dijo el hombre sacudiendo tristemente su cabeza- Lord Ponzi nos habló de un gran esquema para lograr que nadie tuviera hambre durante la vejez. ¿Suena bien, no?

Jonathan asintió rápidamente.

-Sí, eso pensamos todos. ¡Ja! -resopló en exasperación-. Bajo pena de muerte, todos, excepto ese excelso y poderoso Lord Carlo Ponzi y sus funcionarios, estuvieron obligados a contribuir con barras de pan a esa canasta gigante todas las semanas. La llamaban Canasta de Seguro Social. Quienes llegaban a los sesenta y cinco años y se jubilaban podían comenzar a sacar pan de la Canasta de Seguro Social.

-¿Contribuían todos menos Lord Ponzi y sus funcionarios? -repitió Jonathan.

-Sí, recibieron un trato especial -respondió el anciano-. Tuvimos que poner más de nuestro pan en una canasta separada exclusivamente reservada para ellos. *Ahora* sé por qué querían tener la suya por separado.

-Debe ser lindo tener pan para la vejez -dijo Jonathan.

-Nosotros pensamos lo mismo. Parecía una idea tan maravillosa porque siempre habría pan para alimentar a los mayores. Como todos podíamos confiar en la gran canasta estatal, la mayoría de nosotros dejó de ahorrar en pan para el futuro.

Sus hombros cayeron como si cargaran un peso de toda la vida. El anciano recorrió con la mirada al grupo de personas arrugadas y viejas. Señaló a otro anciano que estaba sentado en un banco cercano:

-Un día mi amigo que está allí, vio que había gente que ponía y que sacaba pan de la gran canasta. Alan calculó que la Canasta de Seguro Social pronto estaría vacía. Solía ser contador, sabes. Bueno, Alan nos advirtió.

Al oír su nombre, Alan comenzó a asentir:

-Fuimos directo a la canasta y trepamos por un costado. Nos costó trabajo, pero no somos tan débiles y ciegos como piensan esos jóvenes gobernantes. De todas formas, miramos hacia adentro y descubrimos que la canasta de alimentos ya estaba casi vacía. La noticia causó alboroto. Ahí mismo le dijimos al altísimo Lord Ponzi que más le valía que hiciera algo rápido o ¡tendríamos su pellejo en la próxima elección!

-Guau, me imagino que se debe haber asustado -dijo Jonathan.

-¿Asustado? Nunca vi a nadie tan inquieto. Sabe que tenemos mucha fuerza cuando nos unimos. Primero propuso entregarle más pan a los ancianos, comenzando justo *antes* de la próxima elección. Luego sacaría más pan a los trabajadores jóvenes, comenzando *después* de la elección. Pero los obreros anticiparon su plan y también se enojaron. Los jovenzuelos, los más inteligentes, dijeron que querían tener algo de pan ahora. Dijeron que sus despensas estaban mucho mejor protegidas contra la humedad y las ratas que la gran canasta del Estado. Además, con todo lo sucedido, la mayoría no confía en los Lores para dejárselo hasta la jubilación.

-¿Qué hizo él entonces? -preguntó Jonathan.

-Ese Ponzi siempre tiene un ángulo nuevo. Entonces propuso que todos deberíamos esperar hasta tener setenta años antes de poder comenzar a llevarnos pan de la canasta. Bueno, esto enojó a quienes estaban cerca de la jubilación y esperaban recibir pan a los sesenta y cinco como se les había prometido originalmente. Por último, Ponzi tuvo una brillante idea.

-¡Justo a tiempo! -exclamó Jonathan.

-Justo a tiempo para el día de elecciones. Ponzi les prometió ¡todo a todos! Le daría más a los ancianos y le sacaría menos a los jóvenes. ¡Perfecto! Prometió más por menos y ¡todos felices! -El viejo hizo una pausa para ver si Jonathan podía comprender lo que estaba sucediendo-. La cuestión es que las barras de pan serán más pequeñas año tras año. Sí. Las barras de pan serán eventualmente tan pequeñas que tendremos que comer cien barras en cada comida e inclusive seguiremos con hambre.

-¡Malditos embusteros! -estalló Alan-. ¡Cuando se acaben esas barras nos tendrán comiendo imágenes de pan!



CAPÍTULO 30

¿LA BRILLANTE IDEA DE QUIÉN?

rra, urra! -gritó un hombre al máximo de su capacidad. Los ancianos y ancianas quedaron alterados. Miraban a esta inesperada interrupción con asombro. El intruso era muy elegante, con un bigote cuidadosamente afeitado a la última moda. Ingresó en la sala con un cortejo de hombres vestidos con trajes negros. Lo lisonjeaban como si sus vidas dependieran de él. Su líder se acercó a la mesa a buscar una tasa de café apartando a los demás con un gesto de su mano. Como si fuera un ganado, su séquito se corrió hacia un rincón de la habitación y esperó pacientemente.

-Felicitaciones -dijo Jonathan-, por lo que sea que esté celebrando.

Jonathan se sintió obligado a servirle café a este dandi, mientras observaba las rectas líneas y la precisión de su vestimenta:

-¿Le molesta si le pregunto por qué está tan feliz?

-Para nada -dijo con orgullo-. Gracias por el café. ¡Ay! ¡Está caliente! -Bajando la tasa de café, el hombre estiró su mano hacia Jonathan diciendo-: Mi nombre es George Selden. ¿Y el tuyo?

- Jonathan. Jonathan Gullible. Un gusto.

George sacudió con firmeza la mano de Jonathan:

-Jonathan, hoy mis riquezas están aseguradas. Acabo de ganar un voto decisivo por mi invento: el metalfilosoenunpalo.

-¿Qué voto?

-Con el menor de los márgenes la Corte Suprema confirmó mi patente.

-¿Qué es una patente? -preguntó Jonathan.

George declaró alardeando:

-Es sólo *el* trozo de papel más importante de Corrumpo. El Consejo de Gobierno promulgó una comunicación dándome el uso exclusivo de una nueva y revolucionaria idea para cortar árboles. Nadie podrá utilizar un metalfiosoenunpalo sin mi permiso. ¡Seré asquerosamente rico!

Los pensamientos de Jonathan saltaron hasta la primera mujer que había visto luego de su naufragio:

-¿Cuándo inventó eso?

-Oh, yo no tuve la idea. Charlie Gooday, pobre tonto, se encargó de todo y presentó los papeles ante la Oficina de Control de las Ideas. Le pagué a Charlie una pequeña suma por los derechos a su presentación y ¡pronto dará sus ganancias! -Asintiendo por encima de los hombros a su comitiva, George agregó-: Charlie nunca habría podido contratar a esa flota de abogados por sí solo.

-Entonces ¿quién perdió la votación? -preguntó Jonathan.

George suspiró:

-Cientos de otros tipos iguales a Charlie que sostenían que habían pensado en esto antes que yo; ejem, antes que Charlie, en realidad. Algunos manifestaron que era la idea lógica más próxima a la *piedra*enunpalo. ¡Ja! Hasta la abuela de Charlie presentó un reclamo con el argumento de que ella había hecho posible sus descubrimientos. Y algún escritor intentó inmiscuirse diciendo que Charlie le robó las ideas a él. -Hizo una pausa lo suficientemente larga para tomar un sorbo de café-: Pero esta última votación fue la más dura. La demandante alegó que había unido madera y metal hacía mucho tiempo. Ahora no puedo ni recordar su nombre. En realidad no importa. Se presentaron más de veinte testigos falsos. Dijo que era una curiosidad de ella, un pasatiempo, dijo que estaba intentando hacer su trabajo más sencillo. Jugó con la simpatía de los jueces al argumentar que ella era

sencillamente una taladora de árboles y no tenía suficiente dinero para la cuota de presentación de la patente. Luego le arruiné el juego cuando di a conocer sus antecedentes criminales. ¿Mala suerte, no?

-¿Suerte? -respondió Jonathan.

-Supongo que quería un lugar en los libros de historia. Ahora, nadie sabrá de ella. -Bajando nuevamente su tasa, George se recostó contra la pared y estudió las cuidadas uñas de su mano derecha, disfrutando abiertamente de su momento de gloria-. Cada uno de estos casos tuvo un giro único -siguió George-. Algunos dijeron que yo no podía ser dueño del uso de una idea que priva de libertad a los demás. Pero la corte dijo que podía porque Charlie fue el primero en presentar los papeles y no hay lugar para quienes llegan después. Soy dueño de la idea por diecisiete años. La compré justa y honradamente.

-¿Diecisiete años? ¿Por qué diecisiete años? -preguntó Jonathan.

-¿Quién sabe? -se rió entre dientes-. Un número mágico, supongo.

-Pero si usted es dueño del uso de una idea, entonces ¿por qué termina después de diecisiete años? ¿Pierde toda su otra propiedad luego de diecisiete años?

-Emmm -George hizo una pausa y volvió a tomar café; luego a revolverlo pensativamente- buena pregunta. Por lo general no hay límite de tiempo para los derechos de propiedad, a menos que el Consejo lo expropie por un propósito social más alto. Quizá haya un propósito social más alto. Espera un momento. -Levantó su mano y un hombre que estaba en el rincón de la habitación se acercó corriendo.

Este hombre casi se arrojó al lado de George:

-¿Qué puedo hacer por usted, señor?

-Devan, dígale a este joven por qué no puedo ser dueño de la patente por más de diecisiete años.

-Sí, señor. Bueno, es así. Hace mucho tiempo las patentes sencillamente daban monopolios reales a los amigos del monarca. Hoy, sin embargo, la función de una patente -dijo Devan en una monótona voz legal- es motivar a los inventores que, de lo contrario, no tendrían ninguna razón para inventar cosas útiles o dar a conocer sus secretos. Hace un siglo, un inventor supersticioso convenció al Consejo de Gobierno de que seis meses menos que dos aprendices y medio daban

los suficientes privilegios monopólicos como para motivar a los inventores.

-Corríjame si me equivoco -dijo Jonathan, esforzándose por entender-. ¿Usted dice que los inventores son motivados por el deseo de enriquecerse impidiendo que los demás utilicen sus ideas?

George y Devan se miraron inexpresivamente. George respondió: -¿Qué otro motivo podría haber?

Jonathan se deprimió un poco ante la falta de imaginación de estas personas:

-Así que todos los fabricantes de metalfilosoenunpalo ¿les deben pagar a ustedes?

-Eso o los obligo exclusiva, cuidadosamente -dijo George.

Devan se rió nerviosamente, mirando a George de reojo:

-Ejem, bueno eso todavía no es seguro, señor. Tenemos un equipo trabajando en eso. Recuerda que al principio tuvimos que lidiar con la molesta Ley de Taladores de Árboles que impide el uso de herramientas nuevas. Tenemos agendada otra reunión con Lady Tweed hoy mismo. Si tenemos éxito en obtener una exención a la ley, entonces quizá los taladores de árboles nos hagan una oferta para sentarse sobre la nueva idea durante diecisiete años. -Volviéndose hacia Jonathan, Devan explicó-: Los taladores de árboles tienen una noción elegante, pero arcaica de que su primer modo de uso de una vieja idea debería estar protegida por encima de nuestro uso de una nueva idea. Desde el punto de vista de ellos, nosotros somos los que llegaron tarde.

George estaba perdido. Sin pensarlo comentó: -Esa Ley de Taladores es claramente antiprogresista, ¿no le parece? Sé que puedo contar con usted, Devan. Siempre está adelantado en el juego.

-Pero señor, -insistió Jonathan- ¿qué hubiera hecho si hoy no hubiese ganado en la corte?

En un grandilocuente gesto con sus manos, George agarró a Devan y a Jonathan por los hombros, guiándolos cálidamente hacia la puerta como si fuera a anunciar el fin de su conversación:

-Jovencito, si no hubiera ganado hoy puedes apostar que no estaría aquí charlando. Si pudiera derribar esa Ley de Taladores, contrataría a la mejor fábrica para hacer metalesfilososenunpalo más

rápido que cualquier competidor. Mi asistente estaría buscando otro trabajo. ¿Verdad, Devan? Quizá producción, marketing, o investigación. Cada metalfilosoenunpalo tendría que llevar la innovación más fina para estar ¡un paso adelante del resto!

-¡Oh! ¡Suena horrible! -se rió Devan con disimulo.



CAPÍTULO 31

LA DEMANDA


l ver a George dirigirse hacia la puerta, los otros que estaban en el rincón levantaron sus maletines y lo siguieron de cerca.

-Devan, -dijo George- explícame de nuevo ese problema de la responsabilidad, ¿sí?

Todo el grupo caminó rápidamente por el pasillo con los brazos de George todavía sobre el cuello de Devan y de Jonathan. El paso veloz del grupo era especialmente difícil para los que caminaban de rodillas pero se comían sus gemidos y se consolaban pensando en sus ahorros fiscales a fin de año.

-Verá, -dijo Devan- la pieza de metal podría salirse del palo y golpear a un transeúnte. Así que tenemos que protegerlo a usted y a los otros inversores.

-¿Protegerme a *mí* si el metal golpea a alguien? ¿A qué se refiere? -dijo George, haciéndole preguntas a Devan en beneficio de Jonathan.

-La persona herida podría iniciarle un juicio, intentando obligarlo a pagar por los daños: gastos médicos, lucro cesante, traumas, costos legales, etcétera, etcétera. -El ritmo del grupo se aceleró para mantenerse cerca de George.

-¡Un juicio podría arruinarme! -dijo George, simulando preocupación y observando la reacción de Jonathan de reojo.

Devan prosiguió, sin darse cuenta de que George lo estaba haciendo trabajar para Jonathan: -Así que el Consejo de Gobierno ha promulgado una nueva e ingeniosa idea para absolverlo de la responsabilidad personal por pérdidas sufridas por otros.

-¿Otra nueva idea? -repitió Jonathan sarcásticamente-. ¿Quién es el dueño de la patente?

Devan levantó una ceja, luego prosiguió, ignorando la pregunta de Jonathan: -Presentamos estos formularios y ponemos las siglas “SRL” luego del nombre de la empresa-. Sin perder un solo paso Devan logró abrir su maletín y sacar un bloc de hojas: -George, por favor firme en la línea punteada al final.

Jonathan estaba fascinado con toda esa jerga.

-¿Qué significa “SRL”? -preguntó, dando saltos para seguirles el ritmo.

-“SRL” significa “Sociedad de Responsabilidad Limitada” -dijo Devan-. Si George registra su compañía lo máximo que puede perder en un juicio es el dinero invertido. El resto de su riqueza queda a salvo de los juicios. Es una suerte de seguro que el Consejo vende por un impuesto adicional. Como el Consejo limita el riesgo de pérdidas financieras, más gente invertirá en su empresa y prestarán menos atención a lo que hacemos.

-En el peor de los casos -comentó George- podemos cerrar la empresa e irnos caminando. Luego empezamos una nueva con otro nombre. Inteligente, ¿verdad?

En ese instante los ojos de George divisaron a una joven muy atractiva que venía en dirección contraria por el vestíbulo. Al darse vuelta para mirarla cuando pasó a su lado, se tropezó y rodó, estropeando sus uñas de manicura contra la pared. ¡Ay! gritó en agonía, con sus brazos y piernas desparramados en toda dirección. Intentó levantarse del piso y se quejó por un dolor agudo en su mano y en su espalda. Sus abogados pululaban a su alrededor en frenesí, conversando frenéticamente. Algunos ayudaron a George a juntar los artículos que se le habían caído de los bolsillos mientras otros tomaban nota concentrados y dibujaban diagramas acerca de los detalles de la escena.

-¡Le haré una demanda! -gritó George, sosteniendo febrilmente sus golpeados y sangrantes dedos en un pañuelo-. ¡Aplastaré al maldito rufián responsable de esta obstrucción en el suelo! ¡Y a usted, jovencita, la veré en la corte por provocar mi distracción!

Rápido como un relámpago, varios abogados se lanzaron hacia la atractiva mujer para tomar nota de su nombre y dirección.

Impresionada por la acusación, la joven replicó: -¿Demandarme a mí? ¡Yo nunca...! ¿Sabe quién soy?

-No me importa -tronó George-. Cuanto más grande mejor. ¡La demandaré!

Temblando y luchando para controlar sus lágrimas, ella contraatacó:

-¡No puede hacer eso! Mi novio, *Carlo* -enfatizó repetidamente su importancia- bueno, *Carlo* dice que mi belleza beneficia a todos, que es un

bien público. Así lo ha declarado, ¡me lo dijo anoche! -Metió su mano instintivamente en la cartera para buscar un espejo y ver su apariencia. Su maquillaje estaba comenzando a mancharla-. Ohhh, ¡mire lo que le ha hecho a un bien público! ¡Se arrepentirá! Carlo dice que todos deberían pagar por los bienes públicos. Siempre pone mis cosméticos en su presupuesto. Bueno, se arrepentirá cuando ¡sus impuestos aumenten por esto! -Hundió el espejo en su cartera y desapareció como un trueno, lloriqueando, en busca de un tocador.

Con cierta sensación de comprensión hacia la mujer, Jonathan preguntó:

-¿Realmente la va a demandar? ¿Cómo le puede echar la culpa a ella?

Sin prestar mucha atención a nadie, George gateó por el suelo en busca de una prueba y evidencia de la negligencia de alguien. Los dedos que le quedaban sanos encontraron un desnivel en el suelo de piedra. Gritó:

-¡Ésta es la causa, Devan! Averigua quién es el responsable. Tendré su trabajo y cada centavo que tenga. ¿Y cuál es el nombre de esa mujer?

-Cálmese, George -dijo Devan-, es la novia de Ponzi. Olvídela si quiere revocar la Ley de Taladores. Sin embargo, este edificio es propiedad del Palacio y, con el permiso de los Lores, podemos demandar al pueblo. Es la máxima SRL.

Inspirado por este rayo de genialidad, George exclamó:

-¡Entonces póngalo en la agenda para Tweed! Los Lores no se preocuparán si demandamos al Palacio. El dinero no sale de sus bolsillos. Y ellos también recibirán algo. -Dijo mientras se preguntaba cuánto dinero le sacaría Lady Tweed por esto.

El dolor de George estaba desapareciendo rápidamente: -Esto me da una oportunidad con los bolsillos más profundos de todos.

-¿Le pedirá a Lady Tweed que le pague por su lesión? -preguntó Jonathan.

-No, idiota -replicó George-. Me dará el dinero de los contribuyentes. Espero que no tengas deudas, amigo. Porque ¡voy a recaudar a lo grande!

CAPÍTULO 32

VICEVERSA

onathan vendó a George lo mejor que pudo y continuaron caminando con todo el cortejo. Comenzó a darse cuenta de que el Palacio de Gobierno lo confundía en vez de ayudarlo. Se fue muy desanimado y, ahora más que nunca, estaba decidido a encontrar el puerto y un barco que lo pudiera llevar a su casa.

Tan pronto como salió del edificio casi se choca contra Mices que lo estaba esperando pacientemente con un ratón muerto entre sus garras. Jonathan comprendió que se trataba de un ofrecimiento de su nuevo compañero. "Supongo que no necesito preguntar de dónde salió esto, Mices. Gracias, pero paso." El gato se rascó una oreja con la pata trasera y luego ambos comenzaron a caminar.

En la esquina más lejana del Palacio, Jonathan vio a una mujer muy maquillada, en un vestido rojo ajustado. Cuando un hombre pasó a su lado en la calle, ella sonrió y caminó unos pasos en su dirección intentando iniciar una conversación con él. No parecía estar mendigando. No, Jonathan pensó que estaba tratando de vender algo. Cuando no tuvo éxito en su esfuerzo, esta vendedora se dio vuelta abruptamente en busca de otro cliente. Jonathan se preguntó si su aspecto exageradamente ornamentado también habría sido declarado bien público por el Lord Ponzi.

Luego vio a otra mujer con un montón de maquillaje y medias negras bajo una falda muy corta y brillante. Sus piernas no daban muestras de haber caminado de rodillas. Parecía particularmente amigable parada con una mirada audaz fija en Jonathan. Él quería preguntarle por el puerto. Pero antes de poder hablar, apareció doblando la esquina un furgón policial que maniobró para detenerse frente a él.

Salieron varios oficiales vestidos de negro y agarraron a ambas mujeres, las metieron en la camioneta gritando y pateando. Los hombres cerraron las puertas de un golpe y se fueron. Uno de los policías se quedó allí, tomando notas en un pequeño libro negro que había sacado de su bolsillo.

Jonathan hubiera deseado que cuando había sido asaltado se encontraran allí tantos policías como ahora. ¿Por qué estaban por todas partes menos cuando él los necesitaba? Quizá podría denunciar el robo y recibir ayuda.

-Discúlpeme señor, me gustaría denunciar un robo.

-Ésa no es mi división -respondió el policía sin sacar la vista de su cuaderno.

Jonathan estaba enojado: -¿Cuál es su división?

-Inmoralidad -dijo el hombre.

-¿Perdón?

-División de Inmoralidad. En nuestra división nos encargamos del comportamiento inmoral.

-Pero robar es inmoral. -Al no obtener respuesta, Jonathan preguntó-: ¿Por qué arrestaron a esas mujeres?

Finalmente el hombre sacó la mirada de sus notas y vio la cara perpleja de Jonathan:

-¿No te diste cuenta por su ropa? Esas mujeres son culpables de dar favores sexuales a hombres a cambio de dinero. Hubiera sido mejor para ellas si hubiesen hecho un trueque por esos favores.

-¿Trueque? ¿A qué se refiere con trueque? -preguntó Jonathan, que ahora estaba menos preocupado por sus propios problemas y cada vez más curioso acerca de aquellas mujeres.

-Es decir, -dijo el policía enfatizando cada palabra- esas mujeres deberían haber entretenido a sus socios luego de recibir una cena, beber, bailar, e ir al teatro en lugar de recibir efectivo. Es mejor para los negocios de la comunidad y perfectamente legal.

Jonathan estaba más confundido que nunca: -¿Entonces no se debe utilizar efectivo a cambio de favores sexuales?

-Por supuesto que hay excepciones. Por ejemplo, se puede utilizar efectivo si se filma el acto y se lo proyecta a todos en el pueblo. En ese caso es un evento público, no privado, y permitido. En lugar de ser arrestados, los participantes pueden hasta convertirse en celebridades y ganar una fortuna en contratos.

-Entonces es el intercambio de dinero para la actividad sexual absolutamente *privada* lo que resulta inmoral? -preguntó Jonathan.

-También hay excepciones para las transacciones privadas de efectivo, especialmente cuando las mujeres visten ropa más linda que la de estas prostitutas callejeras -dijo el hombre con desdén-. Las operaciones de corto plazo, por hora o una noche, son ilegales. Pero si una pareja hace un contrato permanente, de por vida, entonces se puede utilizar efectivo. De hecho, los padres muchas veces incentivan a que sus hijos hagan esos acuerdos. Los aspirantes a la nobleza muchas veces han sido reverenciados por esta clase de comportamiento. Si se hace correctamente, es un medio legítimo de mejorar el nivel social y la seguridad.

El policía terminó de tomar notas y puso su mano en un bolso. Sacó una piedraenunpalo y algunos clavos:

-¿Me darías una mano con esto?

-Claro -dijo Jonathan que seguía evaluando su información sobre la moral de la sociedad.

El oficial se dio vuelta y caminó hasta un comercio cercano. Agarró algunas tablas sueltas que estaban apiladas sobre la acera y se dirigió hacia Jonathan:

-Aquí, sostén esto. Quiero clavar estas tablas en las ventanas y puertas de este comercio.

-¿Por qué?

-Se clausuró el negocio -dijo en un tono apagado por estar sosteniendo los clavos en su boca-, porque el dueño fue hallado culpable de vender fotografías obscenas. Se está pudriendo tras las rejas.

-¿Qué es una fotografía obscena? -preguntó Jonathan con inocencia.

-Bueno, una imagen obscena es de una actividad fétida y asquerosa.

-¿El comerciante estaba realizando esta actividad "asquerosa"?

-No, él estaba vendiendo las imágenes.

Jonathan tuvo que pensarlo cuidadosamente. El policía terminó de clavar las tablas de arriba de la puerta.

-Entonces vender imágenes de actos obscenos ¿lo hace a uno culpable del acto?

Ahora fue el turno del policía de detenerse y ponderar la pregunta de Jonathan:

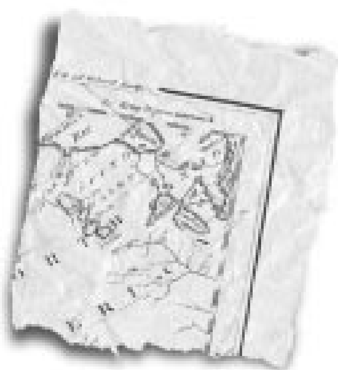
-Bueno, en cierta forma, sí. La gente que vende las imágenes es culpable de promover la actividad. Los consumidores son fácilmente influenciables, ya sabes.

Jonathan se golpeó la frente con la palma de la mano.

-Ya entiendo. Éste debe haber sido el puesto de diarios. Usted arrestó a los fotógrafos periodísticos por tomar ¡fotografías de guerras y matanzas! Pero ¿sus diarios son los culpables de promover la guerra y las matanzas sólo porque imprimen y venden imágenes de gente matándose y siendo asesinada?

-No, no. *¡Ay! Maldita piedraenunpalo!* -exclamó el oficial, sacudiendo su pulgar de dolor y vociferando una serie de insultos. Le había errado a un clavo y se había golpeado el pulgar. Levantando sus herramientas, intentó comenzar nuevamente-. La obscenidad es la actividad sexual ¡que sólo realizan los pervertidos! La gente decente condena ese tipo de comportamiento. Por otro lado, -dijo el hombre- las guerras y las matanzas son cosas sobre las cuales la gente decente y los pervertidos pueden leer y hacer juntos con la guía apropiada. De hecho, la información gráfica bélica puede ganar premios periodísticos.

Este policía estaba claramente muy ocupado con la inmoralidad como para ayudar a Jonathan con un mero asalto.



CAPÍTULO 33

ORTODOXIA

aminando por el pueblo, Jonathan oyó penetrantes gritos de agonía provenientes de la ventana abierta de un gran edificio blanco. Apresurándose a cruzar la calle para ver si podía salvar a alguien, Jonathan llegó a la ventana justo cuando se estaban cerrando los postigos. Agarró uno y se negó a soltarlo. “Vete” gritó una imperiosa mujer desde adentro. Su cara colorada de bronca contrastaba con el rígido uniforme blanco que la cubría de pies a cabeza.

-¿Qué sucede aquí? -insistió Jonathan-. ¿Por qué son los gritos?

-No es asunto tuyo. ¡Ahora suelta!

Desesperado, Jonathan se aferró aun más fuerte: -¡No hasta que me diga qué están haciendo! ¿Cómo sé que no están lastimando a alguien?

-Claro que estamos lastimando a alguien -dijo la mujer-. ¿Cómo podríamos curarlos? Confía en mí, soy médica.

-¿Lastiman a la gente para curarla?

-Hay que matar a los demonios que llevan dentro. No se los puede ayudar si no se hiere al paciente también -declaró la mujer con seguridad. Frustrada, volvió a mirar hacia la habitación para ver si habría tiempo para explicar lo obvio a este imbécil-. Oh, está bien, intentaré explicarlo de la manera más sencilla. Puedes pasar. -Y agregó haciendo un gesto-: Da la vuelta por la puerta lateral y deja a ese gato zarrapastroso afuera.

Jonathan entró en una habitación llena de gente de todas las edades nerviosamente sentados o parados hombro con hombro a lo largo de las paredes. Algunos gemían con sus brazos y piernas vendadas y entablilladas. Otros murmuraban, caminaban con ansiedad, o consolaban a sus seres queridos. Cuando la doctora abrió la puerta interior para dejar pasar a Jonathan, el lugar se silenció por completo. Todos miraban a la doctora con esperanza, y envidiosamente a Jonathan cuando pasaba frente a ellos por ese lugar sin ventanas y lleno de escritorios, empleados, y montañas de papel amontonadas hasta el techo. Finalmente ingresó en la sala de atención.

Los doctores y enfermeras estaban agrupados sobre un paciente apoyado en una mesa muy baja al alcance de quienes estaban de rodillas como así también de quienes estaban de pie.

-Para curar a este paciente -murmuró la mujer- los profesionales ortodoxos están abriéndole las venas para que los demonios fluyan hacia fuera con la sangre.

Señaló la cómoda al lado del paciente. Sobre ésta había cuchillos, sierras, velas, y botellas de diversos tamaños y formas.

-Si falla esto, nuestros hombres de la ciencia envenenan a los demonios con químicos. Arsénico, antimonio y ciertos componentes del mercurio son los preferidos. Estamos en la cumbre del progreso. Recuerda mis palabras, dentro de un siglo los médicos nos emularán. Se maravillarán con nuestros logros.

-¡¿Esos venenos no son mortales?! -se quejó Jonathan, recordando que su tío vendía esa clase de mezclas para matar ratas en su isla natal.

-No se los puede ayudar de otra forma -dijo ella reafirmando su postura-. Los cortes y la química son los únicos tratamientos seguros y efectivos.

Jonathan observó la sangrienta escena con tristeza: -¿Cuál es la enfermedad? -preguntó.

-Obesidad perniciosa.

-¿No hay otra forma de tratarla?

-¡Ja! -resopló la mujer-. Algunos sostienen lo contrario. Pero gracias a Dios, esos curanderos no tienen la licencia para administrar curaciones. Los charlatanes pretenden curar con dietas estúpidas, moldes, plantas, alfileres, plegarias, aire fresco, ejercicio, y a veces incluso, increíblemente -se rió entre dientes- ¡risa! Cuando los atrapemos los meteremos en la cárcel y ¡arrojaremos la llave!

-¿Las curaciones sin licencia funcionan? -preguntó Jonathan.

-¡Puff! Mera coincidencia -respondió. Su cara parecía hinchada e inflada. Tenía la tez gris pálido de un día nublado.

-¿Y si un paciente prefiere esos remedios? -aguijoneó Jonathan-. ¿De quién es la vida?

-¡Precisamente! -exclamó la doctora-. ¿A quién pertenece la vida? Algunos de estos pacientes egoístas piensan que la vida ¡les pertenece! Se olvidan de que la vida de cada uno pertenece a todos. Somos todos parte de una gran línea de ancestros y descendientes, vinculados incuestionablemente

a un gran todo. Por el bien de la sociedad, los profesionales entrenados deben proteger a los pacientes de su propio mal juicio. ¡Ja! ¡Algunos pacientes hasta quieren matarse!

Otro grito de dolor resonó por toda la habitación y chorreó sangre en un recipiente sobre el piso. Los asistentes relevaban las órdenes. Los instrumentales y las vendas pasaban de un lado al otro y una mirada de preocupación nubló la cara de la doctora:

-Siento su dolor -dijo.

-¿Cómo se obtiene una licencia para tomar estas decisiones de vida o muerte por las personas?

-Lleva muchos años de preparación en las mejores escuelas ortodoxas; aprobando numerosos exámenes en Ortodoxia. Los niveles son muy estrictos. Derivan de la investigación académica y de una larga tradición. En todos los niveles la certificación la otorga el Gremio Ortodoxo de Protección Benévola, tal como lo autoriza el Consejo de Gobierno. El Consejo, agradecido por nuestra dedicación y nuestras generosas contribuciones al buen gobierno, ¡nos apoya con igual generosidad!

-Después de tanto entrenamiento -dijo Jonathan-, supongo que un profesional no es barato.

-Bueno, sí y no -dijo la doctora, ajustando sus anteojos y acompañando a Jonathan hacia la puerta-. No es barato, pero el paciente no paga. Una profesión tan valiosa implica una remuneración muy alta. El Consejo de Gobierno lo mantiene así con un fuerte control sobre las decisiones.

-¿Control sobre las decisiones? -interrumpió Jonathan.

-Primero, impedimos la ansiedad del paciente eliminando la competencia: sólo quedan los profesionales ortodoxos. Segundo, protegemos a los pacientes de cualquier conocimiento acerca de los éxitos y los fracasos de los médicos. No podemos impedir los rumores, pero podemos asegurarnos de que esos rumores carezcan de base.

-¿Cómo saben los pacientes cuáles son buenos y malos doctores?

-Cualquier doctor con licencia es bueno -dijo la mujer orgullosa-. Además, como el Consejo paga todos los gastos del doctor, no importa lo que piense el paciente. Los obreros están obligados a aguardar en la fila de impuestos y los pacientes a aguardar en la fila de espera.

Rápida como un rayo lo empujó hacia fuera y cerró la puerta de un golpe.

CAPÍTULO 34

MERRYBERRIES

onathan estaba parado afuera preguntándose hacia dónde ir cuando se le acercó una mujer rechoncha y mal vestida que le murmuró: -¡Psst! ¿Quieres sentirte bien?

El pelo de la mujer estaba despeinado y olía a agua podrida. Miraba a su alrededor nerviosa y repetía en una voz estridente: *¿Quieres sentirte bien?*

Luego de la descripción del policía sobre la inmoralidad, Jonathan se sintió inseguro de su respuesta a la pregunta de la mujer. Sin embargo, parecía razonablemente seguro que esta mujer no podría estar intentando vender favores sexuales. Así que Jonathan, que era un chico honesto y sensible, respondió sinceramente: -¿Es que alguien puede querer no sentirse bien?

-Ven conmigo -dijo la señora, agarrándolo del brazo con solidez. Lo condujo por un callejón, a través de una lúgubre entrada oscura. A Jonathan esto le recordó el robo, así que intentó mantenerse detrás, sosteniendo su respiración para escudarse del hedor de la mujer. Antes de que pudiera quejarse, la mujer cerró la puerta detrás de él y le puso traba. Le hizo un gesto a Jonathan para que se sentara a la mesa. De su bolsa sacó un paquete de pequeños cigarros marrones. Eligió uno, le sacó la punta, lo encendió con un fósforo y le dio una pitada larga y placentera.

Jonathan se movió incómodamente en su asiento y preguntó: -¿Qué quiere?

Ella exhaló con fuerza una bocanada de humo al aire y dijo bruscamente: -¿Quieres *merryberries*?

-¿Qué son las *merryberries*? -preguntó Jonathan.

Los ojos de la mujer se angostaron en señal de sospecha: -¿No sabes lo que son las *merryberries*?

-No -dijo Jonathan comenzando a levantarse de la silla-, y realmente no creo que me interesen, gracias.

La mujer le ordenó que se sentara y él aceptó con desgano. Luego de dar una pitada a su cigarro y de escudriñarlo cuidadosamente, ella dijo:

-Dime, ¿no eres de por aquí, verdad?

-No tanto -dijo Jonathan lentamente preocupándose de que ella lo denunciara como un nuevo recién llegado.

Antes de poder decir nada, la mujer gritó: -¡Falsa alarma! Sal de ahí, Doobie.

De pronto, se abrió una puerta oculta detrás de un espejo largo y angosto y apareció un oficial de policía uniformado.

-¿Cómo te va? -dijo el policía, poniendo una mano sobre la nuca de Jonathan-. Soy Doobie y ésta es mi compañera, Mary Jane. Perdón por la molestia pero somos agentes encubiertos tras el tráfico de *merryberry*. -Volviéndose hacia Mary Jane agregó-: Me muero de hambre. Compensemos a este joven con un pequeño refrigerio.

Ambos sacaron cajas, paquetes, botellas y jarras de toda clase de tamaños y formas de la despensa. Cuando habían abierto y esparcido todo en la mesa, ambos se sirvieron. Jonathan respiró finalmente exhalando un suspiro de alivio y se le hizo agua la boca al ver semejante festín. Había toda clase de pasteles: pan fresco, manteca y mermelada, fetas de queso, bombones de chocolate, y otras sabrosas delicias. Doobie agarró un pedazo de galleta y le untó manteca y con sus dedos le puso una gruesa capa de mermelada encima.

-Sírvete -dijo entre bocados de comida y recorriendo la mesa con su mano-, no es una cafetería política para el Escuadrón *Merryberry*, ¿verdad Mary Jane? -Riéndose infantilmente, casi se atraganta con el bombón que acababa de poner en su boca.

Jonathan se sirvió una rodaja de pan con mermelada y comió con desesperación. Haciendo una pausa para sacar una conversación, preguntó: -¿Qué son las *merryberries*?

Mary Jane se sirvió una tasa de café y le agregó tres cucharadas de azúcar. Mientras revolvía una pesada crema dentro de la tasa, respondió: -¡Realmente no lo sabes! Bueno, las *merryberries* son una fruta prohibida. Si hubieses intentado comprarme *merryberries*, entonces habrías ido a prisión de diez a veinte años. -Mary Jane y Doobie se miraron por un momento y al instante comenzaron a reírse.

El fuerte trago de Jonathan se pudo oír en toda la habitación. Acababa de salvarse de la prisión.

-¿Pero qué tienen de malo las *merryberries*? ¿Enferma a la gente? ¿O la hace violenta?

-Peor aún -dijo Doobie mientras se limpiaba la boca de mermelada y manteca con la manga de su camisa-, las *merryberries* hacen que las personas se sientan bien; se sientan tranquilas y sueñen.

-Asqueroso -agregó Mary Jane encendiendo un grueso cigarro y dándoselo a Doobie. Agarró una galleta y untándola con generosas capas de queso crema, murmuró-: es un escape de la realidad.

-Sí -dijo Doobie, ajustando el cinturón de su arma para estar más cómodo y mascullando a través de otro bocado de galleta. Jonathan nunca había visto que alguien atiborrara su boca con comida tan rápido-. Los jóvenes de hoy en día no se responsabilizan de sus vidas. Así que caen en las *merryberries* como un escape, nosotros los traemos de vuelta a la realidad. Los arrestamos y los encerramos tras las rejas.

-¿Eso es mejor para ellos? -preguntó Jonathan, buscando una servilleta discretamente.

-Claro -respondió Mary Jane-. ¿Quieres un trago de whisky, Doobie?

Dobbie sonrió y le acercó un vaso grasiento. Ella lo llenó hasta el borde con un líquido marrón proveniente de una jarra. Volviendo a la pregunta original de Jonathan, ella respondió:

-Verás, las *merryberries* son adictivas.

-¿A qué se refiere?

-Significa que siempre quieres más. Sientes como si las necesitaras para continuar viviendo.

Jonathan pensó en esto un momento. -¿Cómo la comida? -dijo casi sin poder ser oído por encima del fuerte eructo que estalló en Doobie.

Doobie se rió entre dientes satisfecho mientras bajaba su segundo vaso de whisky, luego dio una profunda pitada a su cigarro: -No, no. Las merryberries no tienen ningún valor nutritivo y hasta pueden ser perjudiciales. Pásame el cenicero ¿sí, Mary Jane?

-Y si las *merryberries* son perjudiciales -dijo Mary Jane, mientras bajaba un pedazo de chocolate con su café-, entonces todos tendríamos que pagar por el tratamiento médico de esos pobres infelices. Verás, el Consejo de Gobierno nos ha solicitado compasivamente a todos que paguemos por el tratamiento médico de toda persona, sin importar

cuán estúpidos sean su comportamiento o sus hábitos. Así que, los consumidores descontrolados de *merryberry* serían una carga sobre todos nosotros.

-Si la gente se daña a sí misma, ¿por qué deberían ustedes pagar por las locuras de ellos?

-Es lo que humanamente uno debe hacer -dijo Doobie, ahora un poco ebrio. Sus manos volaban por el aire con cada idea que le venía a la mente-. Solucionamos problemas humanos. Los Lores deben pagar por un montón de problemas, ya sabes, como nuestros salarios y las grandes prisiones. Y no olvides que el año pasado el Consejo de Gobierno tuvo que ayudar a los agricultores de tabaco y de azúcar para superar un mal año. Hay que alimentar al pueblo, ¿no crees? Los impuestos resuelven estos problemas y muchos más. Los impuestos cuidan a los que se enferman. Es lo decente, lo civilizado. Pásame el whisky, Mary Jane.

Mary Jane le pasó la jarra y asintió. Entonces encendió un nuevo cigarro uniéndolo a la punta del anterior. Doobie estaba embrollado:

-Porque nosotros estamos obligados a ayudar a todos, nosotros debemos controlar lo que hacen todos.

-¿Nosotros? -preguntó Jonathan.

-¡Burp! -eructó Doobie-. ¡Perdón! -Sacó una petaca del bolsillo de su camisa-. Cuando digo nosotros no hablo de ti y de mí personalmente. Me refiero a que los líderes políticos deciden por nosotros qué es un buen comportamiento y quién debe pagar por el mal comportamiento. De hecho, está bien pagar por lo que está mal. ¿Eso tiene sentido, Mary Jane? De todas formas, los Lores no se equivocan al tomar estas decisiones como lo haría cualquiera de nosotros. -Doobie se detuvo para tomar un par de píldoras rojas. Sus palabras comenzaron a no ser claras-. Es curioso, supongo que siempre digo 'nosotros' cuando hablo de ellos. Mary Jane, ¿quieres un par de estas pastillas para calmar tus nervios?

-Gracias, pero no -dijo con gracia. Ella le pasó una delicada cajita de metal agregando-: mis hermosas pacificadoras rosas funcionan mucho más rápido. Casi no puedo empezar el día sin mi café y una de éstas. Toma, prueba una si quieres. Es lo último en química.

Jonathan reflexionó acerca de los políticos que él había conocido hasta el momento:

-¿Son los políticos lo suficientemente inteligentes como para orientar al pueblo hacia el buen comportamiento?



-¡Claro! -bramó Doobie, mientras se hamacaba hacia atrás con la silla. Bebió otro trago de whisky para tragar un manojo de píldoras rosas y le dijo-: Y si la gente no se comporta correctamente, de seguro les enseñaremos responsabilidad a esos vagos ¡cuando vayan a prisión! -Doobie comenzó a insistir para que los demás se le unieran en una ronda de tragos.

-No, gracias -dijo Jonathan-. ¿A qué se refiere con responsabilidad?

Mary Jane se movió para servir un poco de whisky en su café antes de agregarle más azúcar y crema.

-No sé cómo... bueno, Doobie, tú puedes explicarlo.

-Ehhh. Déjame pensar -Doobie inclinó su silla hacia atrás y dio una pitada a su cigarro. Podría haber parecido sabio salvo porque casi pierde el equilibrio. Recuperándose dijo-: La responsabilidad debe ser aceptar las consecuencias de nuestras acciones. ¡Sí, eso es! Es la única forma de crecer, sabes, de aprender. -El humo en torno a Doobie se hacía cada vez más pesado a medida que éste fumaba más rápidamente intentando pensar acerca de la responsabilidad.

-No, no -interrumpió Mary Jane-. Eso es demasiado egoísta. La responsabilidad es hacerse cargo de los *otros*. Ya sabes... cuando los apartamos del daño, cuando los protegemos de ellos mismos.

Jonathan preguntó: -¿Qué es más egoísta? ¿Encargarse de uno mismo o encargarse de los demás?

-Hay sólo una forma de desentrañar esto -declaró Doobie. Se paró erguido tirando la silla al suelo-: Llevémoslo al Gran Inquisidor. Si alguien puede explicar qué es la responsabilidad, ¡ése es él!

CAPÍTULO 35

EL GRAN INQUISIDOR

as sombras se habían alargado. Ya estaba avanzada la tarde cuando Jonathan y sus dos nuevos compañeros, Mary Jane y Doobie, emergieron del callejón. Jonathan se alegró de que se les uniera Mices mientras todos caminaban hacia el parque. Las personas, algunas de pie y otras de rodillas, entraban al parque y se reunían en torno a un montículo en el centro.

-Bien -dijo Mary Jane-. Llegamos temprano. Pronto esta zona estará llena de gente que quiere oír la verdad del Gran Inquisidor. Él te responderá todas las preguntas.

Se sentaron sobre una pequeña loma de césped. Doobie, superado por la comida y el whisky, rápidamente se recostó y se durmió. Mary Jane se quedó callada. Las familias se instalaban debajo de los árboles, expectantes.

De pronto se pudo ver a una figura alta y flaca vestida en su totalidad de negro que caminó hasta el medio de los allí reunidos. Sus ojos recorrieron lentamente las caras que lo miraban fijo. El murmullo de la multitud se detuvo y todo quedó en silencio.

“¡La paz es guerra! ¡La sabiduría es ignorancia! ¡La libertad es esclavitud!” La voz fuerte del hombre parecía surgir del suelo y penetrar el cuerpo de Jonathan. Éste miró pasmado a la multitud. Nadie parecía confundido en lo más mínimo por las palabras del Gran Inquisidor.

Casi sin darse cuenta de que estaba hablando, Jonathan dijo bruscamente: -¿Por qué decir que la libertad es esclavitud?

Mary Jane, sorprendida por la actitud de Jonathan lo reprendió en un murmullo: -Dije que tendrías respuestas a todas tus preguntas; no dije que podías hacerle preguntas.

El Gran Inquisidor fijó una mirada penetrante en el joven interventor. ¿Quién se animaba a interrumpir su conferencia? Nadie se movió. Nadie más en el público tenía el descaro de cuestionarlo. El único sonido era un leve susurro del viento en las hojas. Entonces el Gran Inquisidor gruñó, en

parte hacia Jonathan, en parte a la tribuna:"La libertad es la mayor de todas las cargas de la humanidad". Rugiendo con todas sus fuerzas el hombre elevó sus brazos y cruzó sus muñecas sobre su cabeza: "¡La libertad es la más pesada de las cadenas!"

Jonathan insistió: -¿Por qué la libertad es una carga? ¿Qué tiene de malo? -No podía detenerse. Quería saber de qué estaba hablando ese tipo.

Acercándose a Jonathan con dos largos pasos, el hombre siguió adelante: "La libertad es un peso monumental sobre los hombros de hombres y mujeres porque requiere, no, exige el uso de la mente y la voluntad." Con un rugido de dolor y horror, el Gran Inquisidor advirtió: "¡El libre albedrío los haría absolutamente responsables de sus propias acciones!" El público retrocedió ante sus palabras y algunos incluso se taparon las orejas de miedo.

-¿A qué se refiere con responsable? -preguntó Jonathan con voz vacilante. Después de todo, ése era el tema por el cual Mary Jane y Doobie lo habían llevado allí.

Irritado por la impertinencia de Jonathan, el Inquisidor decidió tomar otra dirección. Pareció retroceder, su cara se suavizó en una expresión amable. Se agachó para arrancar una flor que crecía al lado de su pie. "Algunos de ustedes, queridos hermanos y hermanas, pueden no darse cuenta de los peligros de los cuales hablo. Cierren sus ojos e imaginen esta pequeña planta en mi mano." Su voz era solemne y acariciaba a la multitud.

Todos, menos Jonathan, cerraron sus ojos firmemente y se concentraron. Hipnóticamente, el Gran Inquisidor comenzó a describir una situación. "Esta pequeña planta no es más que un frágil trozo de arbusto, enraizado en el suelo y fijo sobre la tierra. No es responsable de sus acciones. Todas sus acciones están preestablecidas. Ah, ¡la belleza de un arbusto!"

"Ahora, queridos, imaginen a un animal. Un lindo e inquieto ratoncito corriendo en busca de alimento entre estas plantas inmóviles. Esta criatura peluda no es responsable de sus acciones. Todo lo que hace un ratón está predeterminado por la naturaleza. Ah, la naturaleza. ¡Animal feliz! Ni las plantas ni los animales sufren la carga de la voluntad porque ninguno enfrenta decisiones y valores. ¡Nunca se pueden *equivocar*!"

En el público algunos murmuraron, extasiados: “Sí, Gran Inquisidor, sí, sí, así es”.

Este líder carismático se irguió siendo aun más alto y prosiguió: “¡Abran sus ojos y miren a su alrededor! Un ser humano, que sucumbe a las decisiones y los valores, puede *equivocarse*. ¡Se los digo yo! Las decisiones equivocadas pueden lastimarlos y lastimar a otros. Incluso el conocimiento del daño potencial les hará sufrir. Y ese sufrimiento es... responsabilidad”.

La gente se estremeció y se amontonó un poco más. Un chico que estaba sentado al lado de Jonathan, de pronto gritó: “Oh, por favor, maestro. ¿Cómo podemos evitar este destino? Díganos cómo librarnos de esta terrible carga”.

“Será un trabajo difícil, pero juntos podemos conquistar esta temible amenaza.” Entonces habló en una voz tan suave que Jonathan tuvo que inclinarse hacia delante para poder oír sus palabras. “Confíen en mí. Tomaré las decisiones por ustedes. Quedan liberados de toda la culpa y el sufrimiento que les provoca la libertad. Soportaré yo toda la carga.”

Entonces el Inquisidor soltó sus brazos a lo alto y gritó: “Ahora adelante, todos ustedes. Recorran todas las calles y callejones, golpeen en todas las puertas. ¡Consigan el voto como les he indicado! La victoria está a mí alcance, ¡*su* tomador de decisiones en el Consejo de Gobierno!”. Y la multitud gritó su aprobación, se levantaron como si fueran uno y se dispersaron en todas las direcciones. Se empujaron y codearon, ansiosos de ser los primeros en llegar a la calle.

Sólo quedaron Jonathan y el Gran Inquisidor, y Doobie que ahora estaba roncando. Jonathan se quedó sentado con escepticismo. Observó la loca carrera del grupo, luego espió la cara del hombre de negro. El Inquisidor miro más allá de Jonathan, hacia la distancia. Finalmente, Jonathan rompió el silencio atemorizante con una última pregunta:

-¿Cuál es la virtud de entregarle todas las decisiones a usted?

-Ninguna -respondió el Inquisidor con una sonrisa despreciativa-. La virtud sólo puede existir si hay libertad de elección. Y mis seguidores, mi gente, prefieren la serenidad antes que la virtud. Mientras que tú,

pequeño preguntón, ¿qué prefieres? Ayúdame a ganar las elecciones y puedo encargarme de lo que deseas. Déjame, también decidir por ti. Entonces tus preguntas no importarán.

Sin palabras, Jonathan se retiró. La risa del Gran Inquisidor se oyó a sus espaldas.



CAPÍTULO 36

JUEGO DE NIÑOS



Jonathan lo atrajo el vasto verdor del parque como le sucedía siempre con los espacios abiertos en su pueblo natal. Correteando pájaros, Mices estaba a sus anchas.

Jonathan se detuvo a atarse los cordones de sus zapatos mientras avanzaba por un sendero que atravesaba el césped. Al agacharse y ajustar los cordones, Jonathan vio a un niño muy pequeño que estaba haciendo garabatos sobre un bloc de hojas. Vio a este pequeño acercarse a otro niño, arrojarle uno de los garabatos a sus pies, luego levantar el juguete del niño y correr de vuelta hacia su padre. El padre, un hombre robusto vestido con una holgada bata negra, puso el juguete sobre la mesa de picnic y le habló. Luego de un minuto el hombre puso el juguete en un gran maletín marrón, palmeó a su hijo en la cabeza y lo empujó suavemente hacia otro niño del otro lado del área de juego. Esto se reiteró varias veces y en cada ocasión otro niño se quedaba llorando cuando este chico seguía las instrucciones de su padre para robar juguete tras juguete. Jonathan se sintió obligado a hacerle frente al padre del niño:

-Señor, si no le molesta que le pregunte, ¿por qué le enseña a su hijo a sacarle los juguetes a otros niños? No me parece que eso esté bien y esos chicos están muy tristes.

El hombre se quedó inmóvil, sin sacar un ojo de su inquieto hijo:

-Sí, esos bebés lloran mucho, ¿verdad?

-Pero señor -presionó Jonathan-, ¡su hijo les está sacando los juguetes!

-Es sólo un pequeño juego que le enseñé: se llama “Confiscación”.

-¿Confiscación? Puede que sea un juego sólo para él, porque los otros chicos no parecen estar jugando.

-¡Es parte de la diversión! -respondió el hombre mientras ordenaba su maletín y organizaba la creciente colección de juguetes que había dentro-. Mi hijo, Ricco, juega a ser policía de limpieza. Ricco toma nota de lo que los niños están haciendo mal. Quizá los acusa de comer tierra o de ponerse juguetes sucios en sus bocas.

-No importa -el hombre se encogió de hombros-. Luego arresta al juguete y me lo trae a mí. Yo hago el papel del juez.

-¿Juez?

-Claro. Le hago algunas preguntas al juguete y como se niega a responder, lo arresto.

-¿Arresta a un juguete?

-Sí, por no responder a mis preguntas.

-Pero los otros niños no quieren jugar su juego -insistió Jonathan-. ¡Pierden todo!

-¿Y? No tiene nada que ver con ellos. Ricco sólo está arrestando a los juguetes por mal comportamiento.

-¿Está arrestando juguetes? ¡Un juguete no se puede comportar bien o mal!

-Bueno, en realidad no sabemos eso ¿o sí? -gruñó el hombre. Sus ojos se estrecharon mirando esquivamente a Jonathan-. Los juguetes nunca negaron las acusaciones, ¿o sí?

-Pero son cosas. ¿Cómo podrían responder?

-No es mi problema.

Jonathan insistió: -¿Y si los otros chicos se oponen? ¿Cómo recuperan sus juguetes?

-Pueden venir a mí, el Juez. Primero deben entregarme otro juguete y probarme satisfactoriamente que no ha habido ningún mal comportamiento. Si estoy de acuerdo con ellos, en lugar de mi queridísimo hijo, pueden quedarse con sus juguetes. Pero no sucede a menudo.

-¿Los padres no se oponen?

El hombre se paró con sus dos metros de altura e inclinó sus sobresalientes ciento veinte kilos sobre Jonathan para decir:

-¿Crees que se opondrían?

Jonathan quedó bloqueado:

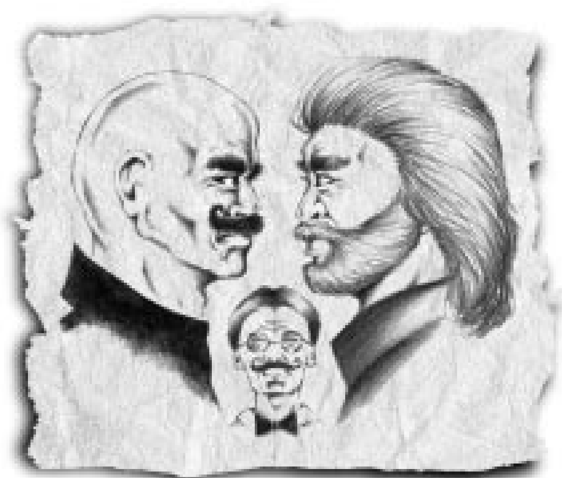
-Supongo que no. No me malinterprete, señor, sólo estoy intentando comprender las reglas de su juego.

-Luego de un momento de dudas agregó-: ¿Qué hace con los juguetes?

-Los vendo para ganarme la vida. Con el dinero extra podemos pasarnos todo el día de vecindario en vecindario jugando al Juego de la Confiscación. Es realmente divertido si estás del lado correcto y desalienta

a los niños a comer mugre. Un día el pequeño Ricco crecerá y se unirá al Escuadrón Merryberry. Son los profesionales.

Jonathan se quedó congelado en el momento. Sintió la presencia de alguien. Vio al pequeño mocoso justo detrás de él, garabateando una de sus desagradables notas. Era momento de irse y Jonathan se apresuró. Mices se fue con él, abandonando una presa.



CAPÍTULO 37

LEY DEL PERDEDOR

alculando el ángulo del sol, Jonathan quiso que fuera la hora de su encuentro con Randi. Frecuentemente pensaba en su ofrecimiento y estaba deseoso de ese refrigerio gratis. Además, realmente quería volver a verla. Mientras regresaba cruzando el pueblo podía oír los ruidos de una gran multitud. Dobló en la esquina y vio a otra multitud, gritando y vociferando en un espacio vacío frente a los edificios A, B y C.

Atrapado por la excitación, Jonathan se unió a ellos mientras empujaban y presionaban hacia la plataforma central. Sorprendido, vio que todos en la multitud lucían una clase de cinto ancho o sujetador en sus espaldas. Se preguntó si se darían cuenta de que él no lo llevaba.

Jonathan miró a su alrededor, desesperado por saber qué sucedía. Sobre una plataforma de un metro de altura, había una persona gritando al máximo de su capacidad:

-En este rincón, con un peso de ciento dieciséis kilos, el campeón de la Competencia Internacional de Trabajadores, invicto por cinco meses, el Tigre Terrible ¡Karl “el Demoledor” Marlow!

La multitud se enloqueció con gritos, abucheos, y aplausos.

Entre la gente había un hombre con una cicatriz en su cara que estaba sentado a una mesa cuadrada, barajando diestramente un montón de papeles y fajos de dinero.

-Discúlpeme, señor... -comenzó Jonathan.

-Haz tu apuesta, hijo. Sólo te quedan unos segundos antes de que empiece el próximo round -ladró el hombre.

En ese momento una ansiosa mujer lo codeó a Jonathan hacia un lado y puso un manojo de billetes sobre la mesa: -Cincuenta al campeón, ¡rápido! -exigió.

-Muy bien, señora -dijo el hombre. Selló un boleto y lo arrancó de su libro-: -Aquí está el recibo de su apuesta.

Entonces el anunciador se paró sobre la plataforma y gritó:

-Y en el rincón opuesto, el retador, con un peso de ciento veintidós kilos de puro músculo, el estibador de nudillos asesinos...

Volviéndose al hombre que estaba en la mesa, Jonathan preguntó:

-¿Hay algún problema? ¿Va a haber una pelea?

-Una pelea seguro, pero difícilmente haya problemas -dijo el hombre haciendo una mueca-. Nunca fue tan buena. Por aquí, una pelea es una verdadera bendición.

Sonó la campana y el hombre gritó a la multitud "¡Apuestas cerradas!". Comenzó la pelea con los dos hombres arrojando puñetazos y esquivando los golpes del otro.

Sin levantar la mirada de sus apuestas y de los fajos de dinero, el hombre pudo darse cuenta de que a Jonathan le molestaba la violencia.

-Escucha, hijo, no hay nada de qué preocuparse. Tanto el ganador como el perdedor se llevarán un manojo de dinero a casa. Saben en lo que se están metiendo y ambos obtendrán un premio.

Uno de los hombres cayó repentinamente al suelo, derribado por un sólido golpe. La multitud rugió con entusiasmo mientras el levantador de apuestas comenzaba a acomodar el dinero en una caja de hierro.

-¿Ambos obtendrán un premio? -preguntó Jonathan.

-Claro -dijo el hombre-. Es la pelea más popular de la isla porque a veces el perdedor puede beneficiarse más que el ganador.

Los ojos de Jonathan se abrieron aun más:

-¿Podría alguien, incluso yo, hacerse rico perdiendo?

-No todos pueden ser parte del juego -respondió el hombre. Mirando cuidadosamente a Jonathan, preguntó-: ¿Eres un trabajador empleado lucrativo de esta comunidad? Tienes que tener un buen trabajo que perder antes de poder enfrentar al campeón.

-Bueno, no, no por ahora -dijo Jonathan, más que sorprendido-. No lo comprendo. ¿Por qué un obrero habría de arriesgar su trabajo para enfrentar al campeón?

Sonó la campana indicando el fin de otro round. El público se tranquilizó y ahora podían hablar sin gritar.

-Ésa es la idea. ¿No has oído hablar de la Ley del Perdedor? ¿En dónde has estado? No todos saltan al cuadrilátero, pero algunos aman la agitación. Algunos incluso piensan que pueden ser los nuevos campeones. Y la Ley del Perdedor les quita gran parte del riesgo. El perdedor no tiene que preocuparse por su salario o las cuentas del doctor.

-¿Por qué no?

-Porque la Ley del Perdedor establece que el empleador de la persona debe pagarlo todo. Si lo hace bien, un perdedor puede obtener más dinero que cuando estaba trabajando. Nunca se había visto una pelea tan inspirada hasta que llegó la Ley del Perdedor.

Jonathan elevó su cuello por encima de la multitud y vio a un hombre caído en el rincón con un asistente que le ponía una esponja en la cara.

-¿Pero el jefe no debería compensar al obrero sólo por los daños ocurridos dentro del trabajo? ¿Qué tiene que ver el empleador con esta pelea?

-En realidad, nada. Escucha, hijo, el obrero *dice* que se lastimó, ¿verdad? Y *dice* que no puede volver a trabajar, ¿sí?

-Entiendo -replicó Jonathan, intentando seguirlo.

-Y si él *dice* que la lesión sucedió en el trabajo, el empleador debe probar que el obrero está mintiendo. Eso es virtualmente imposible.

-¿Quiere decir que el trabajador herido puede mentir para obtener el dinero?

-Eh, se sabe que ha sucedido -dijo el hombre con un gesto de disimulo-. No me malinterpretes, la mayoría de los trabajadores del pueblo no mienten. Pero la Ley del Perdedor premia a quienes lo hacen. Y, a medida que aumentan los seguros y los impuestos, las empresas cierran, los

trabajadores que no siguen el juego pierden de todas formas. Así que todos los días tenemos más jugadores. Todos los aquí presentes compitieron alguna vez. A quienes no les gusta la idea de simular una herida simplemente se suben al cuadrilátero y se enfrentan por algunos rounds con el Demoledor.

-¿Pero por qué los empleadores no pueden probar la mentira? -preguntó Jonathan.

-Me duele la espalda, hijito. ¿Puedes probar que no es así? -El hombre hizo una seña hacia la multitud y agrego-: todos tenemos dolores de espalda y todos testificaremos por los demás que es por culpa del trabajo. No han logrado probar una mentira en más de cuarenta años.

Finalmente Jonathan entendió por qué todos llevaban esos cintos y sujetadores especiales.

-¿El Consejo hace algo acerca de las mentiras?

El hombre se rió entre dientes.

-¡Bess Tweed es la mejor maestra que hemos tenido! Nos apoyará en cualquier cosa ya que somos leales a ella en el Día de Elecciones. Es una relación favorable.

-¡Policía! -gritó alguien en el público. Docenas de personas se pusieron de rodillas. El hombre de la mesa rápidamente cerró su caja de dinero, plegó la mesa y simuló estar caminando de rodillas con indiferencia entre la multitud en torno al cuadrilátero. Comenzó a silbar despreocupadamente.

Jonathan recorrió a la muchedumbre con su mirada en busca de la policía.

-¿Qué sucede? ¿La pelea es ilegal? -preguntó.

-Por Dios, no -respondió el hombre con calma-. A la policía le gusta tanto una buena pelea como a cualquiera de nosotros. Están en contra de las apuestas independientes. El Consejo de Gobierno dice que apostar es inmoral salvo en el Pabellón de los Intereses Especiales donde el Consejo se queda con una parte de las ganancias. En lo que a Tweed respecta, bueno, ella piensa que es mejor que ahorremos nuestras apuestas para las elecciones.

Entonces en ese momento sonó la campana nuevamente y el público festejó. De la nada, apareció Randi.

-¿Dónde está tu gato?



CAPÍTULO 38

LA BANDA DE LA DEMOCRACIA

o hubo tiempo para saludarse. Del otro lado de la cuadra alguien gritó: "¡Son ellos! ¡La Banda de la Democracia! ¡Cúbranse!".

"Corran, corran" gritó un chico que pasó a gran velocidad junto a Jonathan.

Randi tenía una mirada de terror en su cara. "¡Debemos irnos de aquí rápido!" Los policías fueron los primeros en desaparecer. La multitud se dispersó en todas las direcciones; muchos de los que la conformaban se sacaban los sujetadores para correr más rápido. Tres familias enteras, con niños en brazos, corrían bajando las escaleras del Edificio B y arrojaban sus pertenencias hacia amigos que los esperaban más abajo. Juntaron sus cosas y se apresuraron a irse calle arriba.

Unos momentos después el lugar estaba casi vacío. Sólo se veía cómo los más lentos, con los brazos repletos de paquetes o de niños se alejaban de la amenaza. En el extremo lejano de la calle una estructura estalló en llamas. Sin moverse, Jonathan agarró el brazo de Randi.

-¿Qué está sucediendo? -exigió-. ¿Por qué están todos tan atemorizados?

Tironeando con fuerza para librar su brazo, Randi derribó a Jonathan al suelo y gritó:

-¡Es la Banda de la Democracia! ¡Más vale que te vayas de aquí rápido!

-¿Por qué?

-No hay tiempo para preguntas, ¡vamos! -gritó. Pero Jonathan se negó a ser arrastrado. Muerta de miedo, ella gritó nuevamente-: ¡Vamos o nos atraparán a ambos!

-¿Quiénes?

-¡La Banda de la Democracia! Jonathan, rodean a cualquiera que encuentran y votan qué hacer con él. Le quitan el dinero, lo encierran en una jaula, o lo fuerzan a unirse a la banda. ¡Y no hay nada que se pueda hacer para detenerlo!

La cabeza de Jonathan daba vueltas. ¿En dónde estaría esa policía ubicua ahora?

-¿La ley no protege a la gente de dichas bandas?

-Mira -dijo Randi, todavía forcejeando para soltarse de Jonathan-, ahora corre y habla después.

-Hay tiempo. Dime, rápido.

Ella miró por encima de su hombro. Tragó con fuerza y habló frenéticamente.

-Está bien. Cuando la banda se formó por primera vez, la policía la llevó a la corte por sus crímenes. La banda argumentaba que sencillamente estaba siguiendo el principio de gobierno de la mayoría, el mismo principio que es la base de nuestra ley y de nuestros tribunales. Sostenían que los votos determinan todo: ¡la legalidad, la moralidad, todo!

-¿Fueron procesados? -preguntó Jonathan. Ahora la calle estaba completamente desierta.

-¿Correría ahora si hubiesen sido procesados? No, los jueces votaron tres contra dos en su favor. El "Divino Derecho de las Mayorías" lo llaman. Desde entonces la banda ha estado libre para ir tras cualquiera que ellos puedan superar en número.

Las reglas y costumbres sin sentido de la isla finalmente saturaron a Jonathan.

-¿Cómo puede vivir la gente en un lugar así? ¡Debe haber una forma de defenderse!

-Sin armas, la única defensa que tenemos contra la Banda de la Democracia es unirnos a otra banda con más miembros.

Jonathan la soltó y ambos salieron corriendo. Avanzaron más y más, por callejones, pasando portones, doblando esquinas, cruzando plazas. Randi conocía el pueblo tan bien como la palma de su mano.

Ambos siguieron corriendo hasta que estuvieron exhaustos. Finalmente, mucho más allá de las calles y las casas, treparon una empinada cuesta bien por encima del pueblo con la esperanza de estar a salvo. Los últimos rayos de sol murieron en el Oeste y Jonathan vio el comienzo de nuevos focos de fuego en la ciudad. Los sonidos de gritos distantes y alaridos llegaban ocasionalmente a su escondite.

-No puedo avanzar más -dijo Randi sofocada, con su cabello marrón sobre los hombros hecho una maraña. Se recostó contra un árbol, jadeando para recobrar aire. Jonathan se sentó y se apoyó contra una pierda, exhausto. La alocada corrida había roto el vestido de ella y la había despeinado-. Me pregunto qué le habrá sucedido a mis amigos -dijo ella con tristeza.

Jonathan también se preocupó. Pensó en la pareja de ancianos que tan buen cuidado le habían proporcionado la noche anterior y en su pequeña nieta, Louise. Todo individuo parecía impotente en este mundo extraño.

-Randi, es muy malo que tu gente pelee todo el tiempo. Muy malo que no tengan un *buen* gobierno que mantenga la paz.

Randi lo miró fijamente y se sentó junto a él.

-Estás confundido. Desde que la gente tiene memoria ha aprendido a sacarle algo al otro por la fuerza. ¿Quién crees que fue su maestro?

Jonathan frunció el entrecejo y respondió:

-¿Quieres decir que alguien les *enseñó* a usar la fuerza?

-No sólo alguien. La mayoría del pueblo aprendió con el ejemplo diario de sus vidas.

-¿Por qué el Consejo de Gobierno no los detiene? Para eso está el gobierno, ¿no es así? ¿Para proteger a la gente de la fuerza?

-El Consejo *es* la fuerza -dijo Randi enfáticamente-, y la mayor parte del tiempo es utilizado contra la gente en lugar de en favor de ella. Piénsalo de esta forma. Está mal atacar a la gente ¿verdad? Así que tenemos el derecho de defendernos. Es difícil hacerlo solos, así que le pedimos a otros que nos ayuden. Así comenzó el Consejo. Pero tan pronto como

tuvieron poder, lo utilizaron en nuestra contra; contra la misma gente que les dio poder.

Ella vio la mirada inexpresiva de Jonathan. Frustrada porque él no tenía la menor idea de lo que ella estaba diciendo, le puso el dedo índice sobre el pecho y dijo:

-Escucha, cuando quieres algo de otra persona, ¿cómo lo obtienes?

Sintiendo aún su marca por el robo, Jonathan respondió: -Quieres decir ¿sin usar una pistola?

-Sí, sin una pistola.

-Bueno, intento persuadirlo -respondió Jonathan.

-Bien. ¿O...?

-O… o ¿podría pagarle?

-Sí, es una forma de persuasión. De hecho, una más.

-Emmm. ¿Voy al Consejo de Gobierno y pido una ley?

-Exactamente -dijo Randi-. Con el gobierno no tienes que persuadir o pagarle a los demás. No tienes que confiar en la cooperación voluntaria. Si pones al Consejo de Lores de tu lado, ya sea mediante el voto o el soborno, entonces puedes obligar a los demás a hacer lo que *tú* quieras. Por supuesto, cuando otro le ofrece más al Consejo, entonces puede forzarte a ti a hacer lo que *él* quiera. Y los Lores ganan siempre.

-Pero pensé que el gobierno unía a la sociedad.

-Por el contrario, el poder de la fuerza destruye la cooperación. Cualquier mayoría puede obtener lo que quiera, y la minoría tiene que aguantárselo. Es legal, pero la minoría sigue sin convencerse, con rencor y hostilidad. El favoritismo y la pobreza resultantes son resentidos con mucha bronca.

Esto le recordó a Jonathan las historias que había oído en su infancia acerca del notorio Sheriff de Nottingham. El Sheriff utilizaba el poder de su puesto gubernamental para robar a ricos y a pobres; para enriquecerse a sí mismo y a sus aliados. Jonathan recordaba con dificultad el haber festejado cuando supo que las víctimas finalmente se habían rebelado contra ese Sheriff tiránico.

Randi dirigió la mirada de Jonathan hacia el fuego de más abajo.

-Mira los disturbios allá abajo -dijo ella-. La fibra de la sociedad está siendo destruida por esta constante lucha por el poder. Por toda la isla,

los grupos que pierden muchos votos, algún día, explotarán de frustración. Desafortunadamente, no siempre quieren poner *fin* a la fuerza. Simplemente la quieren de su lado.

Una lágrima comenzó a caer por su mejilla.

-Pronto iré en busca de mi padre. Establecimos un lugar especial para encontrarnos cuando sucede esto. Se preocupa por mí, pero esperaré hasta que se apaguen los fuegos. -Se quedó quieta un largo rato. Luego agregó distante, cansada-: algunos dicen que un incendio ocasional en el pueblo es bueno para los taladores de árboles. Les genera más pedidos de madera. Pero es triste. Qué podríamos tener si no tuviésemos que reconstruir todo el tiempo.

Jonathan se sentó en silencio, sorprendido por estos dos largos días desde la tormenta. La experiencia lo obligó a luchar contra todos los valores que sostenía. Cuando volvió a mirar a Randi, ella se había quedado profundamente dormida. Él estaba muy impresionado. Acomodándose, pensó: "Es muy fuerte".

CAPÍTULO 39

BUITRES, MENDIGOS, TRAMPOSOS, Y REYES


la mañana siguiente las primeras señales de luz despertaron a Jonathan. Mices estaba sentado a pocos centímetros de su nariz con un regalo: otra rata medio muerta y ensangrentada. Jonathan se frotó los ojos y miró a su alrededor. Además de unas pocas columnas de humo, la ciudad parecía nuevamente en paz. Sacó un par de rodajas de pan de su bolsillo y comió una dejando la otra bajo la mano de Randi, intentando no despertarla. Ella se retorció, se sentó y se estiró.

-Quiero echar un vistazo desde arriba -dijo él. Ella estuvo de acuerdo y ambos treparon la pronunciada cuesta de la montaña. Pronto se estaban arrastrando hacia arriba, una mano tras otra, agarrándose lo mejor que podían de las ramas y las raíces del camino. Más adelante que ella, pero muy detrás de Mices, Jonathan llegó a un descanso cerca de la cima e inspeccionó la ciudad abajo, en la distancia. Faltaba un poco más, calculó, así que continuó subiendo la pendiente a través de un denso bosque de árboles desformes y retorcidos.

-¡Gente! -se dijo a sí mismo, exasperado-. Empujándose entre sí constantemente. Amenazándose unos a otros. Arrestándose. Robándose y dañándose entre sí.

Poco a poco los árboles se hicieron más delgados y sólo quedaron algunos arbustos; luego unas grandes rocas. Aún se podía ver una luna llena en el paulatino amanecer que acariciaba el horizonte. El aire era cálido y placentero mientras continuaba su camino. Finalmente, llegó a la cima. En el pico había un árbol escuálido y sin hojas y un buitre negro, grande y feo parado sobre una de las ramas desnudas.

-Oh, no -gimió Jonathan que había esperado una bienvenida más amigable-. Así es mi suerte. Me voy de un valle de buitres en busca de paz y ¿qué encuentro? ¡Un verdadero buitre!

-¡Un verdadero buitre! -repitió como un eco, una voz profunda y tosca.

Jonathan se quedó congelado. Mices casi salta de miedo, luego arqueó su lomo y comenzó a sisear. Los ojos de Jonathan se hicieron más anchos que la luna, se movieron lentamente, inspeccionando el terreno que tenía delante. Su corazón latía rápido en sus oídos. Sus labios hablaron temblando:

-¿Quién dijo eso?

-¿Quién dijo eso? -lo imitó la voz. Parecía venir de ese árbol de la cima.

Jonathan miró al buitre. Estaba sentado inmóvil. Pensó si podría ser un pájaro parlante, como un loro. Aquí no hay nada más. Pero los buitres no pueden hablar. Entonces se le ocurrió que todo en la isla era extraño así que ¿por qué no habría de ser un pájaro parlante?

Jonathan se irguió hasta lograr su mayor altura y, endureciendo sus nervios, se acercó lentamente al árbol. El pájaro no movió una pluma por más que Jonathan tenía la clara sensación de estar bajo su mirada.

-¿Me has hablado? -preguntó Jonathan, intentando mantener firme su voz.

-¿Y a quién más si no? -respondió el buitre con arrogancia.

Jonathan estuvo por caerse cuando se le cruzaron las rodillas. Se agarró y se agachó frente al árbol.

-¿Es que... puedes hablar?

-Claro que puedo hablar -dijo el pájaro-. También tú puedes hacerlo aunque no pareces saber lo que estás diciendo. -El pájaro giró su cabeza un poco y dijo en tono acusador-: ¿A qué te referías cuando dijiste que te fuiste de un valle de buitres?

-Yo... yo... lo siento. No quise decir nada -se disculpó Jonathan-. Toda la gente allá abajo es siempre tan cruel y brutal. Es una forma de decir: sobre buitres y demás. La gente me recordaba a, bueno, a...

-¿Buitres? -El pájaro encrespó las plumas bajo su cogote. Jonathan asintió con docilidad. En ese momento, Randi surgió de los árboles y apareció a la vista. La escena de la conversación le quitó la respiración. Luego avanzó cuidadosamente al lado de Jonathan y le tomó la mano. El buitre gruñó y batió sus grandes alas antes de volver a establecerse sobre su rama.

-Tu problema, querido amigo, es que eres fácil de engañar con las palabras. Debes confiar en las acciones, no en las palabras.

-No entiendo -dijo Jonathan.

-Para ti, esta tierra es todo buitres. ¡Uf! Si eso fuera cierto, entonces sería una isla mucho mejor de lo que es. -El pájaro estiró su cuello largo y feo con orgullo-. Has venido a una isla de muchas criaturas: buitres, mendigos, tramposos y reyes. Pero no reconoces lo valioso porque los títulos y las palabras te engañan. Has caído en el truco más antiguo y ves el mal en la autoestima.

Jonathan se defendió: -No hay ningún truco. Los buitres, los mendigos y demás son fáciles de entender. De donde vengo, los buitres pican los huesos de los muertos. ¡Eso es desagradable! Los mendigos son simples e inocentes. Los tramposos son hábiles y divertidos, y traviesos. Mientras que los reyes y la realeza -agregó Jonathan rápidamente, sus ojos bailaban con un brillo de excitación-, bueno, nunca conocí a ninguno en la vida real, pero he leído que vivían en palacios hermosos y vestían ropas deslumbrantes. Todos quieren ser como ellos. Los reyes y sus ministros gobiernan la tierra y sirven para proteger a todos su súbditos. No es ningún truco.

-¿Ningún truco? -dijo el buitre. Jonathan se quedó mirando el fruncido pico del ave-. Piensa en el buitre. De los cuatro, el buitre es el único noble. Sólo el buitre hace algo valioso.

El gran pájaro negro estiró su cuello nuevamente y miró a Jonathan.

-Siempre que muere un ratón detrás de un granero, yo lo limpio. Siempre que un caballo muere en el campo, yo lo limpio. Siempre que un pobre hombre muere en el bosque, yo lo limpio. Yo como y todos salen beneficiados. Nunca nadie utilizó un arma o una jaula para que yo haga mi trabajo. ¿Me lo agradecen? No. Mis servicios son considerados sucios y malos. Así que el "asqueroso" buitre debe convivir con el abuso verbal y el desprecio. Luego están los mendigos; no producen, no le hacen bien a nadie, excepto a sí mismos. Pero tampoco provocan ningún mal. Por supuesto que intentan no morir en el bosque. Y se puede decir que brindan un sentido de bienestar a sus benefactores. Así que son tolerados. Los tramposos son los más hábiles y se han ganado un lugar alto en la poesía y la leyenda. Practican el engaño y el timo a otros con las palabras que tejen. Los tramposos no realizan ningún servicio útil, excepto enseñar la desconfianza y el arte del fraude.

Levantándose y tirando sus alas hacia atrás, el buitre respiró hondo. Un débil olor a carroña perfumó el aire matinal.

-Por último, está la realeza. Los reyes no necesitan suplicar ni engañar; aunque generalmente hacen ambas cosas. Al igual que los ladrones roban el producto de los demás mediante la fuerza bruta que está a sus órdenes. No producen nada, pero controlan todo. ¿Y tú, mi inocente viajero, veneras a esta realeza mientras tratas con desdén a los buitres? Si vieras un monumento antiguo -destacó el buitre-, dirías que el rey era grandioso porque su nombre está inscripto en la cúspide. Sin embargo, no piensas en todos los cadáveres que tuve que limpiar mientras se construía el monumento.

Jonathan habló: -Es cierto. En el pasado, algunos reyes eran villanos. Pero en estos días los votantes eligen a sus líderes para formar un Consejo de Gobierno. Son diferentes porque... bueno, porque son elegidos.

-¿Los Lores Electos son diferentes? ¡Ja! -gritó el buitre con severidad-. A los niños aún se los cría con historias de la realeza y cuando crecen, la realeza es lo que esperaban. Tus gobernantes electos no son otra cosa que reyes por cuatro años y príncipes por dos años. De hecho, ¡son una combinación de mendigos, tramposos, y realeza mezclados en uno! Mendigan o suplican por contribuciones y votos; adulan y engañan en cada oportunidad; brincan por la isla como gobernantes. Y, al tener éxito en sus hazañas, siempre queda menos para aquellos de nosotros que verdaderamente producimos y servimos.

Jonathan se quedó en silencio. Volvió a mirar el valle más abajo y asintió anhelante.

-Me gustaría ver un lugar donde no fuera así. ¿Podría existir un lugar así?

Elevando sus grandes alas, el buitre saltó del árbol y aterrizó con un golpe resonante al lado de Jonathan y Randi. Ellos dieron un salto hacia atrás, aturdidos por el gran tamaño del ave. El pájaro inclinado tenía casi el doble de altura que ellos.

-¿Les gustaría ver un lugar donde la gente fuera libre? ¿Donde las cosas se hicieran por derecho y donde la fuerza fuera sólo para protección? ¿Les gustaría visitar una tierra donde los funcionarios fueran gobernados por las mismas reglas de comportamiento que todos los demás?

-¡Oh, sí! -dijo Jonathan con ansiedad. Entonces miró a Randi expectante.

-No me puedo ir -dijo ella al buitre-. Mi familia me está buscando. Pero ¿volveré a ver a Jonathan?

Jonathan se exaltó. Con una gran sonrisa agregó: -Aún no tuve ese almuerzo gratis.

El buitre los estudió a ambos cuidadosamente. Parado tan cerca, Jonathan podía ver sus enormes ojos. Parecían taladrar a través de él, leyendo los signos de sinceridad.

-Se puede arreglar. Súbete a mi espalda -dijo el buitre. El pájaro giró un poco y bajó las plumas anchas y rígidas de su cola al suelo.

Jonathan dudó, recordando que le acababan de decir que confíe en las acciones, no en las palabras. ¿Qué acciones habían justificado que pusiera su vida en las alas de un buitre gigante? Poseído por la curiosidad, Jonathan utilizó un reborde del árbol para estar más alto. Tan pronto como había puesto sus brazos alrededor del escamoso cuello del ave, la sintió tensa. El buitre saltó torpemente por el suelo con pasos grandes. De repente se tambaleó y ambos flotaron en la brisa. Saludando muy abajo estaba Randi, con Mices a sus pies.

Recorriendo la isla desde las alturas, con el viento en la cara, Jonathan se sintió exuberante. Salvo por Randi, estaba feliz de dejar ese lugar. El brillo dorado del sol marcaba un nuevo día y las luces del pueblo empalidecían más abajo. El vasto océano oscuro se extendía más adelante y se preguntó hacia dónde irían.

CAPÍTULO 40

TERRA LIBERTAS

on Jonathan firmemente ubicado sobre la espalda del buitre, el enorme pájaro hacía círculos sobre la isla con facilidad. Tras aclarar su rumbo, el buitre se deslizó directo hacia el saliente. Un débil viento en contra dificultaba su vuelo, el tiempo se hizo horas, y el movimiento rítmico del vuelo del buitre adormeció a Jonathan.

En su sueño diurno, corría por una calle estrecha perseguido por figuras oscuras. "¡Detente, maldito!" le gritaban. Pero eran temibles y Jonathan exigía aun más a sus piernas con desesperación. Apareció una figura frente a ellos: Lady Tweed. Sintió la respiración de ella en su cuello y ésta estiró sus dedos gordos para agarrarlo.

Un golpe seco despertó a Jonathan de un salto.

-¿Qué? -murmuró Jonathan, aún aferrándose a manojos de plumas del ave.

-Sigue esta línea junto a la costa -le indicó el buitre-. Sigue alrededor de una milla hacia el norte y encontrarás tu rumbo.

Habían aterrizado en una playa que a Jonathan le resultó vagamente familiar. Densos bloques de césped ondeaban dócilmente por encima de las amplias y doradas dunas de arena y el océano se veía gris y frío al cubrir la costa. Se bajó cautelosamente de la espalda del pájaro.

Pronto Jonathan se dio cuenta de dónde estaba.

-¡Estoy en casa! -exclamó. Comenzó a correr por las cuestas arenosas de la playa, luego se detuvo y se dio vuelta hacia el buitre-. Pero, dijiste que me ibas a llevar a un lugar donde las cosas se hacían por derecho.

-Eso hice -dijo el ave.

-Pero aquí no es así -se quejó Jonathan.

-Quizá no aún, pero así será cuando tú hagas que así sea. Cualquier lugar, incluso Corrumpo, puede ser un paraíso cuando los habitantes son verdaderamente libres.

-¿Corrumpo? -exhaló Jonathan-. La mayoría de ellos piensa que son bastante libres. Eso les dijo Lady Tweed . Y el resto le teme a la libertad, tan ansiosos por entregarse al Gran Inquisidor.

-Confía en las acciones, no en las palabras -le recordó el buitre-. Algunos piensan que son libres en tanto hagan como se les ordena. La prueba de la libertad viene cuando uno elige ser diferente.

Pronto Jonathan se sintió muy nervioso. Inquietándose tomó una caña del piso y comenzó a atizar la arena.

-¿Cómo deberían ser las cosas? He visto los problemas, ¿pero cuáles son las soluciones?

El buitre dejó que la pregunta de Jonathan flotara entre ambos un rato mientras acicalaba sus plumas. Cuando todas estuvieron limpias y suaves el buitre miró hacia el mar y dijo:

-¿Estás buscando saber el futuro?

-Supongo -dijo Jonathan.

-Ése es el problema. Los gobernantes siempre tienen una visión y obligan a los demás a seguirla.

-Pero tener una visión ¿no es bueno para saber hacia dónde se dirige uno?

-Para ti, pero no para imponérsela a los demás -El buitre se volvió para enfrentar nuevamente a Jonathan, quien con sus talones hacía pozos en la arena-. En una tierra libre confías en la virtud y el proceso de descubrimiento. Miles de criaturas en busca de sus propios objetivos, cada una esforzándose, creará un mundo mucho mejor que el que te puedas imaginar para ellas. Primero fíjate en los medios, y el resultado será un buen fin.

Como si hubiese comenzado a quemarlo por dentro una chispa, Jonathan probó su comprensión:

-¿Si las personas son libre, llegarán a soluciones inesperadas? Y supongo que si la gente no es libre, ¡encuentra problemas inesperados!

-Eres lo suficientemente sabio como para saber lo que *no* deberían hacer los gobernantes. Para tomar una decisión puedes usar esta prueba: si no tienes derecho de hacer algo tú mismo, entonces no tienes derecho a pedirles a otros que lo hagan por ti.

Jonathan preguntó con escepticismo:

-Creo que lo entiendo, pero no creo que me vayan a escuchar.

-Es bueno para ti ya sea que los otros te escuchen o no. Quienes comparten tus ideales obtendrán valor de ti.

El buitre se dio vuelta hacia el mar preparándose para partir.

Jonathan gritó:

-¡Espera! ¿Qué hay de Randi?

-Cuando hayas preparado tu paraíso, la traeré para que lo vea.

Jonathan miró al gran pájaro prepararse y lanzar su enorme cuerpo hacia el viento. Unos momentos más tarde, desapareció en un cielo nublado.

Comenzó a caminar. No se dio cuenta de la caminata más allá del constante crujir de la arena bajo sus pies y el azote del viento en su cuerpo. Jonathan reconoció el canal rocoso que indicaba la entrada a su pueblo. Se estaba acercando a su casa y a su tienda lindera al puerto; a su hogar.

El padre de Jonathan, delgado y cada vez más pelado estaba enrollando una soga frente a la entrada. Sus ojos se abrieron pronunciadamente al ver acercarse a su hijo.



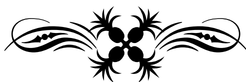
-Jon -gritó su padre-. Jon, querido, ¿dónde has estado? -Su voz se quebraba, le gritó a su esposa que estaba ocupada limpiando adentro-. Rita, ¡mira quién regresó!

-¿Por qué tanto escándalo? -dijo la madre de Jonathan, que se veía un poco más agobiada de lo que Jonathan recordaba. Salió a la puerta y gritó de placer al ver a su hijo. En el mismo instante levantó a Jonathan en sus brazos y lo abrazó por un tiempo largo. Luego, lo apartó y lo miró de cerca, se pasó las mangas por los ojos para limpiarse las lágrimas de felicidad-. ¿Dónde has estado jovencito? ¿Tienes hambre, Jon? -Entonces le dijo entusiasmada a su esposo-: ¡Atiza el fuego, Hubert, y pon una olla!

Compartieron una feliz reunión. Luego de comer el último pedazo del pastel tibio de su madre, Jonathan suspiró y se reclinó en la silla. Le contó a sus padres acerca de Corrumpo, omitiendo cuidadosamente, por ahora, a ese increíble buitre. La vieja tienda y las habitaciones de atrás brillaban a la luz del fuego. Con la luz del hogar su sombra se estiraba contra la pared opuesta.

-Hijo, pareces más maduro -dijo su padre. Miró a Jonathan con firmeza y agregó jocosamente-: ¿Estás pensando en volver a desaparecer pronto?

-No, papá -dijo Jonathan-, vine para quedarme. Hay mucho que hacer.



PREGUNTAS SOBRE LOS CAPÍTULOS

2. **Alborotadores:** ¿Cuál es la función del trabajo? ¿Las innovaciones que ahorran trabajo son buenas o malas? ¿Por qué? ¿A quiénes afectan? ¿Cómo se pueden impedir esas innovaciones? ¿Qué ejemplos del presente o del pasado hay acerca de este comportamiento? ¿Qué cuestiones éticas implica el uso de la fuerza?
3. **El relato del pescado común:** ¿La gente usa cosas que le pertenecen a todos? ¿En realidad quién es el dueño del lago y de los peces? ¿Si el pescador fuera dueño del lago, cambiaría su comportamiento? ¿Quién se beneficia de la propiedad común? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas estarían involucradas?
4. **La Policía de Alimentos:** ¿Por qué a algunos agricultores se les paga por no sembrar? ¿Qué le sucede al precio y a la oferta de alimentos para los consumidores? ¿Qué tipos de dependencia surgen? ¿Existen ejemplos reales de esta clase de comportamiento? ¿Qué cuestiones éticas implica el uso de la fuerza?
5. **Velas y Abrigos:** ¿Es bueno que la gente reciba luz y energía gratis del sol? ¿Quién se opone? ¿Existen objeciones similares a la importación de productos baratos de otros países? ¿Por qué la gente se opone a las importaciones? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?
6. **El impuesto a la altura:** ¿Los altos son más favorecidos que los bajos? ¿Sería eso injusto? ¿Está bien utilizar los impuestos para manipular el comportamiento? ¿La gente modifica sus vidas para pagar menos impuestos? ¿Los funcionarios públicos son más sabios y morales que sus súbditos? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?
7. **Los planes mejor diseñados:** ¿Está bien sacarle cosas a la gente en contra de su voluntad? ¿Por qué? Si un funcionario público puede utilizar, controlar, llevarse o destruir legalmente una casa que construyó otra persona, entonces: ¿quién es verdaderamente el dueño

de la casa? ¿El impuesto a la propiedad es como un alquiler? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

8. **Los dos zoológicos:** ¿Debería obligarse a la gente a pagar por un zoológico? ¿Qué razones podría haber para no pagar? ¿De qué lado de la reja se encuentran las personas que dañan a los demás? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

9. **Haciendo dinero:** ¿Está bien o mal imprimir más dinero? ¿A quién afecta? ¿Cuál es la comparación entre los falsificadores y las imprentas públicas de moneda? ¿Quién es el responsable de subir los precios? ¿A quién se culpa? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

10. **La Máquina de los Sueños:** ¿Se pueden perjudicar las personas que exigen sacarle algo a otros? ¿El sueño de quién realmente se hace realidad? ¿Por qué? ¿Existen ejemplos de la Máquina de los Sueños en el mundo? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

11. **Poder en venta:** ¿Cuáles son las formas legales e ilegales de soborno? ¿Pueden los políticos sobornar legalmente a los votantes y viceversa? ¿Cuáles son los problemas vinculados al soborno? ¿Por qué la deuda del Consejo es como sacarle un dulce a un niño? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

12. **Oportunidad perdida:** ¿La destrucción de la riqueza es buena para la economía? ¿La guerra podría ser buena para una economía? ¿Por qué? ¿Cuáles son los costos ocultos del comportamiento destructivo? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

13. **Viviendas caóticas:** ¿Cómo es que el control de renta, los códigos de edificación y las zonificaciones afectan a diferentes grupos? ¿Cómo hace la actividad del mercado para castigar o premiar a las malas y buenas prácticas empresariales? ¿Cómo se puede revertir? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

14. **Sumatoria de penas:** ¿Qué significa una “sumatoria de penas”? ¿Qué le puede suceder a alguien que se resiste a ser arrestado? ¿Cuáles son

las consecuencias de las leyes de licencias ocupacionales? ¿La ley crea o rompe monopolios? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas implica el uso de la fuerza?

15. **Batallas de libros:** ¿Debería obligarse a la gente a pagar por los libros que no les gustan? ¿Cuándo la selección de libros es un acto de propaganda o censura? ¿Podrían existir las bibliotecas sin fondos provenientes de los impuestos? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

16. **Nada:** ¿Qué problemas surgen cuando el arte se financia a través de los impuestos? ¿La elección en el arte es elitista? ¿Los funcionarios públicos pueden ser objetivos en el financiamiento de arte? ¿Puede existir el arte sin recibir fondos provenientes de los impuestos? ¿Cuáles son los ejemplos de esta clase de comportamiento? ¿Qué cuestiones éticas surgen del uso de la fuerza?

17. **El Pabellón de los Intereses Especiales:** ¿Los participantes del juego son ganadores? ¿Por qué los operadores del pabellón están felices? ¿Debería pedírsele a la gente que participe en esta clase de ferias? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

18. **Tío Samta:** ¿El Tío Samta devuelve tanto como lo que se lleva? ¿Por qué la gente no se queja cuando se lleva cosas de sus casas? ¿Qué cambios hubo cuando los funcionarios públicos se hicieron cargo de la Navidad? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

19. **El cuento de la tortuga y la liebre revisado:** ¿Debería permitirse la competencia en los servicios postales? ¿Los funcionarios reciben algún beneficio al garantizar privilegios monopólicos? ¿El control del correo permite el control sobre los ciudadanos? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

20. **Junta de Alimentación:** ¿Están satisfechos los clientes con las cafeterías políticas? ¿Cómo se decide el menú? ¿Se trata adecuadamente a los truhanes y a los cocineros? ¿Que sucedería si el alimento para la mente fuera tratado de la misma forma en que esta historia trata la comida para el estómago? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

21. **Ética de grandeza:** ¿La vida, la libertad y la propiedad son relativas al tiempo? ¿Es cierto que un ladrón es menos perjudicial que un recaudador de impuestos? ¿Por qué? ¿Cómo es que se trata de forma diferente a la inmoralidad en pequeña o en gran escala? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

22. **El Bazar de los Gobiernos:** ¿Por qué el pastor vende una de sus vacas para comprar un toro? ¿Cuáles son las similitudes en los gobiernos ofrecidos? ¿Existen ejemplos en el mundo de esta clase de comportamiento? ¿Qué cuestiones éticas están involucradas en el uso de la fuerza?

23. **La profesión más antigua del mundo:** ¿Por qué a la gente le gusta saber el futuro? ¿Por qué la gente confía en que otros predigan su futuro? ¿Cómo es que predecir el futuro puede hacer que algunos se hagan ricos o poderosos? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Cuáles son los problemas éticos involucrados?

24. **El aplausómetro:** ¿Es lógico determinar la moralidad, el poder, la riqueza y los derechos mediante el entusiasmo de un aplauso? ¿Es lógico determinar estas cosas por el número de votos? ¿Cuál es la mejor base para las decisiones morales? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

25. **Verdadero creyente:** ¿Los políticos son confiables? ¿Tiene uno derecho a quejarse de la política si no vota? ¿Por qué generalmente los electores votan por nombres? ¿Los jueces deberían cuestionar la justicia de las leyes? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

27. **Según la necesidad:** ¿Qué le sucedería al rendimiento de las escuelas si aquellos con los peores exámenes fueran los que recibieran las mejores notas? ¿Las escuelas enseñan lecciones que contradicen al mundo real? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

28. **Apresados por trabajar:** ¿Cuáles son las razones para que esta gente fuera arrestada por trabajar o por no trabajar? ¿A quién se ayuda y a quién se perjudica con esto? ¿Los guardias de migraciones son responsables de lo que les sucede a los refugiados que son repatriados?

¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

29. **¿Ayuda o engaño?:** ¿Por qué se pone pan en la gran canasta? ¿Por qué está escaseando el pan? ¿Qué soluciones se ofrecieron para solucionar la escasez? ¿Cuál sería una mejor solución? ¿Existen ejemplos de este tipo de comportamiento en el mundo real? ¿Qué cuestiones éticas están involucradas?

30. **¿La brillante idea de quién?:** ¿Debería uno ser dueño del uso de una idea? ¿Las patentes aseguran que los inventores obtengan incentivos? ¿Qué premios motivan a los inventores? ¿Los monopolios legales son necesarios para otorgar premios? ¿Cómo cambiaría el comportamiento si no hubiera patentes?

31. **La demanda:** ¿Qué es la responsabilidad? ¿Es justo limitar la responsabilidad? ¿Cómo se modifica el comportamiento si no se limita la responsabilidad? ¿Quién decide qué es un bien público? ¿Cómo es que un bien público puede ser malo para la gente? ¿Es posible eliminar a los oportunistas? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

32. **Viceversa:** ¿Quién está perjudicando a la gente? ¿Por qué? ¿La ley concerniente a estas actividades es contradictoria? ¿Por qué? ¿Cuál es la diferencia entre oponerse a un comportamiento y prohibirlo? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas están involucradas en el uso de la fuerza?

33. **Ortodoxia:** ¿Quién es el dueño de una vida? ¿Qué significa eso? ¿Tiene importancia quién elige, o quién le paga al médico? ¿Cuál es la diferencia entre licencia y certificación? ¿La competencia y la información son necesarias para una buena medicina? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

34. **Merryberries:** ¿Está bien hacer cosas que los otros consideran poco saludables? ¿Debería obligarse a la gente a pagar por los errores de los demás? ¿Cuándo la gente aprende, o no, de los errores? ¿Los funcionarios públicos son más sabios que sus súbditos? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

35. **El Gran Inquisidor:** ¿Qué es la responsabilidad? ¿La gente quiere responsabilidad? ¿La gente quiere que los líderes tomen las decisiones

en su lugar? ¿La elección es necesaria para la virtud? ¿Es importante la virtud? ¿Por qué? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

36. **Juego de niños:** ¿Puede la propiedad cometer un crimen? ¿Debería asumirse la culpabilidad de las personas acusadas a menos que puedan probar su inocencia? ¿Cómo se motiva y se premia a los acusadores en este juego? ¿Qué profesión está aprendiendo el niño? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

37. **Ley del Perdedor:** Si se le pide a la gente inocente que pague por la mala suerte de los otros, ¿cómo afecta esto el comportamiento de ambos? ¿Por qué la gente está motivada a fingir una lesión? ¿Tiene importancia? ¿Cuándo se permite apostar y cuándo no? ¿Por qué? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

38. **La Banda de la Democracia:** ¿Está bien que una persona le saque cosas a otra por la fuerza? ¿Está bien que las mayorías le saquen a las minorías por la fuerza? ¿Qué pueden hacer las mayorías a diferencia de las minorías? ¿Cuál es la causa de los disturbios? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

39. **Buitres, mendigos, tramposos, y reyes:** ¿Quién provee los servicios menos valiosos: los buitres, los mendigos, los tramposos o los reyes? ¿Por qué? ¿Las autoridades deberían seguir las mismas reglas de comportamiento que todos los demás? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

40. **Terra Libertas:** ¿Es posible, o deseable, tener una sociedad libre de la fuerza y el fraude? ¿Se puede forzar sobre el pueblo la visión de utopía? ¿Cuál es el proceso de descubrimiento en una sociedad libre? ¿El fin puede justificar los medios? ¿Qué ejemplos se pueden encontrar? ¿Qué cuestiones éticas se pueden mencionar?

EPÍLOGO

La filosofía de este libro está basada en el principio de propiedad sobre uno mismo. Uno es dueño de su propia vida. Negar esto implica que otra persona tiene un mayor derecho sobre tu vida que tú mismo. Ninguna otra persona, o grupo de personas, es dueña de tu vida ni tú de las vidas de otros.

Existes en el tiempo: futuro, presente y pasado. Esto se manifiesta en la vida, la libertad y en el producto de tu vida y de tu libertad. El ejercicio de las decisiones sobre la vida y la libertad es tu prosperidad. Perder tu vida es perder tu futuro. Perder tu libertad es perder tu presente. Y perder el producto de tu vida y de tu libertad es perder la porción de tu pasado que lo ha producido.

El producto de tu vida y de tu libertad es tu propiedad. La propiedad es el fruto de tu trabajo, el producto de tu tiempo, energía y talento. Es esa parte de la naturaleza que conviertes en un uso valioso. Y es la propiedad de otros la que se te da voluntariamente y por consentimiento mutuo. Dos personas que intercambian propiedad voluntariamente se benefician mutuamente, de no ser así no harían el intercambio. Sólo ellos pueden tomar esa decisión.

Ha habido épocas en que algunas personas utilizaron la fuerza y el fraude para sacarle algo a los demás sin el consentimiento voluntario. Normalmente, el inicio en el uso de la fuerza para tomar la vida es homicidio, para tomar la libertad es esclavitud, y para tomar la propiedad es robo. Resulta exactamente igual si estas acciones las realiza una persona, muchas personas contra unos pocos, o incluso si la realizan funcionarios públicos con sombreros elegantes.

Tienes el derecho de proteger tu vida, libertad y propiedad correctamente adquirida, contra la agresión violenta de otros. Así que tienes el derecho de pedirle a otros que te ayuden a defenderte. Pero no tienes el derecho de iniciar el uso de la fuerza contra la vida, la libertad

o la propiedad de otros. Por ende, no tienes derecho a designar a ninguna persona a que inicie el uso de la fuerza contra otros en tu nombre.

Tienes derecho a escoger tus líderes, pero no tienes el derecho de imponer gobernantes sobre otros. Sin importar cómo se elijan los funcionarios, sólo son seres humanos y no tienen derechos superiores a los de ningún otro ser humano. Más allá de los creativos títulos que se le ponga al comportamiento o al número de las personas que lo alientan, los funcionarios no tienen derecho a asesinar, esclavizar, o robar. No puedes darles ningún derecho que tú mismo no tienes.

Como eres dueño de tu vida, eres responsable de ella. No alquilas la vida de otros que exigen tu obediencia. Tampoco eres un esclavo de otros que exigen tu sacrificio. Eliges tus propios objetivos en base a tus propios valores. El éxito y el fracaso son ambos incentivos necesarios para aprender y crecer. Tus acciones en nombre de otros, o sus acciones en tu nombre, sólo son virtuosas cuando derivan del mutuo consentimiento voluntario. Dado que la virtud sólo puede existir cuando hay decisiones libres.

Ésta es la base de una verdadera sociedad libre. No sólo es el principio más práctico y humanitario para la acción humana, sino que también es el más ético.

Los problemas surgidos del inicio en el uso de la fuerza por parte del gobierno tienen una solución. La solución es que las personas del mundo dejen de pedirle a sus funcionarios de gobierno que inicien el uso de la fuerza en su nombre. El mal no sólo surge de la gente mala, sino también de la gente buena que tolera el inicio del uso de la fuerza como un medio para sus propios fines. De esta manera, la buena gente ha dado poder a la gente mala a lo largo de la historia.

Confiar en una sociedad libre es centrarse en el proceso de descubrimiento del mercado de valores más que centrarse en alguna visión u objetivo impuestos. Utilizar la fuerza gubernamental para imponer una visión sobre otros es una pereza intelectual y generalmente resulta en perversas consecuencias indeseadas. Para alcanzar una sociedad libre se necesita del valor para pensar, hablar y actuar; especialmente cuando es más fácil no hacer nada.

AGRADECIMIENTOS Y NOTAS



Estoy agradecido con las siguientes personas por sus contribuciones a este proyecto: Sam Slom y Small Business Hawaii por hacer posible esta publicación; Flora Ling, por sus contribuciones editoriales al estilo literario y la presentación general del libro; Lucile Schoolland y Stuart Hayashi por su meticulosa ayuda editorial; Randall Lavarias por las ilustraciones actuales; David Friedman & Tiffany Catalfano por las animadas ilustraciones de las ediciones previas; Vince Miller y Jim Elwood por la promoción del libro en todo el mundo; Hubert & Rita Jongen, Wimmie Albada, y Ton Haggenburg por la edición en holandés; Dmitrii Costygin y William Milonoff por la edición en ruso; Linda Tjelta, Jon Henrik Gilhus, y Bent Johan Mosfjell por las ediciones noruegas; Virgis Daukas por la edición en lituano; Tomislav Krsmanovic por las ediciones serbias, macedonias, croatas, eslovenas, albanas y en romaní; Trifun Dimic por la edición en romaní; Valentina Buxar y Cris Comanescu por la edición rumana; Valdis Bluzma por la edición letona; Wilson Ling y Carlos Fernando Souto por la edición en portugués; Toshio Murata, Yoko Otsuji, Toyoko Nishimura, Mariko Nakatani, Kayoko Shimpo, y Hiroko Takahashi por la edición japonesa; Alex Heil y Stefan Kopp por la edición en alemán; Jonas Ekebom, Carl Henningsson, Christer Olsson, y Mats Hinze por la edición en sueco; Jan Jacek Szymona, Jacek Sierpinski, y Andrzej Zwawa por la edición polaca; Andras Szijjarto por la edición húngara; Juan Carlos Hidalgo, Hernán Aberro y Judy Nagy por la edición en español; Joy-Shan Lam por la edición en chino; Zef Preci, Kozeta Cuadari, y Auron Pasha por la edición albana; Kenneth DeGraaf y Elena Mamontova por la nueva traducción al ruso; Christina Sakajiro Posegate y Winston Posegate por la edición palauana; Barun Mitra por la edición bengalí; Louise Zizka por la edición en francés, con ayuda de Patrick Trepanier y Jacques De Guenin; Aldo Canovari por la edición italiana; Josef Sima y Radovan Kacin por la edición en checo; Faisal Hassan por la edición en somalí; Andy Nousen por la edición en esperanto; Seig Pedde por la edición para CD; Reg Jacklin y Palle Jensen por las conexiones de Internet; muchos que ahora están trabajando en diferentes ediciones; Doug Thorburn, Danute, Venta, & Vytas Barauskas, Lane Yoder

y muchos otros por el auspicio financiero para las ediciones internacionales; Dale Pratt por alentar las transmisiones radiales originales; Lane Yoder, Nat Mandel, Fred James, Bruce Hobbs por sus comentarios y su ayuda en la producción; Adam Smith, Fredric Bastiat, Milton, Rose, & David Friedman, Ayn Rand, Duncan Scott, Dick Randolph, Henry David Thoreau, Murray Rothbard, Lysander Spooner, R. W. Grant, Fyodor Dostoyevsky, George Orwell, Jonathan Swift, Lao Tzu, y circulares anónimas por inspirar muchas de las ideas en este texto ficticio; y mi familia, por su aliento y por el desarrollo de mis valores personales y filosóficos; mi esposa Li por su paciencia, comentarios, y apoyo técnico en tiempos difíciles; y a mi hija Kenli, y a su generación, para quien está escrito este libro y a Judy Nagy por inspirar con tenaz ímpetu a este libro y las ideas de la libertad en todo Latinoamerica.

ORGANIZACIONES RECOMENDADAS

ADVOCATES FOR SELF GOVERNMENT,
1202 N. Tennessee St. Suite 202, Cartersville, GA 30120, USA
T: 770-386-8372; F: 770-386-8373, advocates@self-gov.org, www.self-gov.org

CATO INSTITUTE,
1000 Massachusetts Ave. N.W., Washington, D.C., 20001-5403, USA,
T: 202-842-0200, F: 202-842-3490, www.cato.org

FOUNDATION FOR ECONOMIC EDUCATION,
30 South Broadway, Irvington, NY 10533, USA.
T: (914) 591-7230; F: (914) 591-8910; fee@fee.org

FUTURE OF FREEDOM FOUNDATION,
11350 Random Hills Road, Suite 800, Fairfax VA, 22030, USA,
Tel. (703) 934-6101, Fax (703) 352-8678, E-mail: fff@fff.org, www.fff.org

INSTITUTE FOR HUMANE STUDIES,
George Mason University, 3401 N. Fairfax Drive, Arlington, VA 22201-4432, USA
T: 703-993-4880 or 800-697-8799, F: 703-993-4890, www.ihs.org

INTERNATIONAL SOCIETY FOR INDIVIDUAL LIBERTY,
836-B Southampton Rd. Suite 299, Benicia, CA, 94510, USA,
T: 415-864-0952, F: 415-864-7506, www.isil.org

LAISSEZ FAIRE BOOKS,
942 Howard St., San Francisco, CA 94103, USA,
T: 415-541-9780, Toll-free: 800-326-0996, F: 415-541-0597, www.laissezfaire.org

LIBERTY MAGAZINE & FOUNDATION
1018 Water St., Suite 201, Port Townsend, WA 98368,
rwbradford@bigfoot.com

REASON MAGAZINE & FOUNDATION
3445 S. Sepulveda Blvd., Suite 400, Los Ángeles, CA, 90034, USA,
T:310-391-2245, F: 310-391-4395, www.reason.com

LECTURAS RECOMENDADAS

Bastiat, Frederic, The Law

Burris, Alan, The Liberty Primer

Friedman, David, The Machinery of Freedom

Friedman, Milton & Rose, Free to Choose

Grant, R.W., The Incredible Bread Machine

Hazlitt, Henry, Economics in One Lesson

Rand, Ayn, Atlas Shrugged

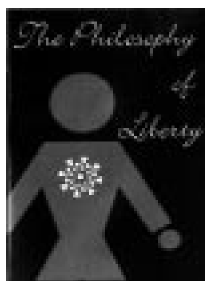
Rothbard, Murray, For a New Liberty

Ruwart, Mary, Healing Our World

Tannehill, Linda & Morris, The Market for Liberty

Thoreau, Henry David, On the Duty of Civil Disobedience







Para información adicional sobre este libro, contactarse con:
Small Business Hawaii,
Hawaii Kai Corporate Plaza, 6600 Kalanianaole Hwy., Suite 212,
Honolulu, Hawaii, 96825,
T: 808-396-1724, F: 808-396-1726, sbh@lava.net



EL AUTOR: Ken Schoolland actualmente es profesor asociado de economía y ciencia política en Hawaii Pacific University. Anteriormente, dirigió el Master de Ciencias en el programa de Estudios de Negocios Japoneses en Chaminade University en Honolulu y encabezó el Programa de Negocios y Economía en Hawaii Loa College.

Tras graduarse en Georgetown University, trabajó como economista internacional en la International Trade Commission de los Estados Unidos, el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, y contratado por la Office of the Special Representative for Trade Negotiations, en la Casa Blanca.

Schoolland dejó el gobierno por la educación de campo, la enseñanza de negocios y economía en Sheldon Jackson College en Alaska. También enseñó en Hakodate University en Japón y escribió un libro, *Shogun's Ghost: The Dark Side of Japanese Education*, que fue publicado en inglés y en japonés.

Las Aventuras de Jonathan Gullible comenzó como una serie radial en KHVH en Hawaii y posteriormente fue una transmisión dramática en Alaska. Desde entonces este libro ha sido traducido a más de veinte idiomas.

Schoolland es miembro del Directorio de la International Society for Individual Liberty.



EL ILUSTRADOR: Randall Lavarias



EL EDITOR: Sam Slom es presidente de Small Business Hawaii, Inc. (SBH), que se dedica a mejorar el clima de negocios de Hawai y promover, educar y representar efectivamente a las pequeñas empresas de Hawai. SBH fue fundada en 1976 por Lex Brodie como una organización privada, sin fines de lucro [5001 (c) (6)] asociación de empresas independientes del estado de Hawai. SBH incluye actualmente a más de 3000 miembros y no recibe fondos gubernamentales; es defensora del libre mercado.

La educación es una preocupación central de Small Business Hawaii. La organización mantiene una oficina de conferencistas, disponible para escuelas, participa en el programa Junior Achievement Project Business, ayuda a financiar la producción televisiva de “Sparks!” y otorga becas y otras asistencias privadas a estudiantes e instituciones educativas en el estado de Hawai.

Promoviendo el libre mercado, Slom fue electo Senador Estatal de Hawai en 1998.

EDICIONES INTERNACIONALES:

Ruso, holandés, noruego, lituano, rumano, serbio, croata, macedonio, esloveno, alemán, español, palauano, chino, albano, letón, portugués, húngaro, italiano, romaní y checo.

"...un excelente libro para promover las ideas de libre mercado en los jóvenes..."
—Karl Hess, autor de *Capitalism for Kids*

"¡Su libro es absolutamente fabuloso!"
—Vince Miller, Presidente de Int'l Society for Individual Liberty

"Muy entretenido y gratificante."
—Walter Block, Ph.D., autor de *Defending the Undefendable*

"¡Es genial!... Pude ver la influencia de Bastiat, von Mises, y Pat Paulsen."
—Gene Berkman, dueño de Renaissance Books

"Los principios de libre mercado que se plantean son valiosos para cualquiera que esté interesado en crear una sociedad libre."
—Virginijus Daukas, Presidente de Free Market Foundation de Lituania

"...quizás sea la introducción más clara y fácil de comprender del legado filosófico tan negado de Libertad y Economía de Libre Mercado, que jamás haya leído."
—Nicolai Heering, Miembro de Libertas Society, Dinamarca

“...un libro muy impresionante. Cuando son más y más los más jóvenes atraídos por las historietas, los dibujos animados y los libros ilustrados, su camino es el mejor para propagar nuestra filosofía.”

—Prof. Toshio Murata, traductor de *La acción humana* de Ludwig von Mises, Japón

“¡Es una gran inspiración...!”

—Mats Hinze, Frihetsfronten (Frente Libera), Suecia

”[El libro] te hace reír, pero te deja pensando, que es una de las formas más efectivas que se hayan inventado... para que se comprendan los principios del libre mercado y de una sociedad libre.”

—Valentina Buxar, Fundatia Liberala (Fundación Liberal), Rumania

“Antes de Jonathan Gullible, no existía un libro similar en Rusia.”

—Dmitri Costygin, Director Asistente de Relaciones Internacionales, Free Democratic Party, Rusia

“Cuestiones ideológicas que llevarían varios libros y años de debates son presentadas claramente en cinco minutos. Tengo planeado enviar copias a todas las delegaciones de Free Democrats...”

—Jon Henrik Gilhus, Secretario Internacional de Free Democrats, Noruega

“...lo utilizamos para enseñar los principios de la libertad.”

—Hubert Jongen, Presidente de Dutch Libertarian Centre, Holanda

“Gracias, gracias, ¡gracias por un libro tan maravilloso! Fue muy revitalizante leer un libro tan lógico, divertido, brillante, que no haya sido escrito por Ayn Rand. Me reí en voz alta por las precisas descripciones de la mentalidad socialista que cubre a todo el mundo... Puede que la historia se plantee en un mundo ficticio, pero las situaciones se aproximan mucho a la realidad. Nuevamente gracias por un libro tan maravilloso.”

-Stuart Hayashi, Valedictorian, Mililani High School, Hawaii


Southerne Climats
Houres of the longest day